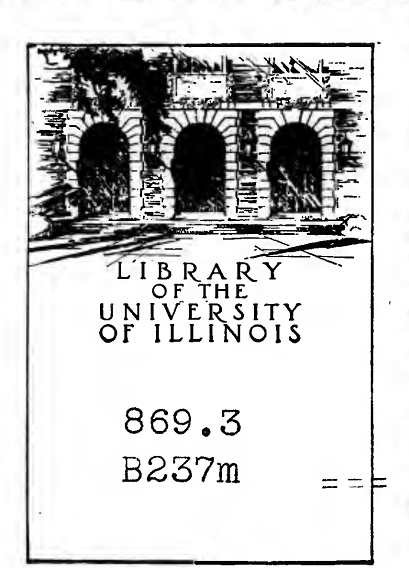

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS



MANUEL A. BARES

# MÁS PROSA

(COLECCIÓN DE ARTÍCULOS)

CON UN PRÓLOGO

de

J. J. GARCÍA VELLOSO



BUENOS AIRES

Imp. de El Correo Español, Calle 25 de Mayo 460-68

1899

# PRÓLOGO

Sin los estrépitos ruidosos con que generalmente acompañan la aparición de sus libros pomposas medianías, y abroquelado tan sólo en el modesto, pero respetable nombre que goza como esforzado adalid de la buena literatura, Manuel A. Bares se ha decidido á publicar esta nueva colección de artículos, con la cual viene, sin que pueda tacharse de hipérbole la lisonja, á añadir frescos laureles á los que la opinión sensata, y muy especialmente la de los españoles residentes en la República Argentina, ha consagrado á sus altos merecimientos.

Creemos que todo lo que huele á exégesis didáctica y á análisis soporífero de las minuciosidades de la letra, es completamente ajeno á la crítica contemporánea. Su principal misión se reduce hoy á la investigación interna.

á desentrañar con sentido estético, amplio, libre y esencialmente modernista, el espíritu de las obras literarias, pues sólo así llena sus fundamentales propósitos y consigue que sus disquisiciones se eleven al rango de filosofía del arte. Partiendo de esta doctrina, para nosotros incontrovertible, vamos á escribir, ya que se acepta el ministerio de nuestra poco autorizada pluma, cuatro palabras acerca del presente volumen, esperando que el público las recibirá, no como lluvia teatral de flores amistosas, sino como hidalgo tributo rendido al mérito de un autor que se presenta dotado de extensa y sólida cultura, y que ha sabido hermanar en sus producciones la elegancia de la forma, con la profundidad de las más nobles y elevadas ideas.

El libro de Bares se compone de una serie de trabajos escritos en distintas épocas; pero todos ellos, y muy especialmente los mejores, se recomiendan por hallarse inspirados en sentimientos imperecederos y sublimes. El amor á la patria, desangrada y moribunda; el amor al hogar, ennoblecido con las virtudes cristianas; el amor á la democracia, santificada por la fraternidad de los pueblos, son las fuentes sanas y puras en donde Bares, idólatra entusiasta de lo bueno y de lo bello, acude para aquilatar la elocuencia de su fantasia, é infundirnos, con el odio á lo mez-

quino, pasión por la libertad y la dignidad humanas; pasión por la tierra española; pasión por las benditas emociones de la familia, y pasión, en fin, por todos los divinos ideales que el hombre lleva depositados en lo más recóndito de su alma.

Maravilla, sobre todo, al estudiar detenidamente la primorosa elaboración intelectual de Bares, ver cómo de un sólo foco brotan raudales de luz tan varia, torrentes de inspiración tan diversa; y maravilla que, ya sea dándonos á conocer sus fatigas y tristezas, dulcemente resignadas; ya sea rompiendo lanzas en pro de las conquistas del progreso; ya sea mostrándose, dentro de la opulenta riqueza de sus aptitudes, á la vez íntimo, elegiaco, patriótico, idílico y religioso, resulte siempre artista eximio que sabe modelar sus obras con igualdad estética, mago que rara vez deja de encontrar en los asuntos que aborda, materia y energía para producir verdaderas emociones.

Hay, sin embargo, entre los artículos heterogéneos, discretamente agrupados en este volumen, algunos que sobresalen como verdaderas joyas literarias, y de los cuales, á fuer de prologuistas, debemos hacer especial mención.

El titulado *Homenaje,* además de los encantos que le prestan ciertos delicados toques,

que bien pudiéramos llamar de autobiografía psicológica, tiene el mérito de ser, considerado en conjunto, una elegía admirable, un himno piadoso, lleno de ternura, que Bares consagra á la memoria de su esposa muerta. Pocas veces, como en el citado artículo, hemos visto que se discurra con filosofía más profunda ante la majestad del no ser; pocas veces, como en esa página conmovedora, hemos visto que se ponga en diáfana trasparencia ese interior ignorado que todo grande artista lleva en su corazón; muy pocas veces, como á través de ese inefable concierto de lágrimas y suspiros, ha llegado á nosotros la voz de un hombre, que llore con más religioso respeto, sobre la tumba de la mujer amada.

No es, por fortuna, el artículo *Homenaje* un grito de protesta lanzado por la desesperación y el escepticismo en contra de los implacables decretos de la muerte. Como de alma excelsa, Bares recibe con resignación cristiana el golpe que le arrebata la dulce compañera de su existencia, el ángel que supo redimirlo y purificarlo con el agua bendita de sus besos; y en vez de rebelarse, en vez de apostrofar al destino, se arrodilla y reza una de esas plegarias que se deslizan con la blandura de las hojas amarillentas, agitadas por los cierzos del melancólico Otoño.

Otro de los artículos más bellos de la colección, es el que se titula *Jugando á los enfermos*. Inspirado en un tema, análogo al de *Homenaje*, resulta sin embargo muy superior, no sólo por su amplitud, variedad y colorido, cuanto por la poderosa fuerza realista que en él impera. Para apreciarlo debidamente, ó mejor dicho, para sentirlo, se necesita haber puesto antes en perpetuo vasallaje el albedrío; se necesita haber apurado esa enorme suma de placeres y dolores, en virtud de los cuales nunca llega para el matrimonio la época del cansancio; se necesita, en una palabra, tener entrañas de madre, ó haber bebido alguna vez en el manantial purísimo del amor paternal.

Puede asegurarse que *Jugando á los enfermos*, mitad candoroso idilio y mitad desgarradora elegía; mitad fresca y alegre canción de primavera y mitad *voz de dolor y canto de gemido,* como dijo Herrera, es una obra perfecta, en la cual no se sabe qué admirar más: si los rasgos de alma, de observación y de talento que en ella resplandecen, ó las excelencias de su noble y magnífico estilo. ¡Qué delicada sencillez la de Bares, al pintarnos á su hija enamorada de la muñeca rubia! ¡Qué gracia, al presentarnos el cuadro completo de las alegrías de su hogar, perfumado por rosas que parecían destinadas á no

marchitarse nunca! ¡Qué verdad, al llevarnos á la cuna de la pobre niña enferma, y hacernos presentir que muy pronto dejará de ser rayo de sol que ilumine y caliente el corazón de sus padres! ¡Qué desgarradora sublimidad la del trágico desenlace! En su género, é inspiradas en asuntos que tienen con el de *Jugando á los enfermos*, cierta analogía, cierto parentesco espiritual remoto, sólo conocemos dos obras que puedan considerarse como rivales dignas de la de Manuel A. Bares: el soberbio capítulo que en *La familia de León Roch* escribe Pérez Galdós con el título de *El mayor monstruo el crup*, y el famoso cuento del Padre Coloma, que lleva por nombre *La almohadita del niño Jesús*.

Frutos de inestimable valor, y engendrados en un alma de artista, son los artículos que en el presente volumen se consagran al dulce y sacrosanto recuerdo de la patria. Especialmente la *Epístola*, fechada en Pontevedra, y el *Brindis* que se halla á continuación, pueden y deben mencionarse como verdaderas maravillas de sentimiento y de factura. En uno y otro trabajo se rinde culto á las virtudes del pueblo español, á su carácter hidalgo, á su patriotismo vehemente; y con gritos del alma, con pinceladas de franco y vigoroso lenguaje, con descripciones que parecen grabados de relieve hechos con el cincel prodi-

gioso de Benvenuto Cellini, se ponen delante de nuestra vista los esplendores de la tierra natal, y se hace con verdadero cariño el elogio de la poética y encantadora Galicia. Muy pocas veces, como en los frescos lienzos de Bares, ha surgido, semejante á radiosa evocación, la figura de aquella nobilísima reina celta, que sin dejar de ser gala y orgullo de la civilización peninsular, sabe enriquecer su manto glorioso con las espigas de sus tierras majestuosas, con la vegetación de sus montañas bravías, con las flores embalsamadas de sus vergeles, con las estrellas de su cielo, con los innumerables tesoros de su peculiar fantasía: muy pocas veces ha tenido un intérprete tan fiel y cariñoso, la naturaleza gallega, como en la musa del escritor cuyas obras analizamos.

Si la región, si la provincia, si los regalos de la casa paterna, despiertan en Bares entusiasmos dignos de loa, no los despiertan menos el amor á la patria grande, el amor á la patria inmortal, el amor á la patria una é indivisible. Y no podía ser de otro modo, puesto que Bares sabe que la suerte de España se halla irrevocablemente unida á la de los diversos Estados que la forman, y que no han de ser insensatas locuras regionalistas, ni pasajeras discordias civiles, las que consigan destruir lazos formados por Dios y por los siglos.

Puesto en esas saludables corrientes, el pensamiento de Bares se ocupa en emitir ideas que tienden á fortalecer el alma española, á consolarla en medio de sus últimas catástrofes, y á rehabilitarla en el concierto del mundo. Partiendo del principio de que las naciones son sanables, y que en la memoria de sus providenciales castigos deben encontrar la virtud necesaria para abandonar sus errores, Bares condena el aparato del poder, las insolencias del fuerte contra el débil, y espera que la acción intelectual, la libertad y la justicia, marquen para España la hora de su completa regeneración.

Opinamos lo mismo, pero creemos que aquella noble tierra no realizará ninguno de sus grandes ideales, si previamente no cambia de hombres y de sistemas, si no se da cuenta de que antes de hacer, tiene que deshacer muchísimo. España, en el desarrollo de su moderna vida social, debe aniquilar la influencia deletérea de sus malos políticos y confiar la obra de su renacimiento á la saludable energía de los buenos. Los malos, son bien conocidos: son los que han amasado con su doctrinarismo infecundo la mayor decadencia y la mayor vergüenza de la Península. Los buenos, serán aquellos que, enamorados del sentido expansivo que informa la vida presente, no condenen por estériles las li-

bertades que doran y hermosean la frente de nuestro siglo; serán los que vengan con el propósito de alentar el pensamiento ibérico, ayer robusto y hoy enflaquecido por la duda; serán los que despierten de su perezoso letargo, de su místico recogimiento, la tierra que los vió nacer; serán los que infundan con el ejemplo pureza, calor, integridad moral al carácter de sus compatriotas; serán, en fin, los que saliendo de las prácticas de un gobierno que constantemente gime en la servidumbre de intereses bastardos y egoístas, hagan una política eminentemente nacional.

Pero *política nacional*, no quiere decir política estrecha, ni mucho menos contraria á las leyes del progreso. No quiere decir política que se envuelva para brillar, en el tosco embrión de formas medioevales, sino política que no se divorcie del sentido de la realidad.

Serían unos insensatos los políticos españoles, si en los días de hondo desaliento y pena angustiosa, si en los días en que todo tiembla y vacila para ellos, creyeran hallar consuelo, amparo y refugio para su patria desangrada y enferma, no en el moderno palacio sólidamente construído, sino en el torreón que lentamente se desploma.

El pasado, preciso es confesarlo, no tiene savia bastante para nutrir las nacionalidades.

Más que á los sepulcros gloriosos, más que al espíritu batallador de otra edad, necesitan pedir alientos para vivir, á las ideas nuevas, palpitantes, y generosamente democráticas. La vida para la sociedad, así como para el individuo, no es el recuerdo solo, sino el recuerdo unido á la actividad continua; no es el espíritu estacionario, sino el espíritu eternamente progresivo; no es el hombre aislado, sino el hombre en perpetuo contacto con la humanidad. Fuera de esas tendencias, no hay para los pueblos otra cosa que comercio incipiente, industria sofocada, arte moribundo, ciencia atrofiada, y, como resultado final, el estancamiento, el retroceso, la muerte por asfixia.

Al mérito de los citados artículos, hay que añadir el de otros muchos incluídos también en la presente colección. Son notables el dedicado á *Jesús,* figura majestuosa y divina que se destaca en la historia realizando el ideal de la democracia, destruyendo de hecho todas las barreras y privilegios de casta y dignificando la pobreza y el trabajo: el titulado *La Pústula*, que es una condenación enérgica del socialismo criminal y ateo, y finalmente, el consagrado á *María Guerrero.* La eminente actriz española, con su juego de ojos amplio y fácil, con sus ademanes rítmicos, con sus arranques de pasión, con su gracia y donaire,

con su naturaleza opulentamente artística, tiene en Bares un admirador entusiasta y un crítico concienzudo. Los aplausos que le dedica son justos y dignos de la única artista que hoy sabe interpretar el castizo, rico y jugoso teatro clásico español. A resplandecer aquella mujer adorable en los siglos de oro, Lope la hubiera tomado como su prototipo, Téllez como su modelo, Moreto como su musa, Calderón como su ideal.

Omitimos todo comentario, que siempre resultaría elogioso, del resto de los artículos que el presente libro contiene. Ya hemos dicho lo bastante para despertar en el público interés por su lectura y hacer justicia á los méritos del autor. Pero si lo escrito no bastara, añadiremos que Bares, por su elevado pensamiento, por su laboriosidad incansable y por la bondad de su corazón, es uno de los literatos españoles que más honran y dignifican á su patria en la República Argentina.

J. J. García Velloso.

Buenos Aires, Enero de 1899.

# ADVERTENCIA

*En esta, como en la otra colección de artículos dada anteriormente á la estampa, se sigue el orden de fechas en que fueron escritos.*

*No cabe otro plan, forzoso es repetirlo, en un libro compuesto de tantos y tan diversos asuntos; tratados todos con la brevedad y la sintética forma exigidas para la producción destinada al periódico ó á la revista.*

*Esta regla, para ser tal, debía tener su excepción, y la ha tenido: la constituye el artículo que ocupa el primer lugar de la serie. El asunto tratado en él, dirá al lector el por qué de esa excepción única.*



# HOMENAJE

## FRANCISCA PERALTA DE BARES

.................................................................

«Desde entonces me pareció más bello el mundo, más preciosa la vida, más buenos los hombres. Noté que había en mí mismo un nuevo ser, óptimo, santo, grande, eterno. Es que llevo en mi pecho la respiración del tuyo, llevo en mis ojos tu mirada, llevo tu alma en mi alma.»

Esto decía yo allá por el año de 1880, el día mismo en que tú aceptabas mi amor y me ofrecías el tuyo; y hoy, en presencia de tus mortales despojos, ante tu sepulcro recién abierto, con la creencia íntima de que tu espíritu luminoso, desde el seno de Dios, en donde mora,

sondea mi pensamiento y mi conciencia, afirmo que no se ha extinguido tu aliento en mi pecho, que no se apagó tu mirada en mis ojos, que no ha dejado de alentar tu alma en el alma mía.

Sí, mi bien; tú vives en mí, y mis ideas, mis sentimientos, mis actos todos, atestiguan tu existencia. Mi espíritu está saturado del tuyo; casi toda mi personalidad interna es tu obra, obra paciente y grande de tantos años, continuada en todos los momentos, inspirada por el amor, y llevada á cabo con los medios delicados, discretos y tiernos que tú, como pocas, poseías. Me enseñastes á amar, es decir, me diste la pauta del amor sereno, sin espasmos, profundo, fuerte, perdurable, verdadera irradiación del alma, libre de la escoria de las pasiones de la carne. Has cultivado mis afectos, y me comunicaste la expresión de ellos, pálido reflejo de tu manera de sentir, tierna y poética. Te debo el beneficio de las lágrimas, que antes no he conocido, ó he conocido poco; gracias á esta fuente de ternura labrada por tí en mi pecho, como una válvula abierta al dolor. Te debo la no-

ción del justo medio en la apreciación de los hechos y en el juicio de los hombres, y, gracias á ella, contemplo, como lejanos y peligrosos escollos, los extremos entre los cuales oscilé un tiempo. Te debo el hábito de la reflexión, del perdón, de la tolerancia; la disciplina de las pasiones, de los instintos, de los impulsos ciegos, y mi posición constante bajo el cielo, azul ó gris, pero siempre sereno..... ¡Y hasta mis hijos, mis pobres hijitos, te deben, no mi amor, que es obra de Dios, ni su grandeza, que es inmenso, y en la inmensidad no cabe disminución ni aumento; te deben mis caricias, la manifestación de ese mismo amor, por que tú has dulcificado y transparentado mi carácter!

Sí, tú vives, mi bien; vives en mí, y tu vida constituye la parte bella y poética de la existencia mía.

---

Y vives también fuera de mí.

Te veo por doquier, oigo tu voz, percibo tu acción, siento que me esperas y

en todas partes voy maquinalmente á tu encuentro.

El día mismo en que á tí te sacaban de aquella casa en que has sufrido, agonizado y muerto, y yo pasé horas inacabables de convulsión horrible, yo la dejaba también: ambos para no volver á ella. En mi nueva morada, que tú no has habitado, que tú no conociste, veo, sin embargo, vagar tu sombra; y no hay rincón, ni mueble, ni objeto alguno en ella, que no refleje para mí tu imagen. Al despertar, por las mañanas, he oido conversaciones reales que venían de habitaciones contiguas, y he percibido en ellas, distinta y clara, tu palabra, tu propio acento, cuyo timbre, cuya modulación, cuyas inflexiones, fueron siempre para mí inconfundibles. Se ha reproducido así, tantas veces, aquel grato despertar de otros días, en que mi sueño matinal era trabajado lenta, gradual y dulcemente, por el eco melodioso de tu voz, llegada á mi lecho desde habitaciones próximas en que departías con personas amigas. No ya ficción de los sentidos; no ya la proyección, fuera de mí, de la imagen tuya

que dentro de mí llevo; no ya creación enfermiza de estos pobres nervios míos, tan sacudidos y tan excitados, tras tantos días de terrible prueba, sino figuras reales, seres vivientes; cualquiera mujer que entra en mi casa y besa á mis niños, toma, inmediatamente, ante mis ojos, las proporciones, la forma, el continente y el movimiento peculiar tuyos. Te veo, te veo á tí, real, viva, tangible, pero un momento..... nada más que un momento, ínterin la reflexión no llega y el recuerdo no surge..... ¡ese horrible recuerdo que me oprime el corazón y me hiela el ser!

¡Mis niños! Ellos son un revelador eterno de tu existencia. No puedo verlos sin que presienta, próxima, la presencia tuya. Son la parte complementaria de un cuadro, cuyo otro complemento eres tú. Ellos y tú sois ideas correlativas. Cuando oigo su lloro, busco instintivamente tu sombra protectora, y me impaciento y me estremezco misteriosamente ante cada momento que transcurre sin que tú llegues.

En su frente, en sus labios, vaga tu

aliento, es decir, tu espíritu, vertido sobre ellos en tus besos; conservan todavía el calor de tu seno, contra el cual los has estrechado cada día, cada hora; sus ojos reflejan la mirada tuya, pues tanto se ha posado sobre ellos, con tal amor, con tanta intensidad; y cuando yo los beso, siento el calor tuyo sobre mis labios.

---

Una errónea prescripción médica, y mi propia tribulación, me arrojaron lejos de los seres y de las cosas que recordaban mi mal y avivaban mi pena. Fué un error, sí, que he pagado con nuevos dolores, y con nuevas y más amargas lágrimas.

Me sentí aislado, solo, profundamente solo, entre la muchedumbre de los grandes centros. Me sentí más triste entre las gentes que gozaban y reían. He sufrido sacudidas nerviosas, estremecimientos glaciales, cuando la presencia de objetos y espectáculos nuevos me producían impresiones y me sugerían juicios, y sentía la necesidad de comunicarlos..... de

comunicártelos á tí, mi bella confidente de otros días..... y echaba entonces de ver mi soledad, y recordaba tu muerte, y pensaba que mi alma no sería ya, en adelante, más que un instrumento mudo, sin percusión ni eco. Creía entonces que no existe ya quién sufra mis penas, quién goce mis dichas, quién reciba y comente mis impresiones, quién rectifique mis juicios, quién escuche mis quejas y me devuelva sus consuelos, quién sostenga mis fuerzas vacilantes en esta varia é incesante lucha de la existencia. ... y aun, en mis días postreros, y después de ellos, quién sienta mi mal y llore mi muerte. Recordaba cuántas veces, en otro tiempo, he ambicionado el dolor, sólo por gozar del consuelo del tuyo, de obtener tus ternezas, de apoyarme en tu fuerza, que ha sido inagotable para mí.

¡Exageraciones de mi dolor, falsos mirajes forjados por mi estado de ánimo sin duda! ¿Es tan grande mi soledad? No: vive aún mi madre, me quedan mis hijos, prendas vivientes de tu amor; existen otros seres que me quieren..... y vives tú, mi bien, vive tu espiritu, vive tu

recuerdo, que me acompaña, me alienta y me consuela.

---

He vuelto á mi casa, y la compañía de mis hijos, que hablan de tí á cada momento, la presencia de los objetos que fueron testigos de nuestra dicha, de tus muebles, de tus vestidos, de cosas tantas que han sido consagradas por el contacto tuyo; el trato de los seres á quienes amaste y que te han querido y respetado, este aire, esta luz, este horizonte, la vista de los parajes por donde hemos paseado juntos, todo esto ha devuelto relativa calma á mi espíritu, y relativo consuelo á mi corazón, y á mi mente la creencia, muchas veces, de que tú no has muerto, de que tú existes...

Estoy en tu presencia, vivo de lleno en tu compañía, todo me habla de tí, y todo, en mi derredor, me envía tu imagen adorada. Mi hogar es un templo consagrado á tu memoria; mis hijos repiten tu nombre como una oración cotidiana, y el sepulcro no es más que un accidente

doloroso, cuyo recuerdo sólo sirve para hacernos llorar, y para avivar nuestro amor y nuestra veneración hacia tí!

Guardo la visión de tu agonía, que llevo, como un castigo, en mi memoria; el contacto de tu tibia faz sobre mis labios, cuando quise calentarla con mis besos contra el frío de la muerte que la invadía; y el dejo amargo del sudor que inundaba tu frente en la hora postrera, como un cáliz de pasión inagotable; y deposito, ante tu imagen, la ofrenda de mis lágrimas, de mi gratitud y de mi eterno amor.

Mercedes, Mayo de 1894.

# DE ESPAÑA

Mi estimado amigo:

Es fuerza vencer esta apatía; es fuerza romper con esta inercia; es fuerza volver los ojos de estos campos, de este cielo, de este mar, para fijarlos en el papel que ha de recibir, y llevar ahí, mal expresadas, mis impresiones en presencia de los séres y de las cosas que han sido testigos de las primeras expansiones de mi vida.

Yo no sé si estas voluptuosidades del espíritu enervan; yo no sé si este aire, henchido de elementos vitales, engendra la molicie y el ensueño; yo no sé si mis sentidos, al ver y oir lo que hace tanto tiempo no han oido ni visto, niéganse

con insistencia á salir del seno de esta naturaleza, como si aún no estuvieran saciados de ella, ó como si quisieran fijarla bien en el alma por temor de perderla ya para siempre. Lo que sé es que, más de una vez, me propuse cumplir los compromisos contraídos con V., con otros, como V., cariñosos amigos míos, y los contraídos conmigo mismo; y no he podido nunca poner en orden mis ideas, encontrar adecuada forma á mis impresiones, ni permanecer algunos instantes bajo otro techo que este cielo lleno de transparencia y de luz, ni con la mirada puesta en otra parte que en este paisaje cuyo capricho de forma y cuyo matiz de color no he visto jamás reproducidos en lienzo alguno.

..................................................................

Cuando yo llegaba frente á las costas españolas, hace tres meses, densísima niebla nos envolvía. Fué elevándose el sol, fué despertándose el viento, y el brumoso velo empezó á desgarrarse aquí y allí siendo arrastrados, unos tras otros, sus girones. Así apareció ante mis ojos ávidos la tierra querida; velada al prin-

cipio, furtiva, mostrándose en parsimoniosa gradual progresión; como se suministra la luz al ciego á quien acaban de devolverle la vista; como se presenta el sol después de la noche, anunciándose de antemano por medio de la aurora. Diríase que la Naturaleza, previsora, inteligente, quiere á veces evitar estos choques violentos al espíritu, quitando, á ciertas emociones, esa intensidad que convierte el placer en dolor.

La aparición de la tierra en esta forma tiene la apariencia de una verdadera creación. El cuadro se dibuja á nuestra vista por mano invisible, colosal, rápida, certera. El radio visual del observador se agranda insensiblemente, la mirada sigue anhelante la superficie del mar que se dilata, corre tras la bruma que se aleja, presintiendo, á su través, la tierra oculta que tarda en mostrarse, pero que envía ya los efluvios de su lozana vegetación rebosante; efluvios conocidos, á cuyo contacto dilátanse nuestros pulmones, inflámase nuestra sangre, acelerando su movimiento, agítase misteriosamente todo nuestro ser, y des-

piértanse, en nuestra memoria, mil bellos y mal dormidos recuerdos. El color verde mar adquiere un tinte más obscuro; lentamente, la variación de color se diseña por una perfecta línea divisoria, línea á la vez de conjunción de dos planos diversos: al plano horizontal sucede el plano inclinado; es la tierra, la tierra que asciende, mostrando, gradualmente, y de modo vago aún, todos los matices, todas las combinaciones de color y de luz, toda suerte de líneas, todo capricho de formas.

Acá fajas de blanca arena separadas por la mancha gris de los calvos promontorios; allá el verde brillante de los sembrados en pleno crecimiento; más lejos el color amarillo de las retamas en flor que simula lluvia de oro; y otra vez el color verde, obscuro ahora, que surje como una sombra de la tierra, y crece, y se agranda, y corre, y se estrecha aquí, se dilata allí, sube, baja, se pierde, reaparece, ramifícase en varios brazos, y avanza por distintos puntos hasta dominar, por algunos, la cumbre de las montañas: es el bosque, que se

inicia en el hondo y enmarañado matorral y termina en el alto pinar de agudas copas, por entre cuyas largas, picudas y escuetas ramas, transparéntase el cielo en breves tintas azules. Y aquí y allá, abajo y arriba, en la llanura y en la pendiente, en la sombra y en la luz, multitud de puntos blancos, que son como otros tantos centros de vida de aquel vasto y complejo organismo.

Y por todas partes la línea errante, digámoslo así, inquieta; horizontal en el valle, oblícua en la pendiente, curva en la loma, ondulante en la montaña.

Cuando se ha dominado el conjunto, y conocido la tierra, porque del conjunto resulta la fisonomía típica de cada región, hemos pasado ya por las impresiones que la sucesiva aparición de sus diversas partes nos ha producido.

Luego, lo que era borrosa mancha y vaga forma, adquiere color y contornos, á medida que la distancia que nos separa de tierra se aminora.

La subdivisión de la propiedad que ha hecho famosa á Galicia, muéstrase, de modo gráfico, sobre el terreno. Las

pequeñas vegas de maíz, de lino, de trigo, etc., dibújanse, en regulares figuras geométricas, con puras gradaciones de color. El breve cuadrado de maíz enciérrase en perfecto marco de centeno. El trigo y el lino corren en iguales fajas paralelas hasta dar con los viñedos que suben, en forma de espiral, la falda de los cerros. Y la rápida pendiente que presentaba antes una perspectiva casi vertical, vése ahora formada por verdes planos sucesivos que figuran peldaños de una jigantesca escalera. Y de aquellos pequeños puntos blancos esparcidos en el paisaje surge la casa del labrador gallego, pulcra, aseada, plácida, medio oculta entre los árboles del huerto que le prestan sombra, flores, frutos y aire oxigenado; envuelta en los vapores que los primeros rayos del sol levantan del suelo húmedo, y en la nube de azulado y transparente humo que se levanta del tranquilo hogar; casi siempre mirando al occidente para que el sol pueda enviar cada día sus últimos tibios rayos á aquel poético y santo albergue del trabajo, del amor y de la conciencia honrada.

Así, cuando el vapor había pasado por entre las islas Cies, que parecen mómias de piedra puestas en la entrada de una de las más ámplias, más seguras, más hermosas rías del mundo, y veía pasar ante mis ojos humedecidos los pueblos de la costa, asentados en campos de esmeralda y respaldados en talladas montañas de altas cimas, tan altas que parecen esperar un Moisés que trepe á ellas para hablar con Dios; y sentía correr por mis nervios la grata impresión producida por las brisas primaverales que viajan entre las selvas y las rías de Galicia; cuando yo veía y sentía todo esto, mientras escuchaba, vagamente, en mi torno, voces de admiración y de sorpresa, creíame en mi casa, figurábaseme que aquel mundo lo había dejado de ver la noche anterior, que jamás había estado lejos de él, borrándose por un momento, de mi memoria, un periodo de catorce años.

Así bajé en Vigo y hablé con el primer marinero que encontré al paso, como un conocido á quien había saludado la víspera.

Una cosa me impresionó de manera que casi me hace despertar de mi raro ensueño: la bandera española tremolando en la popa de los botes oficiales. No sé por qué me había figurado que en España no se hace uso de la bandera nacional.

Bueu (Prov. de Pontevedra), 3 de septiembre de 1889.

# BRINDIS

EN EL BANQUETE QUE ALGUNOS AMIGOS, MÁS BENÉVOLOS QUE JUSTOS, ME OFRECIERON AL REGRESAR DE ESPAÑA.

Señores:

Está de nuevo entre vosotros el compatriota viajero á quien meses há dábais cariñoso adiós, deseábais buen viaje en el mar, buenas impresiones en tierra, y del cual reclamábais luego noticia fiel de estas impresiones.

Buen augur aquella cena, aquellas voces, aquellos votos.

Bueno fué el viaje. Pronto nos visitaron vientos del Norte, acompañándonos ya constantemente á través del Océano; vientos del otro hemisferio, vientos de

mi país. Ellos habrán retardado la marcha, pero han acercado la patria.

Mis impresiones en tierra fueron mejores.

Estoy por creer que España no es tan bella, ni tan grande, ni tan próspera; sus instituciones tan libres, su carácter tan altivo, tan progresivo su espíritu como á mí me ha parecido. Iba ya con ideas preconcebidas sobre todo esto, tan pobres, tan tristes, que la realidad me ha parecido asaz rica y alegre: fecunda aquella tierra que había visto desde la distancia y al través de juicios pesimistas, apasionados, pedantes á veces, lánguida y cansada; henchidas sus ciudades de la nueva vida, despojada de preocupaciones la conciencia, impregnadas de espíritu democrático las leyes, abiertas todas las válvulas que dan salida á la manifestación del pensamiento; el ciudadano, fuerte, frente al Estado, débil, y, digámoslo también, cierto caos nacido de la complacencia ó debilidad de un gobierno que se esfuerza en atender todas las quejas, todas las aspiraciones de un país que tiene dentro de sí tantos intereses en-

contrados, y donde el sentimiento de emulación entre unos y otros pueblos se manifiesta con tal intensidad, que afecta, á veces, la forma de otro sentimiento más pequeño y menos noble.

No está cansada aquella tierra, no. Galicia, sobre todo, ostenta el verdor permanente; sin que se sepa en qué estación del año es aquél más acentuado y más hermoso. Siéntese allí el hálito de la eterna juventud. Sus *rías* y sus montañas prestan frescor al ambiente en verano, tibio calor en invierno, y comunícanle también frescor y vida sus dilatados bosques y los innúmeros arroyos que corren, como una red arterial, sobre la tierra fecunda. Allí mora constantemente la brisa, haciendo su viaje diurno del mar á la tierra, y su viaje nocturno de la tierra al mar.

El sol no quema, calienta; no agosta el fruto, lo dora. No se conoce allí más que una estación: la primavera. Pocas tempestades pasan por su cielo sereno, riente, azul, lleno de transparencia, de luz suave, de poéticas lontananzas. Su tierra próvida, jamás niega el fruto al

labrador; los mejores peces pululan en sus *rías;* que las costas gallegas ofrecen el mejor incentivo á los moradores del mar. Y de esa tierra y de ese mar levántanse emanaciones tan gratas, aromas tan intensos, que, al volver, tras largos años de estancia en extranjero suelo, debilitados por la acción de climas más ardientes y ocupaciones más activas, á respirar aquel aire, sentís que se os sube á la cabeza como los vapores de enérgico licor, produciéndoos desvanecimientos; y luego sentís que aquel hálito poderoso de vida acrecienta la vuestra, le presta tonicidad, vigor, salud. ¡Quién sabe qué virtud, qué misteriosas energías contiene la espiración de aquellas tierras! ¡Quién sabe qué substancias vitales andan diluídas en aquella atmósfera!

Y..... una reflexión triste, en presencia de este cuadro alegre.

Cuando, después de haber recorrido una buena parte de la tierra, encontráis allí la mejor porción de ella; cuando sentís los halagos de aquella naturaleza sin par, amiga del hombre y pródiga

con él; y cuando, respondiendo á aquella alegría y á aquella bondad de todas las cosas, presenciáis la existencia plácida, tranquila, sin zozobras, del labrador y el marinero gallegos, que vuelven todas las noches, el uno del campo, el otro de la playa, á su casita blanca, á compartir con su esposa y con sus hijos el fruto de su labor del día, y los véis bailar en todas las fiestas, y cantar por todos los caminos; y sentís por todos los ámbitos del espacio ecos de esparcimiento y de dicha: cuando presenciáis todo esto, y pensáis, de súbito, que de los puertos de Galicia salen todas las semanas buques llenos de gente, hombres, mujeres, niños, que abandonan su país para dirigirse á lejanas y desconocidas tierras, no podéis menos de preguntar con Echegaray por qué emigra de su país el gallego, qué dolores lo aquejan, qué necesidad lo arrastra, qué fuerza lo impele, á él, que posee, como pocos, cariño hondo y durable á la casa, al huerto, al patrimonio, á la tierra sagrada que cubre los huesos de sus antepasados.

Queda enunciada la reflexión tal como me la ha sugerido el desangramiento copioso que sufre aquel país, en el cual me he esforzado en vano por sorprender la siniestra silueta de la miseria. Otro día y en trabajo de otra índole, tal vez pretenda inquirir la causa que produce ese agotamiento de fuerzas que amenaza dejar mudas las ciudades, y los campos abandonados á la Naturaleza en plena anarquía.

Me he detenido ante la hermosura y la feracidad del país gallego, más de lo que las conveniencias y la índole de este acto lo permiten. Pero es que Galicia, bajo los aspectos que queda diseñada, se dilata más allá de los límites marcados á los antiguos históricos reinos, se extiende por todo el litoral Cantábrico.

Castilla misma, que parece una estepa rusa, larga, pálida, escueta, donde hasta los escasos pinos parece que vienen como forzados á la vida, levantándose en espiral como las serpientes; esa Castilla, que parece un erial, es hoy el granero de la Península, como fué ayer teatro de regias disensiones y de caballerescas

aventuras. Andalucía no es menos bella y menos pródiga hoy que cuando fué la Mesopotamia de los voluptuosos hijos del Profeta. Valencia es siempre el jardín del cual es émula Alejandría; Cataluña es fértil; y las provincias vascongadas ostentan sus montes con entrañas de hierro, sus hondos y amenísimos valles, y sus deslumbradores bosques de manzanos abrumados bajo el peso de abundoso fruto sin par.

En sus ciudades siéntese vigorosa la pulsación de la vida moderna. Vigo, asentada en anfiteatro, cuyos altos edificios parece que se empinan unos por detrás de los otros como para ver las mansas aguas de su hermoso puerto y el paradisiaco país que se extiende tras ellas, Vigo crece, se dilata, haciendo saltar, por medio de materias explosibles, sus viejas estrechas calles, y levanta edificios que figurarían con honor en los famosos Campos Elíseos de París. Pontevedra vuelve de su letargo poético en su lecho de rosas é imbuye en su organismo la electricidad y el vapor que la envuelven en luz y le producen como

sacudimientos epilépticos. Santiago, donde viven en pacífica vecindad la tradición religiosa y el movimiento científico, conserva y cuida sus maravillosos antiguos monumentos, y sigue ansiosa el rastro del progreso moderno. La Coruña es la ciudad riente por excelencia; bella, bulliciosa, móvil, un tanto despreocupada, llena de confort, pronta á asimilarse toda idea nueva. En el Ferrol predomina la actividad industrial y científica. Oviedo piensa; Gijon lucha, trabaja, se transforma, venciendo elementos y obstáculos; Santander se esfuerza por empuñar el cetro del Cantábrico, que pertenece de derecho á Bilbao, el mayor foco de vida y el mayor emporio de riqueza de España. San Sebastián, con sus palacios, sus jardines, su pavimentación irreprochable, sus instituciones recreativas, es el centro de placer de la Península y de gran parte de Francia. Barcelona ¡ah! Barcelona, con su admirable puerto, su poética *Rambla*, única en el mundo, su paseo de Gracia, su calle de las Cortes, sin duda una de las más grandiosas que se conocen, su hermoso Parque, sobre

el cual se yergue aquel aurífero alado carro de la Aurora; sus plazas, sus jardines, su edificación moderna, suntuosa y bella; sus hermosos teatros, el del *Liceo* entre ellos, majestuoso, severo, y una de las más vastas salas de Europa; el ruído alegre y brillante de sus calles, donde bulle multitud de gente á todas horas, por donde corren sin cesar cientos de vehículos y se agitan millares de cascabeles, su actividad industrial y mercantil, y coronando toda esta obra, erguida sobre alta y esbelta columna metálica, destacándose en el horizonte azul y diáfano, la estatua colosal de Colón, señalando, con su dedo de cíclope, la tierra americana por primera vez entrevista: Barcelona es la reina del Mediterráneo y la más hermosa ciudad y el más grande centro comercial de España. Valencia crece y se hermosea, como si quisiera competir su genio artístico con la espléndida naturaleza que la circunda.

Alicante, Málaga, Sevilla, no desmerecen de ciudad alguna de igual población del extranjero. Cádiz, ya que otro título no tuviera, será ya por siempre la

cuna de ese moderno prodigioso buzo que se llama Isaac Peral, y por el fondo de cuyas aguas pasó por primera vez el extraño organismo que viene á predecir la futura lucha de los combatientes invisibles. ¡ Hermosa ciudad, foco de actividad científica, de donde salió aquel esplendente rayo!

Y Madrid, con sus ocho academias, sus veinte y una bibliotecas, sus treinta escuelas especiales, sus cinco institutos de enseñanza secundaria, sus doce museos, entre los cuales cuéntase el de pinturas, sin rival en el mundo, sus veintidos hospitales, sus veinte asilos benéficos, sus diez casas de socorro, sus veintitres instituciones recreativas, literarias y científicas, sus veinte teatros, sus treinta y cinco periódicos; Madrid, centro del poder, de la riqueza y del pensamiento de España, es una de las ciudades más civilizadas, más populosas y de mayor actividad intelectual de Europa. Allí existen esos dos templos famosos, consagrados por el genio artístico nacional: San Francisco el Grande y el Regio Coliseo. En el primero vése

el cielo poblado de ángeles, santos, vírgenes y profetas de realidad superior á las visiones místicas, el cielo creado por el pincel de Rivera, de Hernández, de Domínguez, de Plasencia, de Casado, de Ferrant, de Muñoz Degrain, de Contreras, de Moreno Carbonero, de Jover de Oliva, de Martínez Cubells, de Ramírez, de Amérigo, de Watelet: prodigiosos reveladores. En el segundo se *ha oído* la voz inspirada, la voz nueva, la voz no articulada antes, y posible es que sin eco en lo futuro; la voz de aquel hombre-ángel que se llamó Gayarre. Oí yo esa voz cuando estaba próxima á extinguirse. Era uno de los últimos días de noviembre; dábase «Los Pescadores de Perlas», y oficiaba el gran sacerdote. El teatro estaba lleno, la sala radiante, el proscenio semiobscuro, en cuyo fondo destacábase vaga, indecisa, una especie de sombra poética.

De allá, de aquella semioscuridad, surgió un eco dulcísimo, un gemido melodioso, una elegía cantada, que parecía un alma abrasada de amor, henchida de unción, de fervor, de gloria, vibrando en el es-

pacio. Los asistentes, como en los grandes oficios religiosos, seguían aquella voz de pie, inclinados, atentos, arrobados, silenciosos, en actitud de adoración. De pronto el canto adquirió un acento nuevo y más sentido, una nota más patética, una más intensa palpitación de dolor y de ternura, produciendo en el público un vago extremecimiento y un rumor extraño, como de sollozos comprimidos. Aquellas notas parecían lágrimas con eco, que, al percibirlas por los oídos, refluían en nuestros ojos. Diríase que el gran tenor lloraba ya su propia muerte, único capaz de saberla sentir y saberla llorar. Jamás emoción igual embargó mi ánimo; jamás he oído voz como la voz aquella; y hoy, que el cantante ha muerto, es cuando creo en la existencia de ecos divinos en las regiones celestes; puesto que el alma de Gayarre mora ya en la mansión de la bienaventuranza.

El templo ha perdido su sacerdote, el sentimiento humano su eco; y España, esa España que, sin duda, por efecto de antiguos choques producidos por la expansibilidad de su ser, es aun hoy por

tantos malquerida, esa España, que á todos ofrece su amor y de tantos recoge ingratitudes y agravios; España ha perdido el genio que podía reconciliarla con las almas sensibles en el mundo.

Pero, como he dicho ya, nuestro país no está muerto ni cansado. El númen nacional vive y trabaja, su tierra es fértil, el aire de sus campos está saturado de oxígeno y el aire de sus ciudades saturado de libertad, de tanta libertad como pueden atesorar los pueblos más libres de la tierra. España puede y habrá de realizar los grandes destinos que le marcan su progenie y su historia.

Señores:

Yo agradezco profundamente esta nueva demostración de afecto que me ofrecéis, y la consagro, como uno de mis más gloriosos títulos, á nuestra común madre, por cuya felicidad y grandeza os invito á que alcéis vuestra copa.

24 de Enero 1890.

# EL CARNAVAL

## I

La sociedad presente será conocida en los tiempos futuros por este mal humor y esta displicencia que le dan carácter, y que constituyen el síntoma cierto de un estado morboso.

Sin duda, con la supresión de las dificultades materiales con que tenían que luchar los hombres de otros tiempos, lucha que les proporcionaba salud á su cuerpo por el ejercicio, y satisfacción á su espíritu por la victoria; con la supresión de estas dificultades, decimos, había de venir la holganza y el decaimiento de la vida física, y el desorden moral resultante de una actividad psíquica desequilibrada é inarmónica con aquélla. De ahí

este mal humor incurable; de ahí esta inquietud, esta versatilidad febril que nos niega el reposo; este anhelo, nunca satisfecho, que nos impele constantemente tras lo desconocido, como elemento de deleite para el ánimo desquiciado; esta fuerza insegura que nos mueve sin cesar de un lugar á otro, cruzando valles, transponiendo montañas, para descubrir nuevos horizontes que han de ser tan monótonos como los que hemos abandonado: de ahí, en fin, este afán creciente por removerlo, por subvertirlo, por transformarlo todo; buscando, inútilmente, en las regiones de la realidad, un mundo que responda al mundo que soñó la exaltada fantasía.

Tal es la sociedad presente: Saturno que devora á sus propios hijos.

Por eso se ha llamado al actual momento histórico, el momento revolucionario por excelencia. Revolución incruenta, pero dolorosa, en medio á la cual caen creencias, cultos, símbolos, instituciones, escuelas, costumbres, tradiciones, gustos; como fuentes cegadas, de las cuales no brotara ya manantial de

vida alguno para el inquieto y desasosegado espíritu.

---

Entre las tradiciones que mueren, de esas que han prestado á la humanidad consuelo, esparcimiento ó dicha, cuéntase el *Carnaval*, cuya agonía viene anunciando, con cierta satisfacción lúgubre, en los últimos años, la prensa de ambos mundos.

Hoy que muere, pues que la frase irónica no suena bien ante la tumba, permítasenos que, asunto que ha pasado siempre por baladí, que esta entidad calificada de grotesca, sea tratada con respeto por nosotros. Ya que el Carnaval fallece, ya que el orden recobra su imperio, ya que la inquieta línea de la caricatura toma de nuevo su posición de grave reposo, ya que el eco de la carcajada se extingue y el fulgor de la risa se desvanece, ya que el movimiento espasmódico cesa, ya que la bufonesca mueca abandona el rostro humano, ya que la seriedad inmutable domina el vasto campo de la vida, creemos obrar

con lógica al tratar estas cosas que fueron, ó que van á dejar de ser, en el tono y con la modalidad hoy universalmente consagrados.

## II

Así como la Religión, el Derecho, la Patria, han establecido sus fiestas-cultos, el *Carnaval* no viene á ser otra cosa que la fiesta consagrada á la santa «Alegría».

Bien analizado, toda fiesta es ridícula; todo culto externo es amanerado y convencional. El culto á la risa debía resultar extraño, grotesco, falto de realidad; pues que la risa misma, sólo á la Naturaleza es dado producirla, jamás al arte.

Tan original y típica, y, si se quiere, antiestética demostración de un estado del ánimo, tenía forzosamente que servir de pauta al culto que se le ha consagrado; ya que el culto, objetividad de subjetivas ideas, personificación de ingénitos sentimientos, es simbólico ante todo. La risa, la carcajada, el movimien-

to desordenado y convulso, la contraída faz, producto de este estado psíquico, la alegría, en su período de crisis, al formar el ritual del culto, había de producir la caricatura.

Pero no cabe desconocer que toda facultad se desenvuelve por el ejercicio, y que todo culto alimenta y nutre al propio sentimiento que le dió vida. Las demostraciones del placer excitan el placer mismo. La risa es contagiosa; la dicha es comunicativa; y conviene agitar ese éter misterioso de que está saturado el espíritu humano, para que la vida aparezca envuelta en luz. La risa es una irradiación.

La posesión del contentamiento es el desideratum del progreso humano en el orden moral. Se remueven obstáculos, se disipan sombras, se abren rutas; pero todo esfuerzo se encamina necesariamente á aquel fin.

No sé por qué, sin embargo, á medida que el tiempo pasa y que la humanidad avanza, la tristeza, la honda y negra tristeza, se extiende sobre el horizonte de la vida.

## III

Es indudable que esta fiesta, convencional y periódica, ha tomado, de las antiguas fiestas gentílicas, parte de su ceremonial; pero no debe, no puede establecerse solidaridad alguna entre ella y los votos orgiásquicos conocidos por las Saturnales ó las Lupercales, ni por el principio que las informa, ni por la forma externa que las caracteriza. No es el culto á la fecundidad, al principio de la renovación y de la vida universal: es el culto al placer, sentido y expresado con arreglo al progreso de los tiempos.

No son suyas, no, las orgías báquicas. No son suyos aquellos torpes y vergonzosos espectáculos, producidos por la embriaguez de los sentidos y la anarquía de las pasiones, de continuo excitadas á merced de un falso concepto del placer, de la carencia de elemento ético y del desconocimiento de las leyes fisiológicas, espectáculos en que se envilecía el alma, se cegaban las fuentes de la vida y se producía la degeneración del hombre.

Por lo demás, la *máscara* misma, su más típico distintivo actual, fué tomada también, sin duda alguna, del antiguo teatro griego; y desempeña aún, en parte, el papel que le dió origen; presentando, como petrificados, en faz inerte, los internos movimientos del ánimo. La máscara carnavalesca es uniformemente alegre: la máscara trágica no ha transpuesto los umbrales del teatro. Hoy subsiste aquélla, sin embargo, como simbolismo tan sólo. Como medio de expresión sería un anacronismo. El *Carnaval* es un hombre que ríe.

Encarna otra idea la máscara carnavalesca, ó, más propiamente, el antifaz moderno: el misterio, como elemento de deleite moral; lo incógnito, lo velado, el enigma, que despierta la atención y la curiosidad, provoca el esfuerzo adivinativo y excita la imaginación de grato modo.

Simboliza más: simboliza el imperio de la verdad; la suspensión de ese estado tiránico llamado «convencionalismo social», que ahoga el sentimiento y vela el juicio. La fina tela que se interpone entre

vuestro rostro y los ojos de vuestro interlocutor, parece que tuviera un espesor inmenso, y os alienta, de misterioso modo, á pensar de él en voz alta. El alma se transparenta, toda entera, al través del antifaz. En rigor, el verdadero Carnaval lo constituye este estado ordinario de la vida colectiva, caracterizado con el nombre de «conveniencias sociales»; y el llamado *reinado de la locura,* sin duda porque encarna un principio subversivo, no es más que la consagración de la fuerza expansiva del pensamiento y el sentimiento humanos.

La máscara es un signo de redención.

## IV

Hay en toda religión falsos sacerdotes, en todo cuadro sombras, y en el proceso de todo principio sano y de toda idea buena, accidentes desconsoladores.

Esfuerzo inútil sería pretender ocultar que la historia de esta risueña entidad que hoy declina, presenta páginas tristes y sombrías.

Forzoso es confesar que, la máscara, ha sido profanada. Ella ha encubierto el vicio, ha sido el escudo del crimen, y testigo de dolores, lágrimas y sangre.—¿Cabe desconocer, por eso, que lo fué también de los votos de amor cambiados entre miles de almas juveniles? ¿Hay, al presente, corazón alguno que no vea, en el antifaz, el emblema de su dicha? ¿No lleva él, aún, como el lienzo bíblico, estampada la imagen de un rostro adorado? ¿No simboliza la redención de tanta honda y noble pasión que ha sufrido largo cautiverio? ¿No es verdad que, al través de sus flexibles y ondulantes pliegues, más de una vez ha forjado, la exaltada fantasía, bellezas increadas?

La noche, con su cielo estrellado, con sus vagos rumores, con sus cuerpos de indecisas formas, con su hálito de infinita melancolía, con sus sombras, con su honda quietud, es la bienamada de las almas poéticas y soñadoras; pero es también el refugio de los malvados. Ella ofrece encantos á los poetas, y muestra el cielo, como un libro abierto, á los astrónomos; pero ofrece también asilo al

criminal é impunidad al crimen. Es el mundo de los misterios; pero lo es también de las alimañas.

Cada cosa, cada idea, cada institución, se convierte en instrumento de índole distinta, según el agente que lo maneja y el fin á que se destina.

Al amparo de esa libertad temporal que forma la característica de la fiesta que estudiamos, muchos excesos se han cometido, muchos actos vergonzosos la han manchado; actos que, á señalar un principio en los esparcimientos humanos, habría que condenar, por falso, el concepto de nuestra superioridad moral. Pero, en cambio, ¡cuántos días claros, cuántos días hermosos, cuántos días de regocijo ha proporcionado al espíritu humano, tan trabajado siempre por los mil elementos que lo entristecen y lo aquejan!

En los pueblos más cultos, en los centros más populosos y civilizados, París, Roma, Venecia ¡Venecia, sobre todo! se han celebrado estas fiestas, trayendo á ellas cuanto contingente estético puede proporcionar la Naturaleza y el arte.

El Carnaval de Venecia, solo, salva la

combatida tradición. El genio del placer, del placer sano, del placer que ahuyenta el crimen y aleja la muerte, ha desplegado allí de prodigioso modo sus esplendores.

El cielo, con sus tintas suaves y su clara luz; el mar, con sus reverberaciones y sus cambiantes; la brisa, cargada de ecos y de aromas; el arte con sus combinaciones de color, de formas, de armonías; el entusiasmo de todo un pueblo dominando el cuadro: tal es aquella fiesta. El Carnaval debía encontrar en este pueblo su mejor intérprete. Es un pueblo alegre, sensible, artista, bello, con la conciencia de su belleza, revelada, cada día, en el permanente cristal de sus calles.

Los hombres y las cosas, la Naturaleza y el arte; las poéticas góndolas que surcan los canales por donde circulan, como raudal de vida, las aguas del Adriático, tripuladas por vistosas comparsas; las músicas que esparcen sus ecos sobre las murmurantes ondas, la temblorosa luz de las antorchas que riela en ellas, los altos balcones cubiertos de ricos tapices, adornados de flores y rebosantes de hermosas

cabezas femeninas, semejantes á nidos de hadas suspensos en el espacio; artísticos atavíos, banderas que aletean por todas partes, la sonrisa en todos los rostros; el dicho alegre y galante en todos los labios; por doquiera el aplauso; todo, todo se asocia, todo trabaja, todo presta su acción á la obra del contentamiento humano. Los sentidos, todos los sentidos, liban allí el placer, y el alma se desvanece entre rompientes de luz.

El Carnaval de Venecia ha inspirado ya obras de arte imperecederas

---

Concluyamos.

Hemos dicho que el Carnaval es el culto al placer, sentido y expresado con arreglo al progreso de los tiempos.

Debe él seguir la ley de todas las instituciones humanas: el movimiento, la evolución. Condenamos la inmutabilidad del dogma, que petrifica las instituciones seculares.

Hágase de él una expresión adecuada á nuestro actual modo de sentir; pero

creemos que, nuestra enfática gravedad, no es incompatible con su existencia.

Y, si ha de morir, piénsese que no se debe dejar el altar vacío. Y piénsese, por último, que no es justo dedicarle, como prez, si muere, el acento irónico, ya que pocos hay, en la hora presente, que no le deban algún momento de felicidad.

Junio de 1891

# LA PRENSA [1]

---

Del mismo modo que las palmeras se envían, al través del espacio, el pólen que las fecunda, así los hombres se envían, desde lejanas épocas y lugares lejanos, el pólen de las almas: las ideas.

En un principio, el radio de acción de esta misteriosa correspondencia fué bien limitada: no pasaba más allá del límite en que muere la *onda sonora*, ni duraba más tiempo que el que dura la vibración aérea producida por la palabra humana, *verbo* de la idea.

Entonces la humanidad era una familia

(1) Para el número especial de un periódico, celebrando el aniversario de su fundación.

dispersa; los hombres algo así como eslabones sueltos.

Cuando la palabra salvó los dinteles del hogar doméstico, cuando se sustrajo á la precaria suerte y á la efímera vida del sonido, cuando se hizo visible, adquiriendo caracteres permanentes que le permitieran dominar el tiempo, y la distancia, y la muerte misma; entonces fué cuando se produjo el advenimiento de la humanidad como ser colectivo, como entidad histórica, con unidad orgánica, con existencia solidaria y eterna. Entonces nació la humanidad, esta humanidad de la que, cada uno de nosotros, es parte y compendio; pues todos llevamos, en nuestra alma, las ideas, ó, por decirlo así, el alma misma de cuantos nos precedieran en el escenario de la vida. Entonces los eslabones sueltos se enlazaron, y pudo verse la cadena humana extendida al través de los tiempos.

La *palabra escrita* fué, pues, el vínculo de unión de la humanidad.

Pero esta misma palabra escrita fué, por largo tiempo, harto incompleta. El pensamiento de las almas superiores cir-

culaba y vivía con más exactitud, con más extensión, con más permanencia, que cuando la *tradición* la llevaba de tiempo á tiempo, de generación á generación; pero su marcha era lenta, y los que la percibían no eran muchos.

Este primer vehículo del pensamiento fué tardo, y no respondía al ansia de comunicación que caracteriza la vida moral del hombre.

El espíritu universal ostentaba espléndidos focos luminosos, pero presentaba también grandes extensiones de sombra. El fluído vital no circulaba todo, ni por todo el organismo.

Pero apareció la *imprenta.*

La imprenta es como una válvula prodigiosa abierta de improviso al espíritu humano. Ella acrecienta la vida multiplicando la expresión. Las ideas se desbordan, como un torrente que ha pugnado tanto tiempo por romper el dique que lo contenía; se entrecruzan, se chocan, desarrollando luz y calor, actividad y fuerza.

Ella recoge el fruto semi-aislado, semi-oculto, de cuantos se han esforzado en

los tiempos pasados, por dotar á la conciencia humana del caudal de ideas y conocimientos que forman hoy su más preciado patrimonio; lo recoge y lo muestra, lo populariza, lo esparce á los cuatro puntos cardinales, lo ofrece, en fin, en comunión á todos los presentes y á todos los venideros.

En vano ha sido que poderes tradicionales y despóticos que vivían á merced de la inercia del espíritu público; que escuelas y sectas que profesaban el credo de que la luz *daña*, se hayan empeñado en una lucha triste, sacrílega é imposible: la de impedir el movimiento expansivo del pensamiento humano.

El nuevo foco luminoso sigue en actividad creciente, sus rayos invaden todo el horizonte.

Al fin surge el rayo más esplendente de ese foco: el *periódico*.

Despierta resueltamente la avidez del espíritu humano, no le basta ya el pensamiento maduro, el juicio frío, la disquisición filosófica, la noticia científica, la concepción artística, expuestos y divulgados en el libro, larga y paciente-

mente elaborado. Necesita la noticia de cada día, la impresión de cada momento, el pensamiento á medida que él se elabora, el conocimiento novísimo, la enseñanza incesante, el juicio sugerido por cada hecho, el eco de cada dolor, de cada alegría, de cada esperanza, y recíprocamente, necesita, con necesidad imperiosa, comunicar todos estos accidentes con la misma rapidez con que se producen.

El periódico fué el órgano encargado de esta función compleja, el que había de responder á esta nueva avidez y á esta nueva actividad del espíritu. Él viene á ser así como la palpitación de la vida social moderna.

No es solamente un revelador, no es solamente un eco, es también un poder, es también una fuerza, el poder más grande y la fuerza mayor que hoy mueve á las sociedades humanas. Ese papel, esa cosa alada y viva y como henchida de fluido eléctrico, pues que tanta conmoción produce, esa débil hoja que cualquier soplo del aire dobla y arrastra, ese ser extraño, al parecer inofensivo y mudo

que penetra hasta lo interior de nuestro hogar con la primera luz de cada día, constituye uno de los primeros factores en la realización de los destinos humanos á la hora presente. Es la voz incesante que enseña, juzga, aplaude, censura, delata, se queja, apasiona y mueve, determinando todas las grandes revoluciones y los grandes movimientos que se operan en el seno de las sociedades, que, al fin, esas revoluciones no vienen á ser otra cosa que la resultante de la condensación de sentimientos y de ideas verificada en el espíritn público.

Es verdad que el periodismo, la más alta y más eficaz de las instituciones sociales existentes, no siempre y en todas partes cumple su misión augusta; y esto se debe á que, en toda religión hay falsos sacerdotes. Cuanto más alto y trascendental es ese ministerio, más sábio y más virtuoso y más austero debe ser quien lo ejerce.

En manos ineptas y malvadas, la benéfica y civilizadora institución degenera irremisiblemente en instrumento de infamia, y constituye uno de los más graves

y repugnantes males que pueden afligir á un pueblo.

Y bien: si tan grande es su ministerio, y tan dañosa puede ser su acción, no cabe otro medio de precaver el mal que una legislación severa, y la constante repudiación social.

Esto no obstante, la prensa será, por siempre, un signo de redención, un elemento de progreso, y el timbre más glorioso de la civilización moderna.

Cumple á toda conciencia recta y bien intencionada sostenerla y depurarla en consonancia con las necesidades de los tiempos.

1º de Noviembre de 1891.

# JUGANDO Á LOS ENFERMOS (1)

Á MI AMIGO, EL INGENIOSO ESCRITOR
D. CASIMIRO PRIETO

## I

En aquella casa residían: la aurora, ó más propiamente, el orto, el mediodía y el ocaso.

Podría llamársela «el país del sol;» como alguien la llamó á Italia, y alguien más á España.

Pero el sol que baña este pequeño

(1) Cuando se escribió este artículo, reinaban en mi casa la salud y un relativo bienestar. Algunos meses después, el 14 de Octubre de 1893, caía en ella, fulminada por un ataque de apoplegía, mi buena madre política, que me había inspirado el concepto del amor entre abuelos y nietos. El dia 15 de Mayo de 1894 perdi á mi esposa. Y, en fin, el dia 19 de Noviembre de 1896, mi hijita Maria Cristina, una graciosa niña de cuatro años, el mayor bien que me quedaba, sucumbia al practicársele la *traqueotomia*.

mundo de base cuadrangular, ese sol que, á un tiempo, se ve sobre el horizonte en sus puntos opuestos, y en lo alto del cenit, es el sol fisiológico, el misterioso sol de la vida.

Es la vida, arrebolando en una preciosa niña de cinco años; centelleando en los padres, jóvenes esposos de veinticinco y treinta años; declinando en la abuela.

Al través del foco luminoso central, los rayos suaves que parten de los dos puntos opuestos del horizonte, se buscan con atracción recíproca, con porfiado afán, con persistente amor.

Yo no sé cuál es la ley que determina este movimiento del niño hacia el viejo, del nieto hacia el abuelo, hacia la abuela especialmente, Aquel ser á medio formar, falto aún de calor, refugiándose en el seno, ya frío, del anciano, constituye un espectáculo tierno y poético; pero constituye también un fenómeno difícil de explicar.

En cambio, el amor del viejo al niño, del abuelo al nieto, se explica; ó si no se explica bien, se siente con facilidad. Es la vida amándose á sí misma, en su

renovación, en su comienzo; es la experiencia amarga, la exacta noción de la engañosa realidad, el dolor, adorando la cándida ingnorancia, la inocente fe, la dicha. Es, sobre todo, la *maternidad de la abuela*, ¡la sublime maternidad virginal, moral, quintaesenciada! Allá, en los tiempos bíblicos, hubo una anciana, Sara, que tuvo un hijo engendrado por el amor divino; concepción de su alma, no de sus entrañas.

Luego, en esta dualidad humana, esta dualidad físico-moral, sólo el ser orgánico, llegado á la plenitud, decrece y va, gradualmente, á la muerte. El ser moral crece siempre, acelerando quizá su crecimiento el decrecimiento físico. Cuando los órganos flaquean, y las pasiones se amortiguan, parece que el alma se enseñoreara de todo el ser. Se come poco, se duerme menos, los músculos niéganse á moverse; y en esta larga vigilia, y en esta final reclusión, el alma trabaja sin cesar, y se aferra á los seres hermosos que la rodean de contínuo.

## II

Era curiosa la manera cómo aquella abuela expresaba su amor por su nieta. Intervenía en su alimentación, en el arreglo de su vestido, en las medidas precaucionales en pro de su salud; la llevaba á paseo, á la iglesia, á todas partes; le decía cuentos, le inculcaba preceptos morales, le enseñaba oraciones, y, al fin, la hacía dormir sobre su regazo, velando largas horas su sueño tranquilo. En suma: ejercía sobre ella un verdadero monopolio. Y todo esto con seriedad, á veces con severidad, sonriendo algunas veces, jamás riendo; y, si no me engaño, en alguna ocasión ha llegado hasta á reconvenirla.

Sin embargo, se la ha sorprendido con frecuencia arrobada, extática, fija su mirada en la mirada dulce de la niña, como si quisiera absorber la suave luz que irradiaba de sus pupilas azules; cual si pretendiera imbuir, en su exhausto organismo, aquella existencia encantadora que se desplegaba ante sus ojos.

Por lo demás, su vida entera refluía sobre aquella criatura; pero de un modo grave, casi triste.

## III

No exageremos.

No quería la abuela á la nieta con más intensidad, con más vehemencia, con un amor más grande y más santo que los padres á la hija. Había, sí, en el amor de aquélla, más igualdad, más permanencia, lo que podríamos llamar una idea y un sentimiento fijos, casi una obsesión. No la amaba más: tenía más tiempo fijo su pensamiento en ella.

Los padres..... La juventud, con sus pasiones, sus sueños, su fuerza insegura y su movimiento difuso; el amor del uno al otro, las atenciones y las preocupaciones de esta compleja vida social; todos esos accidentes velaban, momentáneamente, en su corazón, la adorable imagen de la niña; pero de pronto resurgía poderosa en él, como surge el sol entre la ligera niebla, dominando el espacio.

En presencia de aquella cabecita de querube, de líneas nítidas, de curvas suaves, de facciones puras, blancas, mórbidas, cubierta por abundoso y áureo cabello, semejante á un nimbo de gloria; al recibir su mirada, blanda, dulce, acariciadora, aquella mirada que conmovía aun las almas indiferentes y despertaba en ellas no sé qué dulces sensaciones y misteriosas ternezas; al oir su incesante charla, de acentos agudos y timbre cristalino, semejante á un gorjeo; al verla correr, saltar, batir las manos, como si batiera alas, en una carrera que más se parecía á un vuelo, pasando, como un rayo de sol, de una á otra habitación, aquellos padres jóvenes, llenos de vida, de porvenir y de ensueños, olvidábanse totalmente del mundo y de sí mismos, para no vivir más que la vida de aquel diminuto y poético ser que llenaba, él solo, aquel otro mundo del hogar, oasis ó mundo de refugio, mundo de verdad y de dicha, reinando en él con absoluto imperio.

Y estos éxtasis hacían crísis, ordinariamente, tomando la niña en brazos,

estrechándola en ellos, diciéndola no sé qué cosas incoherentes y tiernas, besándola, besándola mucho, besándola sin piedad, bañándola con sus lágrimas, lágrimas de afecto, de ternura, de temor... ¡Qué sé yo!...

Á veces, en estos desbordamientos de cariño, en estos transportes de felicidad, cruza de improviso el misterioso espacio la leve sombra de una siniestra mano que amaga. ¡Es, tal vez, la voz del destino que advierte confusamente al hombre, en sus momentos de placer, que la felicidad no es sino un accidente en su vida!

## IV

Residía, además, en el seno de aquella familia, y como formando parte de ella, otro ser..... ó cosa; en fin, una muñeca, una gran muñeca, que el dueño de la casa había regalado á su hijita precisamente en el quinto aniversario de su nacimiento.

Era una muñeca de dimensiones colosales..... relativas. De cabello rubio, como su dueña, y, como ella, tenía blanca y

nacarada la tez, grandes, rasgados y azules los ojos, la boca breve, los labios rosados. Pero, al revés de ella, sus ojos carecían de mirada, ó, si la tenían, era una mirada dura y vaga, una mirada que no se fijaba en objeto alguno; y carecían, sobre todo, de aquel fluído, de aquélla tenue atmósfera en que se refractaba el rayo visual, y daba á la mirada de la niña esa dulzura y ese sello de poética melancolía que era uno de sus más salientes rasgos fisionómicos. Al revés de ella, tenía demasiado carnosas las mejillas, cuello macizo, corto, recio, cuello de esfinge; torso hidrópico, manos y pies deformes. Tenía articulaciones en las piernas, en los brazos y en el cuello.

Era, sin embargo, entre sus congéneres, uno de los tipos más perfectos de belleza plástica.

Un rico atavío velaba esos ligeros defectos de modelado.

Tenía su asiento y su servicio propio en la mesa, al lado de la niña; y en el aposento de ésta su cama, un canasto de junco, como el que salvó á Moisés,

de artística forma, y cubierto con gasas, recogidas con lazos de seda.

La asociaba á sus juegos, establecía con ella animados *diálogos*, le arreglaba.... ó desarreglaba el tocado, poniéndole dijes y prendidos extraños; la peinaba, surcando con sus deditos rosados el largo cabello suelto y áspero, casi con la misma fruición con que su abuela esparcía el suyo sobre sus espaldas, semejante á un reflejo de sol.

Luego la alzaba en brazos y echaba á correr con ella de una á otra habitación, presentando el fantástico aspecto de un rapto... de una muñeca por otra muñeca.

Algunas veces, al pasar con la gran carga en sus bracitos débiles, jadeante el pecho, encendido el rostro y los ojos dilatados, por delante de la madre, un gemido de dolor y de sorpresa se exhalaba de los labios de ésta.

## V

En una de esas carreras la muñeca se deslizó de los brazos de la niña, y cayó con estrépito. Cayó sobre un costado,

con la espalda vuelta hacia la niña. Ésta quedó inmóvil, como adherida al suelo, ante aquel cuerpo exámine.

Estaba consternada. Creía haber cometido un crimen; pensó si estaría *herida*, si se habría fracturado algún miembro..... No se atrevía á moverse, ni á respirar siquiera..... deseaba y temía al mismo tiempo ver si se había hecho mal.

Al fin se rehizo y tomó una resolución. Se inclinó sobre ella, la dió vuelta con cuidado..... y se encontró frente á frente con la muñeca, que le sonreía con su habitual aire distraído y le mostraba los colores vivos de sus mejillas carnosas, su boca entreabierta, sus dientes blancos y alineados. Entonces, á la vista de aquella cara plácida, en la cual no se traslucía signo alguno de sufrimiento, se sintió tranquila y se sonrió á su vez.

Se puso, sin embargo, á examinarla cuidadosamente, con los ojos y con las manos. Éstas dieron con un desperfecto: estaba ligeramente herida en la barba, un rasguño, un rozamiento de la piel; había saltado un pequeño y superficial pedazo de la pasta.

Terminado el examen, trajo un pañuelo de seda, ciñó con él el rostro de la muñeca, pasándolo bajo la barba y anudándolo sobre la cabeza; y alzándola luego la condujo á su cama, constituyéndose, desde entonces, en su enfermera, dispensándole una asistencia asidua.

La arropó bien (hacía un frío bastante intenso), mandó que preparasen una *tisana* (infusión de té), y mientras tanto, oficiando de doctor, le tocaba la frente, le tomaba el pulso, y hasta le ponía, bajo el brazo, un tubo de cristal ú otro objeto cilíndrico cualquiera, á guisa de termómetro. Su desesperación fué grande cuando quiso examinar su lengua, y sólo percibió, tras sus dientes blancos, una región oscura.... Luego le servía el medicamento en la tacilla de té chinesca.

Pocos momentos se apartaba de aquel *lecho de dolor*; y hasta la abuela se sintió más de una vez molesta por aquella enferma extraña, que vino á robarle muchas horas de atención de su nieta, horas que constituían el más grande consuelo á sus dolores, y una felicidad apenas soñada en los días vecinos á la muerte.

## VI

Tres días después del accidente de la muñeca, y como á media noche,—una noche de Junio, serena, clara, fría,—la abuela creyó oir una tos de niña, pero tos ronca, ahogada, extraña.

Se sintió consternada, toda su sangre afluyó al corazón, se incorporó con un movimiento nervioso, convulso, se sentó en la cama, y escuchó. Su corazón golpeaba como un martillo, bajo su pecho descarnado, cuyos latidos oía ella distintamente, y parecíale que turbaban el silencio profundo de la estancia.

Esta anciana vivía casi á expensas de aquella niñita; y cada signo de quebrantamiento de salud de ésta, la hería de muerte. Toda su vitalidad, toda su actividad, toda su energía, se habían concentrado en una sola función: amarla. Por eso una queja de ella, un acceso de tos, la cara pálida ó encendida, la alarmaban como el siniestro augurio de una catástrofe inmensa, de una catástrofe á que no podría, sin duda, resistir.

Siguió escuchando, sentada y semidesnuda, sin apercibirse del frío reinante, sin bastar á advertírselo el estremecimiento de su cuerpo, estremecimiento que bien podría ser de frío, de fiebre ó de temor. Oía el *tic-tac* de un reloj situado en una pieza lejana, destacándose claro, monótono y lúgubre en el silencio de la noche. La claridad de la luna filtraba, difusa y triste, al través de las dobles cortinas que cubrían los vidrios de las ventanas, empañados por un rocío denso, compacto.

Otro acceso de tos ronca y ahogada se dejó oir, seguida de un como gemido doloroso. Aquel eco extraño, triste, sacudió su cuerpo como el contacto de una corriente eléctrica. Entonces, en un movimiento febril, buscó á tientas algo con que cubrirse, se envolvió en ello, saltó de la cama y se dirigió á la habitación de su nieta. Encendió luz, la dirigió sobre el lecho de la niña, que abrió los ojos y volvió á cerrarlos deslumbrada; tornó á abrirlos, los fijó en la abuela y se sonrió. Interrogada por ésta, llevó su manecita nacarada á la garganta,

como indicando algún dolor en ella, y su color encendido, y su respiración ansiosa, revelaron pronto, á la abuela aterrada, que su nieta estaba enferma.

Su primer movimiento fué despertar á todos, poner en movimiento á toda aquella casa dormida; luego se detuvo. Pensó en su hija, en su pobre hija tan joven, tan feliz, que en aquel momento estaba entregada á un sueño tranquilo, el sueño de la juventud sana y virtuosa, y á la cual esperaba muy pronto un despertar horrible. Pensó en su yerno, aquel noble y valeroso corazón que más de una vez había pedido á aquel ser débil, diminuto y angélico, fuerzas para luchar y para vencer en la incesante batalla de la vida. Vió aquella casa, la bien amada de la dicha y de la luz, sumida ahora en una quietud y un silencio fatídicos, la vió ya agitada, llena de movimiento, pero de movimiento febril, angustioso..... y la vió, sobrecogida de espanto, en un porvenir próximo quizá, convertida en mansión de muerte, de dolor y de tinieblas.

La respiración dificultosa, anhelante

de la niña, la trajo de nuevo á la realidad circunstante. Se irguió con resolución, y llamó á una sirvienta que dormía allí próximo.

El despertar se propagó con rapidez. Pronto no quedó en aquellas camas más que montones de ropa, aún caliente, revuelta en informe confusión. Pronto, en efecto, á la tranquilidad y el reposo del momento antes, sucedió la agitación de una vida extraordinaria, presa del temor, del sobresalto, del presentimiento doloroso.

La madre, con los ojos dilatados, con expresión de espanto, como si llevaran en su retina la reminiscencia de un sueño horrible, se abalanzaba al pequeño y perfumado lecho de su hija, semejante á un nido fabricado en un rosal, abrazaba á la hermosa enfermita, la miraba extraviada, anhelante, la palpada por todas partes, le decía mil ternezas, la cubría de besos, la estrechaba..... como si pretendiera defenderla contra el mal.

El padre se inclinaba también sobre aquella cabecita rosada, pálido, ansioso,

opreso el pecho, y los ojos fijos en los tristes ojos de la niña como interrogándolos.

Sólo un ser permanecía allí tranquilo y risueño: la muñeca, la extraña enferma de cara plácida; sólo su cama se había preservado del desorden.

Se llamó un médico, que llegó presto, bien envuelto, medio tiritando, el rostro descolorido y esforzándose por sonreir. Miró al lecho de la niña, luego al de la muñeca, y exclamó con un acento que quería ser jovial:

—¡Cómo! ¿Dos enfermas? Parece esto un hospital de niños.

Luego se acercó al de la chiquita. Posó su mano fría en la frente ardorosa de la enferma, examinó su lengua, auscultó su pecho, exploró su garganta..... mientras aquellos tres seres ansiosos que lo rodeaban trataban de sorprender sus impresiones en su rostro opaco, de músculos inmóviles.

—No es nada, concluyó por decir; no sé si por convicción ó por bondad. Es la frase socorrida de los médicos discretos ó ineptos.

Recetó algo, algún emético según creo; prescribió el reposo, prohibición de hablar, atmósfera tibia é impregnada de humedad por medio de pulverizadores.

Cuando llegó el día su estado general era casi bueno. Había arrojado, por medio del vomitivo, las secreciones que parecían obstruir su garganta. Respiraba mejor, su voz era menos afónica, la fiebre había declinado.

Se sentó en la cama, y pidió que pusieran la de la muñeca paralela á la suya, con la cara de ésta vuelta hacia ella. Así, las dos enfermitas, parecían contemplarse sonriendo; la muñeca con su peculiar manera de mirar, mirada vaga, fija más bien en el vacío.

La tranquilidad, la alegría, renació en la casa, bien que de un modo cauteloso, receloso, velada por no sé qué presentimiento que oprimía, á su pesar, aquellas amorosas y nobles almas, que se esforzaban en vano por familiarizarse con una felicidad á la que creían tener derecho.

Por la noche recrudeció el mal. Los síntomas de sofocación fueron más in-

tensos, la fiebre volvió á ascender, y la pobre niña, con mano trémula, parecía querer apartar de su garganta algo que la oprimía, impidiéndole respirar.

Hubo junta de médicos. Examinaron la garganta por medio del laringoscopio, y constataron que no existía motivo inquietante alguno. Recetaron nuevos eméticos, inhalaciones calientes, reposo, silencio.....

Nuevamente pareció aflojar el siniestro dogal, dando libre entrada al aire en el pecho, que se dilataba á su benéfico influjo, renaciendo en él la vida y la salud.

Transcurrieron algunos días en estas alternativas, en que se sucedieron temores y esperanzas, tristezas y alegrías, dolores intensos y consuelos fugitivos; días largos, sombrios, con breves intermitencias de claridad vaga é indecisa, en que aquellos pobres padres y aquella buena abuela han vivido siglos de incertidumbre, de ansiedad y de horror; días tras los cuales aquellos tres seres parecían haber vivido el mismo tiempo, encontrarse en la misma edad, ante el mismo

horizonte, y con igual aniquilamiento de fuerzas. ¡La madre había llorado tanto, que hubiérase dicho que el manantial de sus lágrimas se había agotado!

Tras esos días llegó una noche horrenda. La enfermita sufrió un acceso terrible. Se ahogaba. Agitábase desesperada, convulsa, bajo la ropa descompuesta. Llevaba sus manecitas crispadas á la garganta tumefacta, como si quisiera horadarla. Hacía esfuerzos sobrehumanos por respirar, produciendo su escasa aspiración un ruido sibilante, un chirrido siniestro y angustioso.

La lucha de un querube, de un hermoso, débil y diminuto ser, con la mano invisible y hercúlea que le estrecha despiadada la garganta, forcejeando, aterrado, por desasirse de ella; la lucha de ese débil é inocente ser, aislado, abandonado á sí mismo, en presencia del amor y de la ciencia impotentes, debatiéndose contra esa fuerza fatal é incontrastable que lo arrastra..... la presencia de ese lucha debe quebrantar los corazones más valerosos y los más fuertes caracteres.

Aquello no debía prolongarse. Cerca

del amanecer sobrevino un paroxismo de disnea..... y el fatídico y angustioso silbido cesó.

.................................................................................

La primera luz del nuevo día pudo mostrar: Al fondo de la estancia silenciosa y lúgubre, la rubia cabecita de la niña, inmóvil sobre la blanca almohada, en el reposo profundo tras la larga lucha, la faz cianótica, los grandes ojos abiertos, tristes y sin luz, y cierto ligero fruncimiento de cejas que parecía estereotipar, más que una sensación dolorosa, un leve sentimiento de impaciencia ó desagrado.

A su lado la madre, joven, hermosa, pero con una hermosura prematuramente marchita, agostada por todos los dolores de una larga vida trágica condensada en unas pocas noches; los ojos secos y brillantes, dentro del marco rojo de los párparos encendidos, fijos en los ojos de la muerta, mientras sus manos acomodaban su cabecita, aún caliente, sobre la almohada, como pretendiendo proporcionarle un mayor reposo; recogía su cabello disperso, semejante á un haz de rayos luminosos; arreglaba sus ropas.....

con un movimiento igual, uniforme, movimiento de autómata, cual si fuera ejecutado en un período de sonambulismo. Tras ella su esposo, con el rostro pálido inundado de lágrimas, las primeras bienhechoras lágrimas que vertía en aquella larga jornada de dolor. Al otro lado la abuela, de pie, inmóvil, rígida, con una rigidez de estatua, erguida su altiva y venerable cabeza de correctas líneas, que un tiempo debió ser hermosa, la faz macilenta y tranquila, y fija la mirada con expresión de tristeza, de amor, de lástima, no ya en la cabecita inanimada que se destacaba en el fondo blanco del pequeño fúnebre lecho, sino en aquellas dos jovenes cabezas que se inclinaban sobre él. Quizá no pensaba en su nieta, que ya estaba muerta; ni en sí propia, que moriría pronto; sino en aquellos otros dos seres jovenes, buenos, amorosos, felices otrora, invadidos de pronto, en mitad de la vida, por la sombra salida de aquel sepulcro, sombra perdurable.

Y algo más lejos, yacente sobre un costado, en el artístico lecho de juncos, vuelta la cabeza hacia el patético grupo,

la gran muñeca, con sus ojos muy abiertos, sus carnosas mejillas sonrosadas, sus rojos entornados labios y sus dientes blancos y uniformes, ceñida la barba por un pañuelo, risueña, tranquila, impávida...

Miguel Angel, el gran artista trágico, el gran modelador de las actitudes dolorosas y airadas, la gran alma solitaria que cruzó, altiva y doliente, uno de los períodos más sombríos de la Historia, grabó esta leyenda en el pedestal de una de sus famosas estatuas colocadas sobre la tumba de los Médicis, la estatua de una mujer dormida: «Dormir es dulce, y todavía es más dulce ser de piedra, en tanto que duren la miseria y la vergüenza. No ver nada, no sentir nada, es mi felicidad. ¡Ah! no me despiertes»

Junio de 1893.

# DISCURSO

(EN EL FUNERAL CIVIL DE CARNOT)

Señores:

Un joven imberbe y obscuro, conocido hasta ayer tan solo dentro del círculo limitadísimo de sus relaciones, poco fomentadas merced al carácter adusto y reconcentrado con que, sin duda, lo dotó la Naturaleza, y merced á las ideas de aislamiento que han hecho germinar en su cabeza y á los sentimientos de odio y de rencor que han hecho germinar en su corazón; ese muchacho insignificante, incompleto aún como ser físico, casi diríamos por nacer como ser moral, destácase de pronto, sobre el escenario huma-

no, envuelto en luz siniestra, y hace surgir, de todos los confines de la tierra, un grito de horror y de conmiseración: de horror hácia él, de conmiseración hácia su víctima. Porque ese niño monstruoso acaba de lanzarse, como una fiera, devorándolo, sobre uno de los hombres á quienes la humanidad civilizada amaba más en el actual momento histórico.

Es la barbarie atacando á la civilización, es el rezagado humano que surge de improviso y niega, de modo siniestro, la obra secular del progreso. Diríase ese niño, salvos los signos externos de la raza, un extraviado de las hordas de Atila, una de aquellas «bestias de dos pies» que invadieron la Europa en el siglo V, saltando bruscamente entre los hombres cultos de este nuestro gran siglo, é hiriendo, por ley fatal de su destino, al mejor entre los mejores.

Ese adolescente, de labio apenas sombreado por el naciente bozo, de cabeza rubia y ojos azules, ese Cesar Borgia plebeyo, es la personificación, el evangelio viviente de esa secta negra, de esa religión sangrienta que ostenta, en vez

de martires verdugos, de que él es ejecutor y sacerdote. En la edad en que todo el ser es sentimiento, en la edad de los sueños, de las esperanzas, de los entusiasmos generosos, él se sustrae á los transportes de alegría, á las expansiones de amor de un gran pueblo hacia el hombre bueno, recto y probo que rige sus destinos y encarna sus más altas virtudes; se oculta, rígido y frio, entre la muchedumbre estremecida, como el tigre entre la agitada maleza, acecha á la víctima inofensiva é indefensa, se desliza, descúbrese al fin, y extiende la mano que parece que suplica, armada del puñal oculto, como el áspid entre flores, á la que tiende aquel la suya noblemente, sin presentir semejante aberración de la Naturaleza, semejante anacronismo de la historia y de la vida; cuya mano amiga es apartada por la enemiga mano del mónstruo, y sepulta éste su arma en el pecho generoso, henchido de amor, y palpitante de tiernos afectos. El golpe no es de un hombre, es de un mecanismo. El puñal cae fatalmente como impulsado por una fuerza ciega. Ni un movimiento de va-

cilación, de indecisión, de torpeza; el pulso es seguro, ningún músculo se contrae, ningún nervio denuncia otro movimiento que el movimiento que le imprime la voluntad, la inexorable voluntad de matar.

Sí; ese niño es un símbolo, es la imágen de la obscura secta que lo engendró, es el hombre ideal que ella persigue, el hombre sin ley, sin familia, sin patria, sin Dios, sin conciencia moral, sin afectos humanos, sin vínculo social alguno; con una existencia animal é instintiva, matando á sus semejantes con la imperturbabilidad y la inconsciencia de la bestia carnicera.

Pretende, esa secta, llevar ante el altar de sus sangrientas quimeras, todo cuanto constituye el patrimonio moral de la humanidad, obtenido tras cruentas jornadas al través de los siglos: los tiernos sentimientos, los nobles afectos que dan relieve á nuestra especie y la hacen destacarse en el cuadro universal de la creación, y aun de algunos que son comunes á los seres de especies inferiores, como el amor paternal; las leyes que informan nuestro ideal de justicia y de moral hu-

mana, el concepto de la familia, primera manifestación de la vida colectiva, y generadora de los más puros sentimientos del corazón; el de la patria, compendio de nuestros amores, de nuestros recuerdos, de nuestras esperanzas, de nuestros sueños de grandeza, de nuestras alegrías, de nuestros dolores, de nuestros esfuerzos por el progreso y por el bien, y musa de nuestros heroismos; la propiedad, que complementa y afirma la personalidad humana, la propiedad, que comprende nuestro propio albergue, la «casa burguesa» que ellos llaman, derivación de la caverna del hombre prehistórico, porque este ser vino al mundo predestinado á fabricarse una vivienda, á cobijarse con sus hijos bajo un techo, al revés de ciertos animales que viven á la intemperie y duermen bajo la techumbre del cielo; el Estado, que es la personificación de la sociedad, el órgano del progreso colectivo y el realizador del derecho entre los hombres; los monumentos y las obras artísticas, los descubrimientos de la ciencia, los productos de la industria, la historia, en fin, que es la vida de la humanidad,

con sus vicisitudes, sus martirios, sus lágrimas, su trabajo común y abnegado, su solidaridad en el espacio y en el tiempo.

Llevan más, ante sus lóbregos altares: llevan esa cosa augusta y sagrada que se llama la vida; llevan los miembros palpitantes y ensangrentados de niños inocentes, de niñas cándidas y bellas, de ancianos venerables, de madres tiernas que vivían para sus pequeñuelos......

¿Es ésta una escuela, una secta, que se esboza confusamente al resplandor siniestro de los incendios, entre el clamor de las víctimas y el grito de horror de la conciencia universal sobrecogida, ó es el despertar de un instinto feroz, dormido hasta hoy en el fondo del ser humano? ¿Acaso es cierta la teoría que asigna obscuros orígenes animales á nuestra espcie? Tendrá razon Taine cuanto afirma que hay en el hombre una bestia feroz, mal dormida?

Como quiera que sea, hay que combatir esa secta sanguinaria que cierra el paso al progreso y pretende destruir su obra por su base; hay que combatir el canibalismo de la raza blanca; hay que

esforzarse por volver la bestia feroz á su sueño secular, y si es necesario, arrojar al desierto á las fieras que vagan por nuestras ciudades; hay que defender, en fin, la obra de la civilización, que es la obra de todos los tiempos y de todas las razas.

Ahora, señores, mis votos fervientes de condolencia y de profunda simpatía á la Francia, á esa Francia revolucionaria, al pueblo apóstol, al pueblo mártir, al pueblo redentor, al gran pueblo que ha gastado, de continuo, sus energías, su sangre y su vida, en pro de la causa universal del progreso. Ella también debía ser en este caso, lógicamente, la víctima propiciatoria elegida; puesto que va á la vanguardia; y lo debía ser, así mismo, por ley de su destino y de su historia.

Nuevamente sufre por la causa común de todos los pueblos, y nuevamente el mundo culto llora su mal y alienta su espíritu.

Y glorifiquemos, señores, glorifiquemos á Carnot, la ilustre víctima, el mandatario fiel, el hombre probo, el caracter forjado en el molde antiguo, el corazón

noble, generoso y bueno, el más alto representante de la idea democrática en Europa; el hombre que fué asesinado por que era justo, por que era manso, por que era bondadoso; y cuya muerte, ó constituye un crímen de lesa civilización, ó constituye una de las más grandes iniquidades que se hayan cometido en la vida de la humanidad, ó el concepto universal de moral humana es una quimera.

1.º de Julio 1894.

## EL DIA DE DIFUNTOS

---

Hoy es el día que la Iglesia católica consagra al culto de los muertos.

Las campanas, con su triste clamor, nos recuerdan nuestras deudas para con los que ya no existen, nos piden, para ellos, recuerdos, oraciones y lágrimas.

Apenas si se concibe cómo pueda reglamentarse nuestro culto, nuestro amor, nuestro recuerdo, nuestra comunicación espiritual con los seres queridos que nos acompañaron un momento en este breve y obscuro tránsito, que han estado vinculados á nuestro corazón, que compartieron con nosotros alegrías y tristezas, dudas y esperanzas, que lucharon á nuestro lado con adversidades é infortunios, tomando quizá de ellos la mayor parte,

que aceleraron tal vez su muerte por prolongar un día más nuestra existencia. No; no cabe convencionalismo en la manifestación del recuerdo á los que hemos amado sobre la tierra y que la muerte arrebató de nuestro lado, en la unión moral de los seres al través de la tumba.

Por fortuna, ó por desgracia, (no sabemos bien si ese es un don ó un castigo) la muerte no existe para las almas bien nacidas; ni existe, siquiera, para ellas, la muerte temporal, el olvido momentáneo. Los seres nobles y tiernos no han menester que la Iglesia los llame al culto y al recuerdo de sus muertos queridos, muertos para nuestros sentidos, vivos, con vida fúlgida, poética y perdurable, para nuestro corazón y para nuestra mente. ¿Qué importa que el ser orgánico se desvanezca, si el ser moral perdura en nuestro pensamiento y en nuestro amor, si su recuerdo es como la combustión que alimenta nuestra vida?

¿Morir? No; no mueren los que han creado una atmófera moral simpática en derredor suyo, no mueren los que han hecho bien, los que han pensado noble-

mente, los que han amado, los que han vivido para los demás, los que han formado corazones nobles y tiernos, los que han sembrado ideas útiles, los que no han conocido más que una clase de egoismo, el egoismo del dolor y del infortunio. No; no mueren los buenos.

¿Olvidar? Tampoco olvidan, si son nobles, los que quedan en pié; y, siéndolo, no han de necesitar, sin duda, que la Iglesia, la misteriosa institución puesta en el límite que separa la vida temporal de la eterna vida, los llame al recuerdo, y al amor, y á la oracíón por los que han caído á su lado, por los que han traspuesto los umbrales de la existencia sin fin.

¡Nuestro culto á los muertos! ¿Acaso no se revela todos los días en nuestro amor á cuanto ellos han amado, en la práctica del bien cuya pauta nos han dejado ellos, en el cultivo de sus virtudes, en la continuación de su obra, en la identificación de nuestra vida con la suya, en nuestro esfuerzo por hacernos dignos de su memoria, en la repetición de su nombre en nuestro hogar hasta convertirlo en la oración cuotidiana de nuestros

hijos, en la rememoración de sus virtudes, en nuestro dolor, en nuestras lágrimas?

¿Necesitaremos visitar sus tumbas una vez cada año, llevando á ellas flores y oraciones como símbolo de nuestro amor y de nuestro recuerdo? ¿Es verdadero este culto periódico, en que los vivos, con cita previa, en un día dado, abandonan la ciudad, convertida un momento en cementerio, para invadir, cargados de ofrendas, la necrópolis antes callada, y cuyo silencio, y cuya soledad vuelven á imperar allí una vez que pasa el día consagrado? ¿No han de reverdecer, no han de ser renovadas esas flores que un culto convencional lleva, en un momento prefijado, á la lóbrega y misteriosa mansión?

¿Hemos de dejar, pasado ese momento, «solos» á los muertos, según la amarga expresión del poeta? ¿Es compatible esa soledad de un año con la perennidad de los afectos que vinculan las almas buenas aún á través del sepulcro?

Lloremos, sí; lloremos hoy, con el lúgubre tañer de las campanas, la ausencia corporal de los seres amados, llevemos

flores y rezos á sus tumbas, que sus yertos despojos parecen animarse y revivir con el tributo de nuestro amor, con nuestras plegarias y con nuestras lágrimas; pero no esperemos este día para visitarlos, no esperemos el llamado de la Iglesia para vivir en comunidad con ellos; no esperemos siquiera la presencia del sepulcro para reavivar nuestro recuerdo.

Amémoslos siempre, pensemos siempre en ellos, hagamos de nuestro hogar un templo consagrado á su culto y de nuestro corazón la tumba que guarde sus despojos, á fin de tener presente de contínuo, en nosotros mismos, el testimonio de su muerte; pidamos constantemente á Dios por ellos, que su redención es nuestra redención, vinculada como está á su vida nuestra vida.

¡Que cada día sea, para nosotros, es decir, para cuantos hemos perdido seres amados, *un día de difuntos!*

2 de Noviembre 1894.

## CELAJES

Mientras en Buenos Aires, la capital política é intelectual de la República, el *sol de mayo* de 1895 lució en un cielo límpido y lleno de promesas de paz y de concordia; aquí, en nuestra ciudad, capital también, con extensa jurisdición, en la esfera de las relaciones jurídicas, asiento de establecimientos superiores de enseñanza y de instituciones de cultura intelectual de no escaso valor, y situada á dos horas de la gran metrópoli; aquí, ese mismo sol de mayo se presentó velado por los lijeros celajes de una oratoria incipiente y convencional, en la que se descubre el ansia pueril de arrancar un aplauso á las pasiones populares puestas en ebullición, aunque para ello sea

necesario sacrificar la verdad histórica, las conveniencias sociales, los humanos respetos, y hasta los vínculos de la sangre.

Esos excesos de oradores y de publicistas, á quienes, sin duda, la vocación no llama por tales rutas, no reflejan, por fortuna, el pensamiento y el sentimiento dominantes en esta sociedad; pues de otro modo sería forzoso admitir que se trata de una sociedad retardataria, en la cual el concepto de «la patria», y el sentimiento de fraternidad que informa la ley de su existencia, no han penetrado todavía.

Ante todo; ¿qué se celebra en esta fecha del «25 de Mayo»? Se celebra el nacimiento de una nacionalidad.

Y cuando se celebra el nacimiento de una nacionalidad, y cuando esa nacionalidad se ha constituído con arreglo á los principios del derecho novísimo, el primer deber, el deber más elemental, es rendir homenaje de respeto al sentimiento patrio de todos los pueblos, y á la dignidad de todos los hombres. Herir á los otros pueblos y á los otros hombres en los sentimientos, justamente, que en

este día se consagran; ir ante el «altar de la patria,» llevando, como ofrenda, el honor, el valor y la dignidad de pueblos hermanos, es convertir á la deidad patria en una deidad cruel, desconocida en las sociedades de nuestro tiempo y de nuestra raza. Celebrar, en fin, el aniversario patrio de un pueblo constituído bajo la égida de la República democrática, formulando, como oracion, el ultraje á pueblos hermanos, y á los hijos de esos pueblos que han venido á su seno, al amparo de sus leyes igualitarias y de su índole fraternal, á colaborar en la obra del progreso común, es contradecir sus leyes y desvirtuar su índole; es más, es profanar ese mismo aniversario que se trata de solemnizar.

La República es la libertad, es la igualdad y es la fraternidad.

Estos principios generales tienen una aplicación especial é ineludible en las relaciones entre los pueblos hispano-americanos y el pueblo español; y la tienen más cuando se trata de celebrar aniversarios patrios.

¿Por qué? Por que existen vínculos de

sangre sobrepuestos á todo convencionalismo, y á los cuales ninguna revolución, ninguna evolución ni ninguna división política, pueden romper.

¿Por qué más? Por que tratándose de aniversarios patrios, de fiestas patrias, de cultos patrios, es forzoso invocar el nombre de España, que representa el númen del patriotismo en la Historia. Sí; ella, antes y después, en los tiempos remotos y en los modernos tiempos, siempre igual á sí misma, enseña á morir con Sagunto y con Numancia, enseña á resistir con Zaragoza y con Gerona, enseña á vencer en luchas seculares, que recomienzan generaciones sucesivas, inspirada, alentada, exaltada, por el sentimiento patriótico, que es como el calor de su sangre y el aliento de su vida.

Es el númen del patriotismo en la Historia; y por eso Castelar ha dicho que, cuando el sacro suelo de la Grecia se estremece bajo la planta musulmana, y el pueblo griego pugna por arrojar de su seno la dominación turca; y cuando Polonia se retuerce en el tormento y sufre la dolorosa desarticulación de sus miem-

bros, que se reparten, ante la impasible Europa, tres poderosas naciones; y cuando los pueblos todos ven cernerse sobre ellos la sombra fatídica del invasor, vuelven los ojos al Occidente, hácia el punto del horizonte en que se oculta España, buscando inspiración y fuerzas para vencer ó para morir.

Es el númen del patriotismo en la Historia; y por eso Victor Hugo, ante la invasión alemana de 1870, llama al pueblo francés á la defensa del territorio nacional gritándole: «¡Que cada ciudad sea una Zaragoza!» Y añade: «¿No tenéis armas? Los aldeanos de España no tenían más que hoces, y hundieron á Napoleón»

Es forzoso insistir sobre este punto: en el día del aniversario patrio, no se ultraja á ningún pueblo, sopena de empequeñecer ese mismo aniversario; y no se ultraja especialmente á España, porque, aparte de aquella razón, ultrajar á España es atentar contra las leyes de la sangre, y atentar contra las leyes de la sangre, constituye uno de los actos más repugnantes y mas enérgicamente condenados por la conciencia universal en

todos los tiempos y en todos los pueblos.

Cuéntase que cuando Nerón hizo asesinar á Agripina, apareció en las calles de Roma un recien nacido con esta inscripción: «Niño abandonado por temor de que llegue un día en que mate á su madre.» Inscripción *vengadora*, la llama un autor.

¿Qué razón poderosa habría para que una raza noble y viril, un pueblo culto y libre, en las postrimerías del siglo XIX, olvidara sentimientos de virtud, principios fundamentales de moral, y leyes inmutables de la Naturaleza, que el pueblo romano del tiempo de los césares no ha podido olvidar?

La nación española tenía su núcleo en la península ibérica, y se extendía por Europa, Asia, Africa y América. Un día, la parte que poblaba el Continente Americano, rompió la unidad nacional, formando nuevas entidades políticas. Hubo lucha, como hay lucha siempre que estos desprendimientos se producen; pero la República Argentina, que nace á la vida de las naciones soberanas después de aquella lucha, ella, como tal nación, como

tal entidad política, jamás recibió agravios de España.

Y si preexistiera esta nacionalidad, y si ella recibiera agravios, cual los recibió la misma España con la artera y cruel invasión del primer Bonaparte, no sería justo, ni humano, fulminar en masa á todo un pueblo por los actos de sus reyes ó de sus gobiernos: los gobiernos y los reyes pasan, y los pueblos perduran; perduran y se aman, estando predestinados á realizar fines comunes.

Anatematizar á un pueblo, ¡qué error! Y doble error todavía negar al pueblo español capacidad orgánica para cumplir altos destinos en el mundo; después de haberlo presentado como una familia aislada, despreciada, sumida en el obscurantismo y en la inercia; pues aquella negación comprende virtualmente á todos los pueblos de orígen español; é imputarle este papel es desconocer absolutamente su historia.

El hombre nace del hombre; y sus facultades, que son sus virtudes y sus vicios latentes, no las recoje del suelo que pisa ni del aire que respira.

Por fortuna, quienes tales heregías profieren no son de abolengo argentino, nada tienen de común con los hombres de la revolución de Mayo, cuyo sol se ha querido velar, pero que brillará con mayor intensidad cada día.

Mercedes, Mayo 26 de 1895.

## FELICIDAD!....

---

El antiguo optimista concepto del amor y la confraternidad universal, ha trascendido del campo de las especulaciones filosóficas al de la realidad viviente.

Todos los miembros de la moderna sociedad culta han convenido al fin, por no se sabe qué tácito acuerdo, renovarse, recíprocamente, sus protestas de solidaridad y de afecto, sus ardientes sinceros votos de ventura, al iniciarse un determinado periodo de tiempo.

En esa época, las salutaciones, las protestas de amor, los votos de felicidad, se cruzan entre todos los miembros de la gran familia humana, en toda la extensión del mundo civilizado.

Los buzones públicos, las balijas pos-

tales, los mensajeros de la correspondencia, todos esos que llamaremos «órganos de relación» de la vida social moderna, gimen bajo este alud de votos, bajo este desbordamiento de amor que circula, como raudal de vida, por todo el organismo colectivo.

FULANO DE TAL SALUDA Á VD. Y LE DESEA FELICIDAD EN EL AÑO QUE COMIENZA.

Es la salutación matinal del año que se dirijen todos los hombres entre sí.

Ha trascendido hasta á los niños esta manifestación universal de amor. También ellos se saludan al venir el AÑO NUEVO; también ellos se comunican su afecto mutuo, y hace, cada uno, votos por la felicidad de los demás; tambien ellos se creen obligados á hacer expresa manifestación de este sentimiento universal del alma humana.

Bien que los votos de felicidad de los niños no son, no pueden ser otra cosa que letras de cambio giradas sobre el porvenir. La infancia es feliz, y pedir lo que se posee constituye, por lo menos, un trabajo supérfluo. Es verdad que los

niños lloran, pero sus lágrimas seméjanse al rocío de la aurora.

Debemos, sin embargo, recoger su testimonio, como uno de los principales fundamentos de nuestra tésis; ya que la sinceridad es uno de los más bellos atributos de la infancia.

No cabe, pues, dudar. La escuela optimista triunfa con triunfo incontrastable; el concepto del amor y la confraternidad humana toma forma sensible, se encarna en el organismo social, y adquiere los caractéres de una manifestación inequívoca y permanente de la vida colectiva.

El hombre no es ya,—no lo fué nunca sin duda—el «lobo del hombre»; como lo han afirmado, no se sabe con qué criterio clínico, observadores de meras familias de neurópatas que han generalizado el tipo morboso y la anomalia orgánica. Es, por el contrario, el hermano, el amigo del hombre, identificado con él, sufriendo sus dolores y gozando sus placeres.

Hasta aquí, las llamadas impropiamente dos escuelas, presentaban los respectivos hechos de comprobación de sus

opuestas doctrinas Una, la guerra bajo todas sus formas: de raza á raza, de pueblo á pueblo, de familia á familia, de hombre á hombre. Otra, las instituciones benéficas, el culto de la caridad difundido, como una religión de amor, por todo el mundo; el rasgo individual, abnegado y sublime, irreflexivo, expontáneo, instintivo diremos, derterminado por la fuerza irresistible del sentimiento en sí mismo.

Hoy la controversia ha perdido su razón de ser. El hombre ha expresado, en forma clara y precisa, su amor por los demás hombres; renovando sus votos de felicidad para con ellos al iniciarse cada periodo convenido de tiempo.

No creemos tampoco, no lo hemos creido nunca, que la palabra, ese don divino, haya sido creada para ocultar el pensamientó humano. Creemos menos que, esta universal salutación de AÑO NUEVO, que esta inmensa plegaria de amor que sale, en un día dado, de todos los labios, sea una vasta red de mentiras que aprisiona al hombre, á la vez su autor y su víctima.

Nó! los votos de felicidad no son votos mentidos. No es el deseo del mal quien

sugiere la manifestación del deseo del bien. No! no es tan abyecta el alma humana.....

Y bien: no debe, sin embargo, la pasión de escuela, llevarnos á ocultar hecho alguno que tienda á hacer vacilar su credo.

Por lo que á nosotros afecta, apenas la nueva general costumbre se ha iniciado, apenas entraron, por nuestro hogar, los primeros sinceros VOTOS DE FELICIDAD, formulados, justo es decirlo, por nobles y enteros corazones, se desataron sobre él todas las tormentas de la adversidad, lo azotaron los vientos de todos los dolores intensos y terribles.

¡Dios mio! ¿Es que el hombre está tan lejos de Tí que no oyes sus ruegos, ó llegan hasta Tí invertidos? ¿Es que se aleja él de Tí cada día? ¿Es que el movimiento de avance de la humanidad es un movimiento de desviación?.....

Enero de 1896.

## LOS EXPOSITOS DE LA AMÉRICA

---

Castelar, el verbo de la democracia contemporánea, que, sin apostatar de su ideal democrático, sostiene, con el tesón de un convencido, la convivencia de Cuba en el organismo político español; Castelar, decimos, llamaba, no há mucho, á los pueblos hispano-americanos que reniegan de su orígen, «expósitos del planeta».

¡Cuán lejos ha estado de sospechar el grande hombre que su soberbio apóstrofe, digno de Isaías, había de caracterizar, de gráfica y triste manera, la situación de sus propios compatriotas que habitan este continente!

En efecto: nosotros, los hijos del pueblo que descubrió, conquistó y pobló el Nuevo Mundo, ofreciéndolo á la civili-

zación y á la humanidad entera, nosotros somos aún hoy, y á pesar de todos los progresos, los verdaderos, más aún, los únicos «expósitos de la América».

En esta que aquél llamó también «tierra de la libertad», donde viven todos los cultos, donde alientan todos los ideales, donde encuentran seguro asilo todos los sentimientos que informan la existencia de los pueblos modernos, nosotros carecemos del derecho, no negado ni á las tribus nómadas, de amar la tierra en que nacimos y en la que reposan los huesos de nuestros antepasados, y de la libertad de rendirla públicamente culto.

Aquí, solamente nosotros no tenemos patria, ó por lo menos no tenemos el derecho de invocar su nombre. ¡Somos los bohemios del Nuevo Mundo!

Por eso, mientras las primeras potencias europeas dirigen hoy sus conquistas al corazón de Africa, conquistas no informadas por ideal alguno sino á título de expansión; mientras esas grandes potencias disputan á otros pueblos y á otras razas su propio territorio llevando al seno mismo de sus hogares la violencia, el

estrago y la muerte, otra potencia europea que también fué grande, ¡grande entre las grandes! y que es pequeña desde que dió á luz y nutrió á sus pechos la grandiosa América; otra potencia europea, decimos, es asaltada en sus posesiones seculares, en los pueblos formados con su sangre, con su alma, con su verbo, con su religión y con sus leyes, es asaltada por hordas africanas, tornadas de conquistadas en conquistadoras, y en la forma que las hordas salvajes asaltan: talando campos, quemando ciudades, volando puentes, descarrilando trenes, matando en masa ancianos, mujeres, niños, atacando, en su base, la obra de la civilización.

¡Los hunos han tenido instintos menos crueles y objetivos más levantados!

¿Y qué hacen los pueblos americanos? Aplauden á los conquistadores europeos de Africa y á los conquistadores africanos de América. Y nosotros, los hijos de España que habitamos estos pueblos traídos por ella á la vida, no sólo carecemos del derecho de defender la integridad de su territorio y el honor de su bandera, sino el de llorar sus inmereci-

das desventuras: ¡aquí, donde hasta hay condolencias públicas para las agresiones desgraciadas!

Es que, se dice, la defensa de España en la contienda de Cuba lastima el sentimiento americano, la solidaridad americana.

¡Sentimiento americano! ¡Solidaridad americana! ¿Qué significa eso? Nosotros no hemos conocido nunca, en la vida colectiva, más que estos tres conceptos: la familia, la patria, la humanidad.

¿Es que para los filántropos americanos el crimen no existe si se perpetra fuera de su territorio? ¿Es que no existe el derecho más allá de sus fronteras? ¿Es que no pertenecen á la familia humana cuantos viven fuera del continente? ¿Es que la América del siglo presente pretende restringir el derecho humano proclamado por la Europa del pasado siglo? ¿Es que el derecho de gentes va á convertirse de universal en continental? ¿Es que se quiere hacer retrogradar el progreso humano?

Este concepto americano, subordinado fatalmente á los accidentes geográfi-

cos, sobre ser estrecho, egoísta, convencional y falso, no es ni sincero. ¿No conviven hoy, vecinos á los pueblos americanos, estados europeos, Inglaterra, Francia, Dinamarca, Holanda?

No; todos los pueblos pueden vivir en América; que América es grande, y el espíritu que la anima expansivo y libre; todos..... menos su infeliz progenitora, menos España. Ella, la primera que se lanzó al mar grande é ignoto, y abordó el continente, y tomó posesión de él, tras larga y sangrienta lucha con la raza aborígene, á nombre de la civilización y para las razas europeas, ella debía, por quién sabe qué funesta ley histórica, ser la única á quien esa misma raza europea de América negara el derecho de conservar un palmo de tierra donde asentar su planta, donde honrar la memoria y velar el sueño de sus esforzados hijos que la fecundizaron con su sangre, donde sostener su viejo y glorioso pabellón, la primera enseña de la cultura cristiana que flotó á los vientos del Nuevo Mundo.

.......................................................

Celebrábase el aniversario último de la

constitución de una joven nacionalidad americana, y en la oración patriótica renováronse las injurias de rúbrica á la madre España. El que esto escribe, en réplica que no se dió á la publicidad, dolíase de la ofrenda obligada de aquella víctima propiciatoria ante el altar de la patria, en estos términos:

« Lanzarse al inconmensurable y misterioso Atlante, con los conocimientos y los medios de navegación de aquel tiempo; abordar el continente más extenso de la tierra, seguir su costa hasta su término, atravesar sus llanuras sin fin, y sus selvas sin luz, y sus ríos sin orillas; y trasponer sus inaccesibles montañas en cuyas cumbres arden los volcanes y blanquean las eternas nieves; luchando con los hombres incultos y traidores, con las bestias feroces, con los elementos, con el clima, con las fiebres; haciendo jornadas homéricas; librando batallas de táctica no aprendida; marchando siempre hacia lo desconocido, hacia el peligro, hacia la muerte; atravesando todas las zonas, á pie, sangrando, abriéndose paso con los propios brazos, practicando cami-

nos, hollando suelos vírgenes que tiemblan y se hunden bajo los pies desnudos..... y luego, echar en esa inmensidad los cimientos de una civilización, volcando en ella la sangre, la fuerza, el ideal, la vida y la riqueza del pueblo conquistador..... Se necesita una poderosa facultad imaginativa para forjar, siquiera sea confusamente, el cuadro al referirse al cual decía Francisco López de Gómara al emperador Carlos V: «La mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias.» Y todo esto, ¿para qué? Para que en las ciudades levantadas en el fondo de las selvas vírgenes, en el seno de las incultas y calladas llanuras, en las márgenes de los ríos que no se sabe dónde nacen ni adónde van, al pie de las jigantescas cordilleras que parecen cerrar el paso á la marcha del género humano; para que en esas ciudades que constituyen aún hoy la inmensa mayoría de cuantas pueblan el continente americano, se ofenda y se ultraje la memoria de sus heróicos y abnegados fundadores.»

..................................................

¡Oh España! Tú serás arrojada de América, templo de tus viejos penates, teatro de tus heróicas hazañas, tumba de tus hijos más esforzados, testimonio vivo y perdurable de tus pasadas grandezas: dejará de flotar en sus espacios tu gloriosa enseña, aquella que nunca dejaba de alumbrar el sol, aquella que, junto al lábaro de Cristo, hizo surgir la idea de Dios en su vacío firmamento; y verás, desde lejos, como los proscriptos de la Escritura, tu antiguo hogar enseñoreado por todas las razas y por todas las concupiscencias de la tierra, y á nosotros, tus hijos, únicos extranjeros en él, obligados á callar tu nombre cual si fuera un grito sedicioso, y condenados á sufrir, de continuo, el ultraje inferido á tu nombre en la misma lengua puesta por tí en sus labios.

Pero vivirás; vivirás en América, mientras exista tu nombre en su historia; mientras suene tu lengua en sus espacios; mientras en su seno latan corazones formados con tu sangre; mientras existan leyes tuyas en sus códigos; mientras oficie el sacerdote católico en sus altares;

mientras en su atmófera moral vague tu espíritu.

Vivirás por los siglos de los siglos; porque no hay revolución, ni trabajo, ni accidente alguno, que puedan borrar tu obra, extinguir tu raza, ni desvanecer tu alma.

6 de Abril de 1896.

# LA OFRENDA PATRIÓTICA

Se ha dicho que los que abandonan el paterno hogar, la tierra breve, trabajada y lánguida de Europa, y vienen á la América extensa y fértil tras mejores días y mayor fortuna, que alcanzan mediante el trabajo asiduo, la economía constante y la ambición siempre excitada por el fácil lucro; se ha dicho que esos emigrantes europeos enriquecidos en América son egoistas, sórdidos, inaccesibles á los sentimientos levantados y á los entusiasmos generosos.

Se ha dicho que el tiempo y la distancia borran del corazón las afecciones más caras, incluso la noble afección de la lejana patria.

Se ha dicho que el periodo actual es

el período agónico de todos los cultos, sin excluir el culto de la patria; que el hombre sensible tiende á desaparecer, por este trabajo de selección de la educación moderna, que contrae todo su esfuerzo al desarrollo del cerebro y del músculo, buscando el hombre de pensamiento y de acción; que, en fin, la filosofía y el comercio, ¡el comercio, que tanto priva!, puestos de acuerdo, tienden á la universalidad y á la unidad humana.

No conocen, quienes así piensan y eso dicen, á los españoles que habitan ambas márgenes del Plata; ó más bien, porque no sería justa la singularidad, no conocen á los españoles de todos los tiempos y de todos los lugares.

En medio del movimiento universal de evolución que se opera, España es un pueblo rezagado. Sigue siendo el pueblo nervioso, sensible, exaltado, henchido del sentimiento patrio, dominado por él; el pueblo de los grandes espasmos y de los grandes sacrificios por la independencia y el decoro de la nación. Es un pueblo que resiste, que no se somete, que conserva la integridad de su fiso-

nomía moral al través de los tiempos y de las revoluciones; un pueblo que siente como sintió, que lucha como siempre ha luchado, no por su riqueza, sino por su honor; un pueblo anacrónico que, antes que de pan, vive de dignidad.

Y vive; vive en un medio ambiente hostil, sin duda porque tiene una misión providencial: la de atestiguar la existencia del sentimiento patrio, el cual, á su vez, es el revelador más enérgico de la existencia de ese pueblo. «Siento la patria, luego soy»: es el entimema español.

Si España muriera, el concepto de la patria habría desaparecido de la realidad viviente.

A veces se impone, siquiera sea pasajeramente; y Europa, y el mundo, se sienten contagiados de su influencia. A este fin de siglo, por ejemplo, se le ha de llamar mañana «El fin de siglo español».

No sólo allí, en el núcleo de la nación, se siente palpitar el alma de la patria; no sólo se la siente sobre aquel suelo removido por luchas seculares y teñido con la sangre de cien generaciones, y bajo aquel sol que alumbró tan-

tas proezas y sacrificios tantos; no sólo allí se le siente, sino en todo lugar, bajo todas las latitudes, en medio de todas las sociedades: «Donde quiera que exista un español, allí está España», ha dicho nuestro primer tribuno. Lleva íntegra su herencia á través de todos los medios, de todos los climas, de todas las influencias; y en el seno de las sociedades extrañas, informadas por un espíritu contrario al suyo de origen, es un ser que no se asimila.

Ahí está sangrando nuevamente la nacionalidad española por esa herida abierta en las Antillas. A esa herida suya, reabierta en América, afluye su sangre más rica, más cálida, más vigorosa, exhalándose por ella la esencia misma de su vida, su más tierna juventud, esa juventud que anima sus ciudades, que embellece sus campos, que regocija sus hogares; esa juventud que es su nervio, su fuerza, su salud, su alegría, sus ilusiones, sus esperanzas, su luz zodiacal, su alma, en fin..... ¡el alma de la patria que se va! Y con su alma vánse sus riquezas, sus ahorros, su crédito, el bien-

estar del rico, el pedazo de pan del pobre, el fruto del trabajo rudo y asiduo, y el fruto del trabajo y del ahorro de las generaciones por venir, comprometido de antemano.

Y ella, España, fiel á su tradición, á su historia, á su ministerio, á su genio, da gustosa su sangre y sus recursos, su vida y el pan que la sostiene, lo da todo en aras de su integridad, de su prestigio y del honor de su bandera, nunca mancillada; lo da todo, lo dará todo por curar la herida que la aqueja y la desangra, antes de permitir que la degenerada ingratitud, ó la codicia artera y fuerte, amputen ese miembro enfermo que es parte integrante de su ser.

Y ese movimiento suyo alcanza á todos sus hijos, cualquiera que sea el lugar de la tierra que habiten; ese movimiento, que parte del cerebro, se comunica con igual fuerza, con la misma intensidad, á todos sus miembros, cuan dispersos estén y cuan distantes.

Así sienten, los españoles de América, los dolores de la lejana patria, presente, sin embargo, de continuo á su

corazón. Así se agitan atenaceados por ese dolor, en el seno de sociedades extrañas, tan apartadas de la suya, tan indiferentes á sus males. Así llevan también ante ella la ofrenda de su amor: sus votos fervientes por la victoria y por la paz, su riqueza, sus ahorros, el producto de un trabajo ímprobo y prolongado, el pedazo de pan restado á su propio sustento y al sustento de sus hijos.

Así le han llevado ya el contingente de su sangre y de su vida. Así se preparan á mayores sacrificios, á medida que la salud de la patria lo exija y el peligro acrezca. Así su amor, su abnegación, sus sacrificios, sus energías, acabarán por imponerse al respeto y á la admiración de cuantos, aun siendo enemigos de nuestra causa, estén dotados de noble espíritu y de sentimientos elevados. Así, en medio de la ruina material de España, se destacará, augusta y trágica, su grandeza moral, jamás menguada.

¡El nombre español á mucho obliga! Constituye él una leyenda, jamás interrumpida, continuada por todas las generaciones al través de todos los tiempos,

una leyenda de esfuerzos, de dolores, de heroismos, en aras del honor y de la independencia de la patria; una corona de martirio y un nimbo de gloria, una compleja y grande herencia, capaz de ser recibida por grandes almas. ¡Bella herencia de aquel pueblo férreo, que fué un día el árbitro de los destinos del mundo, y á quien se le mueve guerra á título de haber explotado al mundo en beneficio suyo..... ¡él, uno de los pueblos más pobres hoy, más sobrios siempre!

No habrá, no, en la actualidad, un solo hijo de ese pueblo pobre, altivo y grande, grande como en sus días de mayor grandeza; no habrá un solo hijo suyo, legítimo, cualquiera que sea el lugar de la tierra que habite, que no sienta como un dolor propio su dolor, y no esté dispuesto á redimirlo á costa de su bienestar y de su vida.

Los hijos de España en la República Argentina no han degenerado: su obra denuncia su carácter y atestigua su grandeza.

21 de Abril 1896.

## UNA FUNCION DE DESAGRAVIOS

---

El título para estas líneas elegido, y que predice su pensamiento capital, nos obliga á entrar inmediatamente en materia.

Celébrase esta noche, en uno de los teatros de Buenos Aires, templos del arte, la función de gracia ofrecida por una hermosa mujer americana al patriotismo español, tan inopinada, injusta y torpemente herido por algunos de los representantes del pueblo á que aquella dama pertenece.

La gracia, la hermosura, la caridad, el arte, la noble forma, esa que hace del ser humano la cima radiosa de la creación, oficiarán en la solemnidad patriótica; y esta ofrenda de amor y de ternura, pre-

sentada al gentil y caballeresco pueblo español por una bella mujer americana, desagravia, casi, á nuestro pueblo, y reivindica, casi, para el suyo, el sello moral, común á todos los pueblos cultos, que, odios de religión, antagonismos de raza y codicia atávica, siempre excitada por la proximidad del objeto codiciado, especie de suplicio de Tántalo de un pueblo dotado de más vientre que corazón, habían borrado, casi, por completo.

Será bella, y tierna, y patética la solemnidad; y será digna de ella la sacerdotisa.

A ésta se la llama «hermosa;» y es ese, sin duda, su primer atributo.

Desciende, por línea directa, de aquella ignorada mujer helénica que sirvió de modelo á la Venus de Milo. La mujer y la diosa habían muerto; pero la diosa se levanta de nuevo, tras un sueño de veinte siglos, en un campo de Grecia, convertido en *Campo de Josafat del arte;* y la mujer renace entre nosotros y en nuestros días: es una doble resurrección.

Tiene la pureza de la linea, la suavidad y morbidez de la forma, la proporción,

la armonía, la gracia, el reposo, la soberana majestad de la estatua. Tiene, más que ella, los grandes y rasgados ojos de obscuras pupilas que esparcen blanca claridad de aurora sobre su rostro níveo y sonriente, sonrisa que presenta multitud de hoyuelos, reflectores, sin duda, de aquella claridad, pues seméjanse á ligeros puntos luminosos. Tiene, más que ella, sangre, alma, sentimiento, ideas. Es una estatua con entrañas, con aliento, con vida. Es un poema de carne, de carne palpitante y pura, abrasada por el fuego del amor, de la caridad, de las pasiones generosas, de los nobles instintos. ¡Es una estatua y es un alma!

Es más grande aún que aquella otra ignorada mujer, aquel eterno arquetipo de la belleza plástica, que no salió, sin duda, de la tierra de Grecia, donde se ha rendido culto á la forma, por nadie superado; y no penetró en el suelo de España, donde se rinde culto al espíritu, por nadie igualado. Y en España estuvo nuestra heroína, en esa España donde se adora á la mujer, se ampara al niño, se venera al anciano, se lucha por el débil

contra el fuerte, se desprecia el poder y la fortuna, se defiende la virtud y se da la vida en aras de la justicia; en esa España soñadora y exaltada, donde se producen, como mal endémico, estas sublimes enfermedades del alma cuyo caso más notable y más noble es *Don Quijote.*

Ahí, sobre ese suelo, bajo ese sol, en íntima comunión con su espíritu caballeresco, se desenvolvió su corazón, un bello corazón henchido de amor, de caridad, de heroísmo, de sentimiento artístico.

¡Qué mucho que ayer, niña aún, apareciera en la fértil vega de Murcia, cubierta aún de limo que arrastrara el Segura desbordado, como una poética visión, como una ondina perdida en un islote de lodo al retirarse las aguas, cual la paloma bíblica que vuela sobre la tierra asolada por el diluvio, repartiendo socorros á los náufragos á quienes la inundación dejara con vida y sin amparo! ¡Qué mucho que la «Cruz Roja» española, la noble institución que se levanta, como una protesta, ante la barbarie de la guerra, la cuente entre sus más excelsas benefactoras! ¡Qué mucho que presente hoy

en tierra de América habitada por española raza, este nuevo y hermoso testimonio de amor, de veneración y de respeto al pueblo á cuyos entusiasmos, á cuyos dolores y á cuyas alegrías se mezcló tantas veces; y al sentimiento patriótico que da relieve á su fisonomía, que constituye la base de su existencia, y que ha sabido infundir á todos los pueblos al través de todas las edades! ¡Qué mucho, en fin, que ella, angloamericana por nacimiento y española por educación, aun ante la perspectiva de este grave litigio que se esboza entre su país y el nuestro, se sienta fatalmente arrastrada del lado de la justicia, de la verdad, del valor, del desprecio por la fortuna y por la vida, del honor, del desamparo, del heroísmo!

Esta función de hoy equivale ya al triunfo de nuestra causa en América. Es el veredicto de la belleza, de la gracia, del sentimiento, pronunciado en favor nuestro.

Id al teatro; y cuando la bella gimnasta, desde lo alto de su trapecio plateado, se lance, volando, en el espacio, creeréis ver á un ángel enviado por el Dios de

las batallas con el mensaje de la victoria.

España bendecirá ese corazón generoso, esforzado y tierno, que nos ama en medio del odio injusto de su pueblo y de su raza; y, por aquel amor, olvidará este odio.

Que goce ella, en su poética peregrinación por el mundo, la dicha que le es debida por la nobleza de su alma, por el valor de su corazón, por la ternura de sus sentimientos y por la acción benéfica que esparce, do quiera que va, como un fulgor celeste, en torno suyo.

20 de Mayo 1896.

## EL PATRIOTISMO MODERNO (1)

---

El pueblo español que, como Minerva, nació armado á la vida de la historia, no ha tenido aún tiempo y ocasión suficientes para comprender bien otro patriotismo que no fuera el patriotismo guerrero.

Conviene, sin embargo, levantar ya en él, con igual energía, el concepto del patriotismo pacífico.

Los tiempos que corren no son tiempos heróicos ciertamente; y, sin abandonar la espada, pues que existen aún, y existirán siempre, problemas de fuerza, urge despertar las demás energías semidormidas de nuestro privilegiado organismo, y encaminarlas al engrandecimien-

---

(1) Escrito para el número único del periódico *España*.

to de esa patria que nadie, como nosotros, ha sabido sentir jamás.

Pasada la fiebre de las conquistas, hemos de defender nuestro territorio y nuestra personalidad nacional con el valor, la tenacidad, la abnegación, y á costa de los sacrificios sublimes que nos dan fisonomía singular y propia á través de los tiempos.

Pero, sin desatender esa defensa, debemos, respondiendo á nuestro ministerio histórico y á las exigencias de la época, engrandecerla sin cesar, dentro de sus actuales fronteras. Debemos estimular todos los esfuerzos intelectuales y morales, todo trabajo reproductivo, toda iniciativa fecunda; erigir estatuas á nuestros pensadores al lado de las que hemos erigidido á nuestros guerreros; venerar del mismo modo al que enaltece á la patria con su genio como al que la defiende con su brazo, al que le consagra su alma como al que le consagra su vida.

Y cuando el culto patriótico se amplíe de este modo, cuando el pensador y el obrero sean elevados á la altura del soldado en el corazón del pueblo, cuando

el genio y el heroísmo, dones ambos del alma española, sean exaltados por igual, España será entonces la primera entre las naciones de la tierra.

Junio 15 de 1896.

## 14 DE JULIO DE 1789

Esta fecha no es francesa: es universal. Es el día primero de nuestra edad; y todos los hombres cultos, y todos los pueblos libres, lo celebran como un aniversario propio: el aniversario del natalicio de la democracia contemporánea.

Ese «14 de julio,» esa «Toma de la Bastilla,» es el *alea jacta est* del pueblo contra el poder secular de los reyes absolutos.

Porque la «Bastilla», el fantasma medioeval, levantada en lo que fué extremo de París, hoy su centro, para defenderlo, y que se convirtió bien pronto en su mayor ofensa, pues ha constreñido dolorosamente, sin cesar, al través de los tiempos y las generaciones, el espíritu expansivo del gran pueblo, tan necesario

á la vitalidad universal; esa «Bastilla», fortaleza en su orígen, prisión de estado é instrumento de la tiranía después, constituía un símbolo, la más acentuada personificación del antiguo régimen.

Atacar, pues, esa fortaleza, es atacar al pasado en masa, es atacar la monarquía de derecho divino, la nobleza, el clero, la magistratura cortesana y *banal*, el despotismo, la intolerancia, la censura, el tormento, el privilegio, la servidumbre, la trata, la exacción, la coyunda vil que ataba el hombre al terruño y ambos al señor, dueño del fundo y del *accesorio*.

Sus muros proyectaban aún la sombra de la edad feudal; y al caer aquéllos, espárcese por todas partes una claridad de aurora, que llega hasta nosotros. Es el nuevo día que alborea; es el *pueblo* que nace á la vida del derecho.

¡El advenimiento del *pueblo!*

¡Ah! En esta colosal revolución francesa, todo es misterioso, y á la vez inerrable, fatal. Nadie sabe con precisión qué piensa, qué siente, qué quiere, á dónde va; ni sabe ninguno lo que él mismo es. Nadie, por lo tanto, es capaz de prever

lo que sucederá el día de mañana, ni aun el presente día; pocos comprenden lo que ha sucedido ya. Y en medio de esta incertidumbre general, de esta inmensa confusión de los espíritus, existe un obscuro concierto de voluntades, como si obedecieran á una voluntad superior é impenetrable; la acción de todos converge, por distintos caminos, á un fin común, y los hechos se armonizan, se encadenan, se precipitan y arrastran consigo á los hombres, sus agentes pasivos. Este fenómeno, perceptible ya para los primeros actores del gran drama, hizo exclamar á Robespierre: «Nunca se va tan lejos como cuando no se sabe á dónde se camina». Sin duda, también por esto llamó Victor Hugo á los hombres de la revolución «hombres presas del viento».

Así, al convocar el rey á los Estados Generales, la antigua institución, inmóvil durante ciento sesenta y cinco años, y en el seno de cuya quietud, se formó, según se ha dicho, la tempestad, el rey no ha sospechado, ni lo sospechó ella misma, que aquella asamblea debía abatir el poder real.

«Tiene dentro de sí el porvenir, dice Carlisle, y, sin embargo, ni sus ojos, ni los de ningún hombre, si no es el Todopoderoso, le puede descubrir.» ¡Menos pudo sospechar la misma Asamblea que llevaba en su seno el germen de la futura *Convención*, «huevo de buitre empollado por un águila,» según la expresión de Hugo; ni la *Convención* presintió el *Terror*, vergüenza de la revolución y reproducción de todas las tiranías y de todas las infamias que aquélla vino á combatir!

No supieron los seiscientos diputados del estado llano, arrojados del palacio de las sesiones, que, al reunirse en el «Juego de Pelota» y prestar juramento de no separarse sin antes dar una constitución política al país, que afirmaban así en ellos la autoridad y la soberanía del pueblo de quien recibieran su mandato. No supo Luís XVI que al nombrar ministros suyos á Turgot y á Necker llevaba á las gradas mismas del trono los hilos conductores de la revolución; como no sospechó que la despedida del último de esos ministros debía producir el primer estallido popular; como no acertó

á discernir, aun en presencia de ese movimiento, si él era una *revuelta* ó una *revolución*. No supo el pueblo de París, al lanzarse por primera vez á la calle con las armas en la mano, que su primer ataque debía dirigirse á la *Bastilla*, esa cosa muda, y fría, y sin sentido ya, en la cual no existia poder efectivo ni institución viviente alguna; ni supo, aun después de apoderarse de la sombría fortaleza, que la brecha abierta en sus muros era la herida mortal inferida á la monarquía.

¿Qué más? Robespierre, el pensador filántropo que, juez de Arras, dimitió su cargo para no verse forzado á dictar una sentencia de muerte; Saint Just, horrorizado ante los excesos sangrientos del 14 de julio, no han presentido la germinación en ellos de las dos más sombrías personificaciones del «terror».

Por esto, por este desconcierto de las inteligencias, por este paso tardo é inarmónico del pensamiento con relación á los hechos, la Asamblea Nacional se sintió sobrecogida cuando Mirabeau, el mayor instinto y la más potente visión de la

época, le dió un nombre: el de *Representantes del pueblo francés.*

*¡Pueblo!* ¡Era tan repugnante este sonido! ¡Era tan bajo este concepto! Al gran tribuno le costó trabajo levantar el concepto y hacer agradable la expresión; él, el primero que comprendió, que sintió, y aun en ciertos momentos encaminó á la revolución. ¡Y al fin también él se engañó, ó quiso engañarse, exagerando la noción de su propia fuerza, cuando pretendió encadenar los elementos desatados por él mismo; cuando, al posar sus labios en la mano de la reina, prometió que «aquel beso salvaría á la monarquía».

Decíamos que al caer la *Bastilla*, alborea el día del advenimiento del pueblo á la vida de los estados.

El *pueblo* es el sentido, el alma toda de la revolución. El *pueblo* es la fraternidad, la solidaridad, la igualdad, la armonía.

Ese concepto único, que resume todas las relaciones humanas, es el fin de los poderes personales, tiránicos é irresponsables; es el fin de las castas, de los privilegios, de la opresión, de la servidumbre.

La revolución proclamó los derechos del «hombre,» la sola entidad de las sociedades futuras, que viene á suprimir y á reemplazar todas esas viejas y absurdas nomenclaturas que han producido tantas divisiones, tantos desniveles, tantos antagonismos, y sembrado tantas injusticias, tantos dolores y tantas catástrofes en el mundo.

Y bien: si el pensamiento capital de la Revolución es el advenimiento del pueblo, en su acepción de universalidad, con el sentimiento de la felicidad común que debe informarlo; si su dogma es la exaltación de la personalidad humana, sagrada por virtud de este carácter, cualquiera que haya sido el lugar que ocupó en la sociedad antigua, ¿cómo explicar y mucho menos justificar sus crímenes, ya sean éstos cometidos contra los reyes, los nobles, ó cualesquiera representantes de las instituciones y los abusos á quienes ella vino á combatir?

Hemos indicado que la Revolución no es responsable de esas monstruosidades, cometidas á su nombre, por agentes locos ó malvados. No atacó solo á sus

enemigos, sino también á sus adeptos; haciendo decir á Edgar Quinet que «ella, como Saturno, devoró á sus propios hijos;» y á Luís Blanc que «el mundo perdió el sentido de la Revolución el día que vió á sus sectarios degollarse los unos á los otros en nombre de la fraternidad, y practicar la única igualdad: la igualdad ante el cadalso»; y á Goucourt, refiriéndose á María Antonieta, «que su muerte calumnió á la Francia y deshonró á la Revolución, y enseñará á la posteridad cómo en un momento una ciudad, un imperio, llegan á parecerse á aquel amigo de San Agustín que, arrastrado á las luchas del circo, tomó de pronto gusto á su furor, gozando con su barbarie».

El *terror* es la demencia de la Revolución, y es forzoso juzgarlo con criterio clínico. En cuanto á ésta, debemos condenar sus excesos, recoger sus enseñanzas y traer á la realidad sus principios inmortales; principios que, dígase lo que se quiera, constituyen el patrimonio común de los pueblos civilizados en la hora presente.

La Revolución Francesa es universal, porque es expansiva, porque es humana; y todos los hombres libres de la tierra, cualquiera que sea la latitud que habiten, débenle, en este día, un fervoroso saludo; y se lo deben, así mismo, al pueblo que la fecundizó con su sangre, al pueblo apóstol, al gran pueblo redentor de los pueblos modernos.

14 de Julio 1896.

# OTRA FAZ DEL PATRIOTISMO

Dije, no há mucho, que es obra patriótica exaltar á todos cuantos, dentro de nuestra comunidad política, de nuestra entidad nacional, piensan y crean, trabajan y producen; y que si es grande dar la vida en defensa del suelo patrio y del honor de su bandera, no es menos grande consagrar esa vida á enaltecer el nombre de la patria por el estudio, por la fecunda labor, por la austera virtud, haciendo refluir sobre ella la gloria de la conquista científica, de la creación artística, de la empresa industrial, de la expansión mercantil que acerca, unos á otros, los pueblos de la tierra.

El pensamiento fué expuesto casi en síntesis, breve, desnudo, sin darle la ex-

tensión que él requiere y que él merece, constreñido por circunstancias especiales de ocasión y de lugar.

Y merecía él mayor desenvolvimiento, sin duda, hasta para justificar esto que, para muchos, habrá parecido irreverencia hacia los héroes que hoy luchan con climas malsanos, con enemigos empecinados y traidores, con celadas de hombres y de cosas, sufriendo penalidades inenarrables en aras del santo amor á la patria. Merecía él más extensión hasta como un tributo debido á la propia creencia de quien piensa, en estos momentos de aprestos bélicos y de obsesión guerrera universal, que vale más, por ejemplo, mucho más, ese héroe pacífico de la Francia contemporánea que se llama Pasteur, que aquel otro héroe de la Francia de principios del siglo que se llamó Napoleón; y que al primero se le debe otra columna de Vendôme donde se graben sus acciones gloriosas, en las que arrebató tantos seres á la muerte, en contraposición con las del segundo, que arrebató tantos otros á la vida. La Francia recibe más gloria de Pasteur que de Na-

poleón; y la columna que se erigirá, tarde ó temprano, en honor de aquél, irradiará más luz y durará más tiempo que la columna napoleónica.

Además, proponíame yo, en la humildísima esfera de mis fuerzas, apenas perceptibles, cooperar al despertamiento de la conciencia nacional respecto á su capacidad orgánica para las lides pacíficas. Tenemos un sentido cabal del valor legendario de nuestros soldados; no lo tenemos tanto del poder de nuestros pensadores. Quería, pues, despertar, en cuanto pudiera, la creencia en esta otra fuerza vital de nuestro pueblo y de nuestra raza.

Quizás, lo confieso ingenuamente, no supe elegir la ocasión para enunciar este pensamiento y este propósito.................
..........................................................................

De otra faz, de otra nueva faz del patriotismo (ésta sí, de actualidad palpitante) me propongo ocuparme en las breves líneas que siguen; que también, por razones especiales, he de ser aquí conciso.

Es la faz fraternal.

---

Si, como dijo Castelar, en cada español alienta el alma de España, amar aquel es amar á ésta.

Si la patria es la madre común, sus hijos son hermanos entre sí; y, de este punto de vista, la fraternidad es una virtud eminentemente patriótica.

Esa virtud, ese sentimiento, destácanse con más energía en presencia de los peligros, las vicisitudes y los dolores de la patria; que nadie siente más y mejor, digan lo que quieran los discretos y aun generosos convencionalismos, que los que son miembros de aquel organismo, parte integrante de aquel ser. El dolor de un pueblo es la piedra de toque que ha de revelar los corazones que están formados con su sangre y viven su vida; dolor indiferente para unos, quizá motivo de satisfacción para otros, solo por propios en realidad sentido.

Por otro lado, las grandes desgracias del hogar tienen la virtud de congregar, de agrupar, de estrechar íntimamente á todos sus miembros; fenómeno que revela, ó instinto de conservación común, ó egoísmo del dolor.

La hora presente es, pues, hora de unión, de tolerancia, de amor, de fraternidad para todos los españoles; y cualquier trabajo que tienda, en nombre de ningún interés ni de sentimiento alguno, á relajar esos vínculos, constituye un delito de lesa patria.

Se hablaba, no há mucho, de robustecer el sentimiento de confraternidad hispano-argentina. Ese sentimiento vive, por lo menos, en cuantos españoles habitan este suelo; y creo tarea ociosa arbitrar medios, más ó menos especiosos, para vigorizarlos.

Aparte, en cuanto á nosotros especialmente afecta, las leyes de la sangre, visibles en hombres y en pueblos, ningún extranjero, de cuantos arriban á estas playas, entran á formar parte de este organismo social, viven en este medio, dentro de esta legalidad, arraigados á este suelo, constituyendo en él su hogar, y pensando, sin duda, obtener en su seno el eterno reposo; ninguno de estos extranjeros, digo, será tan insensato que fragüe su propio dolor y su propia desgracia poniéndose en pugna con el me-

dio en que vive, con la sociedad de que forma parte, con el pueblo á que se ha incorporado, con el hogar forjado á los conjuros de su amor y al calor de su propio corazón.

Por lo demás, pienso que, la mejor manifestación de confraternidad con el pueblo en que vivimos, es trabajar, en nuestra respectiva esfera, por el acrecentamiento de su riqueza, es aportar nuestros conocimientos á su caudal científico, es contribuir con nuestra sangre á su crecimiento; es, en una palabra, servir, lealmente, de factores eficientes á su progreso.

Pero, cualquiera que sea el juicio que se tenga sobre el particular, la primera fraternidad, la primera entre todas, que hoy á nuestro espíritu especialmente se impone, es la *fraternidad española*.

Ese principio universal, esa virtud humana, tan necesaria á la existencia misma de la sociedad; ese santo principio proclamado por Jesús, y repetido, á la distancia de diez y ocho siglos, por la más grande de las revoluciones populares que registra la Historia, no puede

ser negado, como ley de existencia común, por los que en España hemos nacido; pues que traemos de ella, como sustancia de nuestro ser, el sentimiento perdurable de la patria.

Menos puede ser negado por nosotros en los momentos actuales, de solemne y grave espectativa para la existencia nacional.

Insistamos en ello. El dolor común determina la comunidad de afectos; y el común peligro junta, armoniza y apercibe todas las resistencias. Los tiempos aciagos son, más que los ordinarios, tiempos de solidaridad íntima para los que sienten por igual y están sujetos á igual destino. Podrán, los días radiosos del hogar, sorprender en él algún lugar vacío: no sucederá esto jamás en los días tristes y obscuros. Tal es, al menos, la ley que gobierna á las almas bien nacidas, sobre todo, á las almas genuinamente españolas.

Por otra parte, nos encontramos lejos de la patria; y su ausencia tiene la virtud de acrecentar, por sí sola, el amor de sus hijos, y estrecharlos más entre sí.

Estas leyes, estos sentimientos, que inútil sería empeñarse en desvirtuar, no deben ser, no pueden ser, no han de ser pospuestos á interés particular ni pasión alguna, cuan justificados ellos parezcan; é intentarlo siquiera denunciaría, desde luego, un origen dudoso en quien fuera capaz de esa intención.

Los antagonismos de criterio, de intereses, de preponderancia, si los hubiera, lo que no debería sorprender porque el hombre es pasión ante todo; esos antagonismos deben ceder absolutamente el campo al sentimiento patrio, llamado hoy á llenar todos los espacios y vincular todos las almas.

Una sola existencia se destaca en la actualidad, y absorbe todas las otras existencias parciales: es la existencia de la *Patria*.

Por eso decía Víctor Hugo, ante el peligro que se cernía sobre el pueblo francés el año 1870: «Yo no sé mi nombre. Frente al enemigo me llamo *La Francia*».

Tampoco yo sé el mío. Hoy me llamo «España», nombre que tenemos de-

recho á llevar todos cuantos hemos nacido en la noble tierra que lo ostenta, lo pronunciamos con veneración, y consagramos nuestros mejores pensamientos y nuestras más selectas acciones á enaltecerlo.

Y escudado por él, por su autoridad, invoco, públicamente, el amor que todos le debemos, y que nos debemos los unos á los otros; en estos días, vecinos, sin duda, á los días más solemnes de su historia.

20 Agosto 1896.

## BAILANDO

---

Así se ha solemnizado este año, en Buenos Aires, el aniversario del descubrimiento de América.

*Ofició* el «Club Español».

Fué esa la única ceremonia, de cuantas se han celebrado, capaz de conmemorar tal fecha.

Hubo manifestaciones populares, peregrinaciones, más ó menos sinceras, al santuario, llamémoslo así, donde está de manifiesto el proyecto de monumento más ó menos auténtico que ha de levantarse en la Metrópoli de la América Meridional al insigne descubridor, si es eficaz la propaganda, abundante la cuestación y cierto el artífice. Hubo estruendo, música, discursos convencionales y

abrazos simbólicos, embanderamiento, artículos de la prensa más ó menos brumosos, presentando á Colón, *¡ecce homo!*, encadenado por haber redimido á un mundo; y otros artículos que no se escribieron, pero que se han pensado, presentando á España, *¡ecce mulier!*, con el corazón henchido de amor y por todos los dolores traspasado, expiando, en una agonía sin nombre y sin término, el delito de dar á luz una nueva humanidad en un mundo nuevo revelado por ella y por ella conquistado á precio de su fuerza, su bienestar y su existencia misma, para la civilización cristiana y la cultura del mundo viejo; renovado y acrecentado en el mismo hogar que ella labrara tras esfuerzos inauditos y entre peligros sin cuento en el virgen, y fértil, y dilatado suelo de América.

Todo esto hubo y algo más que ahora no recordamos; pero la consagración oficial y solemne, la verdadera consagración del gran aniversario, fué el baile celebrado por el primer centro español de Buenos Aires.

No siempre es el baile una cosa ba-

ladí, un vano ejercicio, una voluptuosidad, el músculo puesto en movimiento á impulso de la rítmica musical, algo que caracteriza un estado anormal y transitorio, un esparcimiento infantil de la humanidad, una irrupción de alegría que se manifiesta por esta especie de risa de los músculos. Es también la revelación de una tendencia innata, de una ley natural; es, muchas veces, una cosa transcendental y grave; triste y patética no pocas; fúnebre, religiosa, guerrera, algunas; útil siempre como agente de educación física; imperecedera al punto que, de poder calificarse de achaque humano, debe ser considerado como un achaque crónico é incurable.

En efecto: el baile cruza, incólume, bajo formas diversas informadas por los diversos estados de cultura de la humanidad y la acción del medio ambiente y las costumbres; cruza incólume, decimos, todos los tiempos y todos los lugares, hasta los días que corren y el suelo que habitamos.

Acaso danzaban, en día como el de ayer, hace ya más de cuatro siglos, los

idólatras del Nuevo Mundo, cuando los legendarios marinos, los argonautas salidos de los puertos andaluces, más milagrosos que las playas helénicas, arribaban á las misteriosas playas de América, tras una expedición no soñada por Homero. Aquel baile se transfigura gradualmente, y llega, en escala ascendente, á esta apoteosis.

Pero nuestro baile no es simbólico: es una fiesta, una solemnidad, una manera culta y bella de celebrar un hecho histórico grande. ¿Por qué se baila aún hoy para celebrar los faustos sucesos, los aniversarios del hogar, de la patria, de la humanidad?

Porque el baile es algo más que la fiesta consagrada á la vida muscular: es la fiesta consagrada ante todo á la vida del espíritu, del corazón, de los sentidos; la vida de las ideas, de los sentimientos, de las sensaciones, y, en cuanto á la exterioridad, de las cultas maneras, del fino trato, de las aposturas elegantes y bellas, del realce, en fin, de la humana criatura por el arte.

Y, bajo todos estos puntos de vista,

nuestra fiesta social, conmemorando una feliz y trascendental fecha histórica, resultó una solemnidad. La casa en que se ha celebrado se convirtió en un templo; templo inundado de luz, de perfumes, de armonía; poblado de hermosas mujeres lujosamente ataviadas, centelleantes de preciosa pedrería; y de un ejército varonil, uniformado con el severo y elegante traje de etiqueta, ejército de escogidos, que á esa condición, con esos hábitos de ritual tan sólo, podía penetrar en este templo, tener acceso á estas posiciones.

La flora, toda la flora americana en compendio estaba allí, iniciándose en la gran puerta de entrada, trepando por las amplias escaleras, extendiéndose por el grandioso vestíbulo en cuyas paredes el arte pictórico ha hecho reflejar, como en milagroso espejo, fragmentos del lejano suelo de la patria, con seres, cosas, monumentos, paisajes, cielo, ambiente, alma, vida nacional; entra en el salón de baile, sube, en delgados brazos de flores, enroscándose á las columnas metálicas como serpientes que tuvieran pétalos por

escamas, y se tiende en el espacio, ondulando por entre los pequeños focos eléctricos que forman como una constelación luminosa; invade la sala de los billares, convertida en espléndido ambigú, y se agrupa cerca de las bien provistas mesas, formando un vario, compacto y misterioso bosquecillo, en cuyo seno brilla indecisa la lùz purpúrea de algunas lamparillas que semejan luciérnagas extrañas perdidas entre el quieto y silencioso follaje.

Y por entre esas plantas, sobre la roja alfombra, bajo las doradas arañas de rosadas lámparas que caen vertiendo luz de aurora, cruza la personificación más excelsa de la belleza, la mujer, la moderna Eva de este paraíso..... con sierpe de flores. Pasa ataviada de seda, de gasas, de brillantes, y ostentando, en un tímido conato de desnudez, los soberbios hombros de suaves y lánguidas curvas, el turgente seno que la gasa medrosa vela á poco andar, el alto cuello, redondo, níveo, como una columna de alabastro que sostuviera una cabeza de diosa, ese cuello desnudo, que yo no

puedo ver sin pensar tristemente en el cuello trágicamente hermoso de María Antonieta..... Y danza al compás acelerado, al ritmo vigoroso de la música, en en aquel vasto salón, inundado de aromas, de luz y de armonías; y aquellas cabezas de extraños peinados simulando alas, cúpulas, cascos guerreros, que gravitan dolorosamente sobre ellas, como sobre hermosas cariátides; aquellas cabezas animosas, y el torso semidesnudo que les sirve de base, oscilan como cabezas de sirenas, en aquel mar agitado, y son llevadas, en raudo movimiento y en vertiginosa revolución, de uno á otro extremo del recinto, presentando la confusa imagen de un poético naufragio.

...................................................................

El sol del nuevo día disolvió el cuadro, del cual no queda más que el marco y los accesorios, sin movimiento, sin calor, sin vida. El salón, vacío y silencioso; las plantas, solas, mustias y sin aroma; las mesas, sin viandas; las botellas, con los residuos del champaña sin efervescencia ya, sin el hálito vital que le animara; las sillas agrupadas y en

desorden; por todas partes la imagen del encantador estrago, doquier la huella visible del poético torbellino; acaso, también, entre los amplios pliegues de las cortinas, alguna ilusión segada en flor.....

Así celebró el pueblo español de Buenos Aires el 404 aniversario del descubrimiento de América.

13 de Octubre de 1896.

## CARTA ABIERTA

---

Buenos Aires, 19 de diciembre de 1896.

Señor Director: ¡Cuán cerca estaban de los días del regocijo popular nuestro y de la expansión patriótica, los días de la tribulación y la amarga prueba!

¿Fueron, aquellos, los días de la falta, y son, éstos, los de la expiación?

Anda tan desconcertada la conciencia moral de hombres y de pueblos, que, por primera vez, siento inseguro el ánimo para discernir sobre cuestiones que siempre juzgué de una claridad que nada podía velar.

¿Qué hemos hecho?

España, que agrandó el planeta, que acrecentó la humanidad, que formó tan-

tas conciencias y elevó tantos destinos; que trabajó en provecho de tantos seres, dándoles vida, verbo, hogar y ley; ella, que creó tantos pueblos, hoy prósperos y dichosos; ella, la mayor progenitora de nuestra raza; ella, que salvó á la Europa y á la civilización cristiana, esa Europa de la cual ha nacido la moderna América; ella, que jamás tuvo derecho al reposo y á la facil vida, condenada, como por ley de su destino, á la acción incesante, cruenta, heróica, en bien de los demás; ella, que puso siempre su genio, su voluntad y su fuerza al servicio de las grandes empresas, y prodigó su sangre y su vida en aras de los grandes ideales, y que, si cometió errores, quedan excusados por la altura del móvil y la santidad del sacrificio; ella, en fin, que ha conservado incólume, pristino, vivo, puro, al través de las vicisitudes de la historia, el sentimiento de la *patria*, para ofrecerlo en comunión á todos los pueblos oprimidos en sus luchas por la independencia y por la libertad; esa España es hoy el único pueblo de la tierra á quien combaten

sin motivo, artera y alevosamente, no ya sólo los pueblos de otras razas, salvadas con su esfuerzo y redimidas con su sacrificio, sino hasta los pueblos desprendidos de su seno y formados al calor de su propio corazón.

Se nos ataca en Cuba y en Filipinas, se nos injuria en Nueva York y en Buenos Aires, se nos discute en todas partes; y si hay almas grandes, generosas y altivas que nos admiran y nos aman, hay también pasiones por doquiera contra nosotros concitadas.

Llaman grande á nuestra España, y se esfuerzan, con gratuito empeño, en mermarle su grandeza, arrancándole sin cesar pedazos de su territorio, que ayer fué el mayor del mundo, que hoy casi es el menor de Europa; justamente en los tiempos que corren, de sueños napoleónicos, en que se realiza la unidad germánica y la unidad italiana, en que la raza anglo-sajona de América dilata sus fronteras hasta el corazón mismo del hogar latino, y la raza anglo-sajona de Europa extiende sus dominios por toda la redondez del planeta; en que la ex-

pansibilidad es la ley que informa la existencia de todos los pueblos, y en que renace la fiebre de conquistas de los pasados siglos.

No busca España nuevas conquistas, ni va á turbar la paz de ningún pueblo, ni á nadie infiere agravios; viviendo recluída dentro de sus breves fronteras, orgullosa de su labor secular y de su misión histórica, atenta á la solución de sus problemas internos y á la defensa de su territorio; y es ella justamente la que es singularmente acometida, como si su desaparición fuera necesaria al bienestar de la humanidad.

¿Qué otra grandeza se le adjudica? ¡Grandeza moral! Grandeza moral, cuando se la presenta devorando, como Saturno, sus propios hijos; oprimiendo á los pueblos nacidos de sus entrañas, formados con el jugo vital de su corazón, y plenamente incorporados á su existencia nacional; esquilmando la tierra que ella ha fecundizado con su sangre más tierna y vigorosa, tierra sagrada, porque en ella duermen el eterno sueño generaciones suyas segadas en flor, tierra que,

á este título, pertenece más bien á las madres españolas; tierra que, siendo nuestra, la hemos readquirido cien veces al precio, no sólo de nuestra sangre, sino de nuestra fortuna, de nuestros ahorros y de nuestros sacrificios sin tasa!

¡Grandeza moral, cuando se pone á Cuba, la provincia española bien amada, al lado de Armenia; equiparando así á España con Turquía, al severo alcázar de los reyes católicos con el serrallo del Sultán, «cuyo recinto no ha traspasado el honor, la razón ni la piedad»; á la cristiana señora que preside nuestra vida nacional, soberana y autónoma, con el autócrata otomano de enervada vida y momificada conciencia; á nuestro primer ministro con un visir; en fin, á Castelar, nuestro gran profeta, el primer apóstol de nuestra raza, el que más ha predicado en este siglo por la libertad de los pueblos, llevando la *buena nueva* por todo el mundo, á Castelar, que sostiene á Cuba en España, con un lugarteniente turco! ¡No se ha proferido jamás, en lengua española, ofensa semejante á nuestro pueblo!

Y á nosotros, ¿qué nos toca hacer ante esta agresión universal? Unirnos, estrecharnos, apercibirnos á la defensa, una defensa sin enconos, serena, mesurada y firme, una defensa digna de nosotros y de nuestra patria, divulgando la verdad, que esclarece su nombre, corrigiendo el error, combatiendo la calumnia, reivindicando su derecho al respeto universal, respondiendo de todos modos á su grandeza y amándola más cuanto más la odian los que no la conocen ó no la comprenden.

Repito la frase de ustedes: «levantemos los corazones»; y afrontemos, con ánimo sereno y fuerte, los peligros de la hora presente, que sólo servirán para medir la grandeza de nuestra decisión y de nuestra energía. Ningún español dejará de serlo en los graves momentos que corren; es decir, ninguno abandonará su puesto.

Y si España ha de sucumbir, lo que implicaría que el mundo no profesa ya los principios que ella simboliza, que sucumba como siempre ha vivido: dignamente.

21 de Diciembre, 1896.

## LANCEROS «CLUB ESPAÑOL»

(AGRADECIENDO SU DEDICATORIA)

---

Buenos Aires 1.º de Enero de 1897.

*Señor D. Eusebio de Miguel*

Amigo mío: *El Correo Español,* nuestro buen mensajero, nuestro mensajero de las gratas nuevas, me llevó á Mercedes la noticia de su última producción musical, y de la original dedicatoria puesta por V. en ella.

Al regresar de aquel punto, mi primera ocupación es corresponder á la suya con la dedicatoria de estas *notas* íntimas, si no armónicas, por lo menos sinceras; sinceras y libres, no encerradas dentro de las líneas del pentágrama y dentro de

los *tramos* de la escala diatónica, no sujetas á medida alguna, exentas de toda coerción, de toda tiranía, de todo poder; por lo que, faltas de método y de disciplina, lo que pierden en arte lo ganan en sinceridad.

Desde luego, y sin conocer aún su composición, de cuyo mérito es garantía segura el nombre de V., tan amado por cuantos rinden culto á los giros cadenciosos de la música y á las voluptuosidades de la danza; desde luego afirmo que la obra más original que ha producido V. en su larga y fecunda vida de artista, es la *dedicatoria* puesta en esa composición.

¡Dedicarme á mí una pieza de baile! Es el colmo de la inventiva.

¿Qué pudo sugerirle á V. esa idea? ¿Qué relaciones ha encontrado V. entre el baile y yo, entre la musa de los cadenciosos movimientos y las devociones y los gustos peculiares míos?

Usted no me ha visto bailar nunca, no tiene tampoco, estoy seguro de ello, noticia de que alguna vez lo haya hecho; por cuanto, si he rendido culto á la diosa,

lo que no sería extraño dada su universalidad, apenas si yo mismo conservo recuerdo de ello: ¡tan lejanos están, para mí, los días de la fe pura, de las ilusiones doradas, de la bullente juventud! Esta lejanía es debida, más que al tiempo en sí mismo, á la manera como se ha vivido.

He visto *bailes... de San Vito*, he asistido á verdaderas *danzas macabras*. El alegre baile, el baile fisiológico, ese que lleva ilusiones al alma, y energía á los músculos, y plácida sensación á los sentidos, y dicha al ser; ese del cual es V. un noble factor y un inspirado agente, ese, tiempo hace ya que no me es familiar.

¿Qué significa, pues, su dedicatoria?

Quizá obedece á un sentimiento altruista; tal vez ha querido V. enviar un soplo cálido sobre mi corazón casi aterido, traer á mi retiro obscuro una ráfaga de aire de selva; acercar, como el telescopio acerca los lejanos astros, los días de la alegre juventud á la presente hora de irremediable tristeza.

Siendo esto así, gracias por su generoso empeño.

Y gracias, sobre todo, porque, ya que no yo, mi nombre, al menos, será, merced á usted y á la magia de su numen, será, en más de una ocasión, mudo testigo de escenas de ventura, de *besos de ojos*, cual diría Alfonso Karr, de genuflexiones fervorosas, de cabezas juveniles que se inclinan, cual si cedieran al peso de las ilusiones, de manos que se estrechan temblorosas, símbolo de la unión de las almas..... Gracias porque me hará usted asistir, en nombre, á un mundo que creía definitivamente desaparecido para mí.

Que tenga éxito su composición á pesar de mi nombre.

# JESÚS

---

Dos mil años, con la suma de compleja labor, de esfuerzos heróicos y de cruentos sacrificios que ellos representan; con su séquito de vicisitudes, de revoluciones, de trastornos; con su caudal de ciencia y de experiencia, de progreso moral y físico, al precio de tantos dolores atesorado; los dos mil años últimos de la vida de la humanidad, que constituyen una inmensa jornada con relación á los tiempos que les precedieran, porque cada día la senda es más ancha, menores los obstáculos que embarazan el paso y mayor la fuerza de impulsión, pues que el progreso se estimula á sí mismo, acelera su propia marcha, del mismo modo que, en la caída de los cuerpos, la velocidad se acentúa en razón inversa del cua-

drado de las distancias; estos dos mil años, decimos, tomados en conjunto, sirven, ante todo, para hacer que se destaque, en toda su grandeza incomparable, la figura única de Aquél que creó, en medio á intensos dolores, este nuestro mundo, esta nuestra era, esta nuestra civilización, cuyo espíritu está formado por su vivificante inextinguible espíritu; Aquél, de quien se ha dicho con verdad que, si no fuera Dios, merecería serlo.

Ni antes ni después de Él, ha aparecido sobre la tierra hombre alguno de grandeza comparable á su grandeza. Cabe predecir, atentos al progreso moral realizado y al esfuerzo y los elementos puestos en juego, en esa obra secular de la edificación del hombre interno; cabe predecir que en la serie de los tiempos á que la vida de la humanidad alcance, no surgirá quien lo iguale, cualesquiera que sean los vicios que haya que redimir, las faltas que haya que expiar, los males que haya que combatir.

Porque Él combatió los males reinantes de un modo que llamaremos pasivo, de un modo desconocido hasta entonces,

de un modo que hoy mismo y á pesar de Él, constituiría una verdadera revolución: amando, sufriendo, muriendo.

Él vino al mundo en los días, que parecían esplendorosos, de la fuerza triunfante; en los días de la Roma imperial, conquistadora, guerrera, dominadora del mundo; ¡del mundo que se empobrecía y se desangraba para satisfacer las pasiones, los apetitos, las sensualidades, los locos caprichos del pueblo dominador, que no sabe ya, en su excitación constante, qué empleo dar á los despojos de sus conquistas y á los fueros de sus victorias! Él vino al mundo en los días que marcan el apogeo de la fuerza triunfante, y no opuso á ella, como aún se opone hoy mismo, otra fuerza mayor para combatirla y para vencerla: opuso el sacrificio de su propia vida.

Él vino al mundo en el reinado del poder y de la fortuna, y exaltó á los débiles, á los humildes, á los pobres, á los menesterosos; predicando en todas partes el desprecio de los bienes de la tierra.

Él vino al mundo en los días en que la ley del Talión, que es la ley de la

animalidad, imperaba, y proclamó, ante ella, la ley del amor, del perdón, de la misericordia.

Él vino al mundo en los sombríos tiempos de las castas, de la esclavitud, de la prostitución, del politeísmo, de los destinos irrevocables, de la implacable fatalidad, de las condenas preexistentes sin remisión posible; y negó las castas, redimió al esclavo, rescató del gineceo á la mujer, elevándola de la condición de instrumento de placer del hombre, al rango de compañera suya y de su igual; consagró al niño y al anciano, y proclamó la unidad de Dios, *el padre celestial,* y la igualdad de los hombres, hijos suyos, y, por lo tanto, hermanos entre sí; y en esta igualdad, en esta fraternidad de los hombres, fundó el amor que debe vincularlos; y en la grandeza, en la bondad y en la misericordia de Dios, el perdón en sus faltas, la rehabilitación en sus caídas, la esperanza en sus tribulaciones.

Y así triunfó: triunfó por su debilidad contra la fuerza; por su mansedumbre y su amor contra la fiereza y el odio; por su espiritualismo contra los placeres sen-

suales; por su sacrificio contra el tormento y la muerte.

Triunfó, porque los poderosos imperios que la fuerza fundara han venido al suelo, porque las cadenas del esclavo han sido rotas, porque ha sido dignificada la mujer, porque la ancianidad y la niñez han sido consagradas, porque la ley del amor, de la tolerancia y del perdón, ha sido proclamada en el mundo, aunque las pasiones pugnen aún por rebelarse contra su imperio; porque su espíritu es hoy, y será por siempre, la luz serena y fúlgida que sostenga y aliente al espíritu humano en su marcha al través del abrupto campo de la vida.

Hay pasiones aún, hay odios, hay luchas, hay dolores y lágrimas. Sobre el sepulcro do reposan los santos despojos de Aquél que predicó la paz y el amor, y selló con su sangre su doctrina, ha paseado la guerra su fragor y sus estragos; y hoy mismo, tras cerca de veinte siglos, relámpagos precursores de tormenta lo circundan con su lívida luz.

Los desheredados de la fortuna, á quienes Él prometió el reino de los cielos,

bajando los ojos de lo alto, y cayendo en ese ateísmo que Víctor Hugo llamó miopía del alma, y que Robespierre calificó de «aristocrático», añadiendo que si no existiera Dios sería necesario inventarlo; los desheredados de la fortuna, pugnan por reivindicarla fuera del campo de la libre actividad y del trabajo, que constituye hoy la única ejecutoria de nobleza; excitando, en la obscura labor, los rencores, la envidia, todo eso que constituye el sedimento de la naturaleza humana. Por doquiera surgen, como sensibles extravíos, contradicciones á sus principios inmortales.

Pero Él reina: reina como el gobierno supremo de las almas; reina como una meta luminosa á donde se dirige y se dirigirá eternamente la actividad moral del hombre, aunque no alcance jamás su posesión plena; reina como un timbre nobilísimo de nuestra estirpe; reina como una realización del ideal, obtenida, por suprema gracia, en un momento del tiempo; reina como un recuerdo glorioso y una consoladora esperanza.

14 de Abril de 1897.

## MARÍA GUERRERO

Se presentó en la escena de Buenos Aires bajo el aspecto de la núbil española del siglo XVII, poetizada por el genio de la moderna España; con su acentuado traje de época, rosada y nacarina tez, amplia y tersa frente velada por la blonda cabellera que desciende, en bucles, sobre los hombros; ojos grandes, rasgados, pardos, límpidos, brillando, con fascinante brillo, bajo el arco suave, que parece un arco triunfal, de sus cejas delgadas y nítidas; boca breve, armada de todas armas, es decir, de rojos y frescos labios que se pliegan, de continuo, para mostrar, sin duda, los blancos, pequeños y simétricos dientes, unos dientes con más misión estética

que fisiológica; sonrisas que parecen resplandores, voces de timbre tan puro, de sonoridad tan llena, de modulaciones tan dulces, de inflexiones tan tristes, aun cuando expresen alegrías del corazón, que ellas producen, realmente, aquel «ensueño del oído» de que habla Campoamor; diciendo tonterías, inconveniencias, á veces inocentes agudezas que hacen reir y meditar; versátil, móvil, con la movilidad fatal é inconsciente de un ser alado; de mirada vaga, que refleja la vaguedad de su espíritu, de acción insegura, resultante de la insegura voluntad, indiscreta, ignorante, rebelde al estudio y á la disciplina, valerosa, temeraria, escudada en su debilidad y en su inocencia, inspirada al fin por el amor y triunfando, por él, sobre el saber, sobre la experiencia, sobre la fuerza, sobre las seducciones, sobre los peligros y sobre su ignorancia misma. Se presentó haciendo la *Niña boba* de Lope de Vega.

Lope, el gran Lope, no hizo una creación tan grande como esta que acaba de presenciar arrobado, regocijado, enternecido, el público de Buenos Aires;

una creación que hace reir, cual se ha propuesto el poeta, pero que también hace llorar, como lo ha realizado la actriz.

Si Lope pensara que, andando el tiempo, habría gentes, un tanto curadas de achaques internos, que lloraran con las *bobadas* de su *Niña boba*, consideraría el hecho como la bobada mayor de cuantas ha forjado su fecunda, inagotable musa.

Y el hecho se realizó, sin embargo.

Yo, que pertenezco al grupo de los que han calificado de error imperdonable la elección de una obra de nuestro teatro antiguo para presentarse con ella ante el público más modernizado, menos español, menos clásico y menos idealista de la América hispana, yo he llorado ante esta dorada exhumación de la grande época; y el fenómeno, que creí mío exclusivo, hijo de mi organización, de mis años, de mi desgaste sensible, (que la sensibilidad crece en razón del consumo que de ella se hace), ví pronto que se había generalizado, pretendiendo, en vano, darle cada uno una explicación individual y propia, cuando,

en realidad, era producto de un factor capaz de obrar, por igual, sobre todas las almas.

Confesé á algunos, con temor, mi raro enternecimiento, y ellos me confesaron el suyo; explicándolo, unos, porque la clásica obra traíales recuerdos de sus ideas juveniles, como frescas brisas primaverales, días en que se la habían visto representar á los dos colosos del arte escénico moderno: á Julián Romea y Matilde Díez; otros, porque les era permitido, al fin, asistir á la rehabilitación del teatro español en América, tan calumniado y tan mal comprendido, merced á una desgraciada interpretación que parecía irremediable; otros..... á otras causas; y solo yo no encontraba en mí más causa que la *emoción artística.*

Fué, sin duda, esta emoción la que enterneció á todos; emoción producida por el supremo arte, por la inspiración soberana, que realiza la ficción, sobrepujándola; que da vida á los seres imaginarios, pero embelleciéndola, idealizándola, encarnándola en una humanidad superior á la nuestra.

Y la risa y el llanto, que son los dos signos que expresan el regocijo del alma humana, propagáronse de la sala al escenario, viéndose á la insigne artista salir á recoger el aplauso del público, á quien veía por primera vez, con risas de agradecimiento y lágrimas de emoción.

Ella conmovió al público con su arte; el público la conmovió á ella con su aplauso. Cada uno tiene su genio; y por virtud de él, siente, expresa y conmueve. Así quedó, en el primer encuentro, establecida esa confraternidad de emoción y de ternura entre uno y otra.

Y así triunfó; un triunfo irrevocable, que se acentuó y se acentúa más cada día; porque cada día revela una nueva faz de su talento y de su genio.

Tras la comedia clásica, con sus caracteres alegres, su ambiente sereno y plácido, sus personajes sanos, su acción sencilla y fluída, y sus amorosos ó cómicos incidentes; tras la comedia clásica, el drama moderno, complejo, enmarañado, nervioso, lleno de sorpresas, de raros incidentes, de soluciones imprevis-

tas; bosquejo vivo y doloroso, diario de clínica de esta sociedad excitada, inquieta, trabajada por múltiples y graves dolencias, de este «gran enfermo reinante», que dice Taine. El teatro moderno es, y tiene que ser forzosamente, un caleidoscopio donde se reflejen, confusos, si se quiere, los mil caracteres, sentimientos, criterios, tendencias, intereses, pasiones y luchas que informan la actual civilización, dándole, en su misma variedad, unidad y carácter.

Dentro de él, los mismos hechos, los mismos antecedentes, pueden producir resultados bien diversos, debido á la diversidad de caracteres que en él actúan. Así, una infidencia doméstica, por ejemplo, puede ser, con la misma verosimilitud, elemento cómico ó dramático. En España es dramático casi siempre; y por eso á nuestro gran Echegaray no se le comprende bien fuera del medio en que él actúa, llamándolo exagerado, falso ó violento.

Y bien: todos estos matices del sentimiento, todos estos grados de la pasión, todos estos rasgos del carácter, toda la

vida en sus múltiples formas, y acrecentada ó deprimida por todos los factores, pasan por el alma y los sentidos de la gran artista, viviendo todos los seres en todos los medios y según su particular idiosincrasia, y mostrándolos, en un prodigioso despliegue, al público asombrado y enternecido; teniendo siempre un eco exacto para cada dolor, un gesto inequívoco, una mirada reveladora para cada sentimiento ó para cada idea, una modalidad de expresión para cada carácter, para cada temperamento, para cada alma.

Sobre todo, el dolor: ¡qué difícil es encontrar el eco que lo delate, si él no es dictado por el dolor mismo! Y sufren y lloran estos artistas geniales, renovándose cada noche su pasión, en que tienen que forjar en sí propios todos los dolores humanos, para revelarlos á todos....

..................................................

El alma de España es inmortal; y si á veces sufre eclipses, como si permaneciera aletargada, resurge de pronto mostrándose encarnada en sus grandes temperamentos artísticos.

Su teatro glorioso, que descansa sobre

los hombros de cariátide del gran Lope, fué, es y será, templo excelso de la inspiración, de la sana enseñanza, de la moral y de la piedad; y cuando la musa universal siéntase desorientada ó indecisa, volverá hacia él los ojos para recobrar la orientación perdida. Y mientras haya en él genios que forjen caracteres, conciban personajes y encarnen en ellos sentimientos, pasiones y luchas, habrá genios que los vivan y los den á luz, á costa de su inspiración, de sus torturas y de sus lágrimas.

La genealogía artístico-teatral española del presente siglo, sigue su proceso; iniciándose, puede decirse así, con Maiquez y Latorre, y pasando por Arjona, Romea, Valero, Calvo, Vico, Mario, Matilde Díez, Teodora Lamadrid, Elisa Boldún, Elisa Mendoza Tenorio y María Tubau, llega á María Guerrero, que lo cierra gloriosamente, sin que sea dable decir, á juzgar por su manifestación viviente en una y otra época, si el sentimiento y la inspiración dramática son más intensos al principio ó al fin del siglo.

Que crezca ella, la insigne actriz, si es posible mayor crecimiento artístico; mientras en el seno del alma española se verifica, á no dudarlo, una nueva gestación.

Buenos Aires, junio de 1897.

# INVERNAL

---

Este cielo ceniciento, sin luz, ó con una luz difusa, mortecina y triste, que más que signo de vida parece imágen de muerte, cielo sin transparencia, sin horizontes, sin lejanías, semejante á un cielo de cieno; estas nubes sin contornos, borrosas, deslavadas, que se arrastran por el sombrío espacio, á poca distancia de nosotros, como girones, como desgarramientos del cielo mismo, ó como bocanadas de aliento que envía el Plata y que condensa el frío; este viento húmedo, intermitente, convulso, que azota el rostro, y macera las carnes, y coagula la sangre, é impresiona el oído con ecos de ira, de dolor y de angustia, ecos que

parecen la expresión de todas las inclemencias; esta lluvia fina, sutil, como hecha para llegar á todas partes, alcanzar, como un universal castigo, á todos los seres y á todas las cosas, lluvia contínua, tenaz, monótona, desesperante, que produce la laxitud, el frío y la fiebre; este ambiente de hielo; este suelo inseguro, blando, semilíquido, viscoso, que se hunde bajo los piés, y salta, y mancha y fatiga; todo este lúgubre séquito del invierno, tan sugestivo, nos hace pensar, fatalmente, en los seres que luchan, día á día, á veces noche á noche, y cuerpo á cuerpo, con la Naturaleza despiadada, sobre la tierra obscura, pantanosa y fría, sobre el mar inquieto, bramador y terrible, y bajo el tempestuoso cielo, sin derecho al refugio ni al descanso, por alcanzar, á tal precio, el pan que sostiene su vida, esa misma vida que condensa para ellos tantos dolores, que juegan en tantos azares y exponen á tantos peligros.

Se piensa en los trabajadores del mar, heróicos actores que tienen por escenario el abismo, para los cuales no hay,

en tiempo de borrasca, el descanso y el sueño; cuyo trabajo y cuyo esfuerzo duran lo que dura el furor de los elementos, que no duermen de noche, como el hombre, sino que, por el contrario, redoblan, muchas veces, su actividad y su cólera en las tinieblas, resaltando en ellas la grandeza de la lucha, la inminencia del peligro y la majestad del drama.

Se piensa en esos otros trabajadores del campo, que viven, como aquellos, frente á frente de la Naturaleza en pleno despliegue de sus inmensas energías; esos abnegados fecundadores de la próvida tierra, sus tristes desposados, que después de removerla durante el día, hundidos en el surco húmedo, abatidos por la intemperie, mojados, enlodados, flagelados, rendidos, al llegar la noche, cuando falta el sol, que da luz, y calor y alegría, y el hambre denuncia el desgaste de la fuerza muscular, efectuado en la ruda y larga tarea, y el sueño, el sueño restaurador, desciende sobre los pesados párpados, carecen, tal vez, de techo que los preserve del viento y de la

lluvia, de fuego que los caliente y los alumbre, de pan que los nutra, ¡ellos, que proveen de sustento á la familia humana!, de lecho que les brinde reposo, y caen sobre la tierra húmeda y fría, bajo el cielo negro é inclemente, cielo que constituye su mayor infierno, entregados al sueño febril y al descanso fatigoso.

Se piensa también en los padres, en las esposas y en los hijos de esos trabajadores sin fortuna. En los ancianos, á las tristezas, el frío y las sombras de cuyo ocaso, súmanse las sombras, el frío y las tristezas del invierno y de la miseria, ese otro invierno de la vida. En las madres, en esas pobres madres jóvenes y ya agostadas por todas las intemperies, que dan su escasa vida á otros seres, forjados en su seno sin calor, y carecen del alimento indispensable para reponerla; que nutren á sus hijos con su sangre escasa y pobre, y están condenadas á presenciar, de contínuo, una indigencia mayor y más dolorosa que su indigencia misma; que aman la vida, que la desean, para transmitír-

sela, para dársela á ellos, y que si sienten la sensación del hambre, no es ya por virtud del instinto de conservación propia, sino del instinto de conservación de la especie; en esas madres sin ventura, cuyas fuentes de vida se han cegado, justamente, en el seno, húmedo, de la tierra fecunda; y deben, por ello, sufrir esa doble hambre, esa doble agonía y esa doble muerte: el hambre, la agonía y la muerte suyas y de los seres que han traído á la vida, con alientos de su mismo espíritu y sangre de su propio corazón. En los niños, en esos pobres niños, débiles, tristes y enfermizos, engendro del cansancio, del dolor y de la miseria; renovación de una vida agotada en el trabajo sin descanso, en el hambre sin satisfacción, en el sufrimiento sin alivio; sedientos del licor vital que las privaciones han secado en los maternos pechos; tiernas plantas incoloras, nacidas en el frío pantano y en el antro obscuro, y, faltas de sávia, de calor, de luz, de aire puro, envenenadas por todos los miasmas y combatidas por todas las inclemencias, doblan pronto la

cabeza, pálida por la inanición ó roja por la fiebre, y encuentran en su propia cuna su sepulcro.

Y se piensa, en fin, en los dolores, los odios, las iras, los temores, las desesperaciones, toda esa germinación lúgubre y morbosa de las almas atormentadas, solitarias, desvalidas y tristes, que se producen bajo la influencia de los elementos naturales y de las humanas injusticias, puestos de acuerdo para traer, sin duda, el elemento trágico á la vida.

.................................................................

He aquí el Sol.

El Sol; el padre del día, el dispensador de la luz, del calor, de la alegría, del consuelo, de la esperanza; el que disipa las sombras del espacio y las sombras del alma; el que calienta y vigoriza los ateridos y laxos miembros, despierta el aletargado corazón y levanta el ánimo abatido; el que deseca y sanea el pantano insalubre; el que hace germinar la semilla perdida en el hondo surco, é incorporarse, en su lecho de hielo, la agostada planta; el que llama á los seres á la vida y al amor; el que trae la claridad

sobre la tierra, la claridad, que es el regocijo de las cosas; el que hace vibrar el alma óptima del mundo.

He aquí el Sol: que desvanece, con las sombras del espacio, las tristezas del corazón. *Humani animi sol serenat*, que dijo Plinio.

Otro sol, astro del mundo moral, viene abriéndose paso al través de las sombras y de las tempestades de la Historia; sol que se levanta sobre la yerma y desolada cumbre del Calvario, altar del sublime sacrificio, y tiende desde allí, como amorosos brazos, sus rayos luminosos sobre el mundo, dirigiéndolos hacia todos los puntos del horizonte. Es el Sol de la *Caridad*.

La luz solar, descendiendo desde lo alto del cielo azul, sereno y profundo; y la luz de la Caridad, irradiando, en actividad creciente, desde el fondo del corazón humano, habrán de solucionar, sin duda, el problema de sombra que agita las almas y conturba las conciencias, y que se llama hoy, á falta de otro nombre, el *problema social* contemporáneo.

*Luz, amor, caridad:* Tales son los tér-

minos que han de solucionar el obscuro y doloroso problema; tales son los factores que han de traer, á más andar, la felicidad posible al seno de la humanidad acongojada.

Junio de 1897.

# EVA [1]

## I

Cuando el hombre, el primer hombre de la Escritura, apareció sobre la tierra, la tierra nueva, virginal, lozana, fecunda, hermosa, envuelta en luz y palpitante de vida; cuando el hombre, recién creado, apareció sobre la tierra, recién hecha, cayó en el sueño profundo.

Aquel sueño, aquel hondo sueño de muerte, fué una protesta contra la vida.

El que ha sido llamado «Rey de la Creación», Rey que tuvo por pedestal la tierra, por dosel el cielo, por áurea

(1) Para la velada literario-musical celebrada en Buenos Aires, en homenaje á Rosalía Castro de Murguía, el 15 de julio de 1897.

corona los astros, por vasallos todos los seres, por campo de actividad el universo y por espíritu el espíritu mismo del Supremo Hacedor, pues que fué hecho á imagen y semejanza suya; este ser, el más alto en la escala de lo creado, su remate glorioso, su cúpula esplendente, que irradia la increada luz del pensamiento, abarcándolo é iluminándolo todo; él, alma del mundo, sin la cual éste carecería de destino, él vino, sin embargo, incompleto á la vida, y sintióse aislado, solitario, triste y estéril, en medio á la bullente creación en plena fiesta nupcial, y bajo el azul, puro, luminoso y alegre firmamento.

Y Adán, el niño colosal, ó mejor, el hombre que no tuvo infancia, y por esto, también, el más desgraciado de cuantos, después, le sucedieran,—«tronco del árbol inmenso de la humanidad»,—que llama Taine, Adán dormido, Adán vuelto al no ser, determinó, sin duda, aquella nueva creación, aquella hermosa ampliación de su existencia misma: *el nacimiento de la mujer.*

Aquel sueño angustioso tiene un do-

ble despertar; del sueño de un ser despiertan dos seres; y él mismo, Adán, al reabrir los ojos, al tornar á la vida, la siente, la gusta, la comprende y la ama, y hasta presiente su expansión y su inmortalidad, la ve crecer en lo futuro, dominando el tiempo y el espacio.

La vida empieza aquí, este despertar es una creación, y la humanidad nace de este sueño.

El hombre ha sido formado del barro, por manos del Supremo modelador de los mundos. La mujer, más grande, más delicada, más bella, más perfecta, ha sido formada de ese mismo barro, pero hecho ya carne, hecho ya sangre, hecho ya pensamiento, hecho ya luz: ha sido formada del hombre.

Ha sido formada del hombre dormido, como una encarnación de sus íntimas y misteriosas ansiedades, como una luminosa cristalización de sus sueños.

Ha sido formada, en fin, de la región más noble de ese mismo hombre, donde el órgano de la vida por excelencia lleva, á todo el ser, la sangre, y á todos los seres, el amor.

Tal es el nacimiento de la mujer, tal es el advenimiento de *Eva;* complemento bello, fecundo é inmortal de la Humanidad, como ésta es el coronamiento glorioso de la Creación.

II

Desde que esos dos seres, ó esos dos complementos de un ser único, perdida la gracia, fueron arrojados del *Edén,* que pudo llamarse tal en cuanto gozó de la presencia de la mujer feliz, emprenden este doloroso é interminable viaje de retorno hacia el Edén perdido, este viaje que se llama *progreso,* viaje en el cual corresponde á ella, la criatura débil, enferma, hermosa, tierna, amante y abnegada, los mayores esfuerzos, los más rudos trabajos, las más grandes penalidades, y lo más ágrio, abrupto y peligroso del camino.

No hay odisea, no hay calvario, que igualen al calvario que recorre esta infortunada peregrina de la historia, cuyos dolores, el grito desgarrador de Andró-

maca, repercutiendo de edad en edad, no alcanza á expresar en toda su trágica grandeza; ni la historia misma alcanza á contenerlos. «En la historia escrita de la humanidad, dice Spencer, la parte más triste corresponde al trato dado á la mujer; y si tuviéramos delante de nosotros la historia no escrita, hallaríamos aún más triste esa parte.»

Lleva en sí la fuente del deleite del hombre, y, cuando éste sienta el latigazo de sus pasiones, será asaltada, maltratada, violada y abandonada después. Es lo que, por una cruel ironía, se ha llamado el *primer amor* del ser fuerte, lo que la ley del Manú en la India llama el «matrimonio del jigante», lo que se llamó rapto en Grecia, y se llama así aún entre las tribus incultas y salvajes de nuestros días, «contemporáneas, dice Pelletán, del hombre primitivo». Madre, llevará, en su jornada sin descanso, el peso de su propio tirano, primero en su seno, luego en sus brazos, siempre en su destino, y le dará su vida escasa, y su sangre pobre, y el pan negado á su boca y obtenido al precio de su fatiga.

Será vendida en almoneda, permutada, transmitida en herencia y aprehendida, como botín de guerra del vencedor, en los combates. Se la destinará á los trabajos más degradantes y más rudos; será uncida, con el asno, al arado, y adherida á la gleba. Una legislación más progresista la declarará apta, tan sólo, para proveer de soldados á la guerra y de ciudadanos al Estado.

Y será prostituída, encerrada en el gineceo, que es la cárcel individual, y en el harén, que es la prisión colectiva; condenada á la muerte, á la esclavitud, á la desnudez, á la orgía báquica, al pugilato, á la perversión, á la ignorancia, á la incapacidad civil y política, á la inferioridad orgánica.

Y si aparece, á veces, pervertida, es que refleja la perversión del hombre; si se lanza al desorden, es que éste no es más, para ella, que el desvanecimiento del dolor; y siempre en sus caídas, efectuadas por impulso extraño, pero que jamás son decisivas, que jamás son irrevocables, porque ella posee la fuerza de ascensión moral de que aquèl carece,

siempre hay un fondo de pureza, de amor, de sumisión, de obediencia, de sacrificio, ofrecidos en holocausto á su mismo sacrificador.

Él es la fuerza y la oprime; ella es la debilidad, pero acaba de saber que es también la belleza y la gracia, y emplea la seducción para defenderse. Si hubo exceso en la seducción, es que ha debido corresponder á aquella fuerza. Además, el amor la excusa, y hasta podría afirmarse que la santifica. «Anda en paz, dice Jesús á la Magdalena; has amado mucho».

El Cristianismo, que es el genio del amor, que es el advenimiento del reinado del espíritu y de la vida del corazón, vino á levantar del pantano infecto esta bella y cándida flor caída en el principio de los tiempos; vino á llamar á la salud y á la vida á esta criatura yacente en su lecho de miseria, de dolor y de vergüenza; y, elevándola al nivel del hombre, los llama, á ambos, á las fuentes purificadoras del bautismo, y los invita, juntos, á la Eucaristía ante sus altares.

El amor, que no abandonó á la mujer

en la noche secular de su martirio, es quien la sostieue, la redime y la eleva; y ella, que fué el poema viviente de todos los dolores, ella, redimida y redentora, será, en adelante, el símbolo del consuelo y de la esperanza para todas las tribulaciones humanas.

*Eva* transfigúrase en *María* al influjo de una religión expansiva, tierna y civilizadora.

## III

El Evangelio es el nuevo Génesis de la humanidad.

Él espiritualiza, exalta, magnifica á la mujer. Combate las pasiones, el desorden, el vicio, el culto á la fuerza y al deleite sensual, y levanta sobre las ruinas de la materia el reinado esplendoroso del alma.

Quizá esta exaltación de la vida interior, quizá esta acción, contraída casi exclusivamente al desarrollo del elemento ético, quizá esta absorcion de la tierra por el cielo, han sido excesivos; pero fué necesaria, sin duda, esta desproporción, á fin de despertar al hombre del sueño

moral y aun de la postración física á que el largo imperio de las bajas y abyectas pasiones lo había conducido.

Las fuentes de la vida, de la vida del alma y del corazón, estaban cegadas; y era necesario cavar hondo, muy hondo, á fin de hacer brotar nuevamente en ellos el manantial cristalino y fecundo.

Además, el Evangelio es una religión y, como tal, extraterrestre.

Y bien: una religión que viene á combatir la fuerza y á promulgar la ley del amor en el mundo; que predica la humildad, la mansedumbre, el perdón, la tolerancia, el sacrificio; que trae el ideal al espíritu y la ternura al corazón, ella ha debido adoptar como divisa y como símbolo á la mujer, su primera, más valerosa y más leal conversa, y su más bella y más legítima personificación en la tierra.

Y ella, proclamando la igualdad moral de los dos seres, al par que ratifica, al través de los siglos, y de las injusticias y errores que esos siglos entrañan, la declaración del hombre de la antigua Escritura: «Tu eres carne de mi carne

y sangre de mi sangre», abre á la humanidad una nueva, ancha y esclarecida senda, é imprime al progreso la fuerza de impulsión que lo ha traído á su actual, consolador estado.

Elevar la mujer al nivel del hombre, es decir, desatar sus ligaduras, dejarla ascender, es devolverle su personalidad moral y reintegrarla en su misión y en su destino; y la misión de la mujer es una misión civilizadora por excelencia.

Ella trae á la vida el primer factor del progreso: el hombre; y, después de darlo á luz, continuará su obra creadora, nutriéndolo á sus pechos, preservándolo, con sus tiernos cuidados, contra todos los peligros; formando su corazón y su espíritu, es decir, dándole lo que Monlau llama la *lactancia moral;* brindándole, con su amor, la felicidad; y dulcificando su carácter, y fortaleciendo su ánimo, y sosteniéndolo en sus vacilaciones y en sus luchas, y moderando sus pasiones, é inspirándole los grandes sentimientos y los sublimes ideales, en la edad viril; siendo su luz serena, su regocijo, su apoyo y su fuerza, en la pro-

vecta edad; y, en todo tiempo, levantándolo en sus caídas, consolándolo en sus pesares, aliviándolo en sus dolencias, asistiéndolo en sus enfermedades, velándolo en su sueño y llorándolo en su muerte.

Ella es, así, la creadora de este factor del progreso por excelencia: la creadora del hombre; y el progreso será mayor, y el hombre será más grande, cuanto más alta esté colocada la mujer.

## IV

Por lo demás, la igualdad intelectual de esos dos seres es evidente.

Identidad de orígen, diversidad de funciones, una misma naturaleza moral y un común destino.

Bien pudo, pues, afirmar una mujer ilustre que «el genio carece de sexo».

Se ha pretendido negar aquella igualdad, sin duda para atenuar el crimen de la esclavitud de la mujer y de su precaria condición en la historia; y, hoy mismo, una ciencia jactanciosa y falsa se

esfuerza, con doloroso empeño, en comprobar esa negación.

Cabanis, aquel famoso médico y amigo de Mirabeau, la ha negado. Pero Cabanis, que vivió en la Revolución, de cuya grandeza ha sido factor primero la mujer, vivió también demasiado cerca de Bonaparte, que disfrazó el temor y el odio hacia una mujer con el desprecio al sexo; que incurrió en la vulgaridad de exhumar el viejo aforismo espartano, convertido en lugar común: «la mujer es una máquina destinada á producir soldados»; y que eclipsó sus glorias guerreras con la guerra hecha á una dama ilustre: á Mad. de Staël. Esta guerra extraña del hombre de acción á la mujer de genio, constituye, sin embargo, una de las más elocuentes afirmaciones de lo mismo que se pretende negar.

La ha negado Proudhon; pero él negó, del mismo modo, cuanto hay de grande, de santo y de consolador en la vida: la familia, la propiedad, el estado, la religión, el alma y Dios.

La sostiene Michelet, la sostiene Eugenio Pelletan, la sostiene, en fin, nues-

tre ilustre sabio, cuya santa memoria deben venerar todas las madres: el Dr. Letamendi, quien ha podido comprobar «la igualdad del valor absoluto psicofísico del encéfalo, y su equivalencia de energía, entre el hombre y la mujer»; mientras Toussenel, llevado de un entusiasmo generoso hacia este abnegado benefactor de la humanidad, proclama, desde luego, su superioridad intelectual y sensible.

La Historia, por su parte, y estudiada con un criterio racional, demuestra que no existen esas diferencias de organización cerebral.

Si la mujer no ha podido presentar hasta hoy grandes creaciones, grandes inventos, ni empresas grandes, ha sido: 1° Porque no ha gozado de libertad, y la esclavitud nunca fué propicia á las concepciones del ingenio humano. 2° Porque su naturaleza, sus funciones y su papel en la vida, la retuvieron en su hogar, al lado de sus hijos, que han constituído siempre su primera, su más predilecta y su más constante obra. 3° Porque dominada por el amor, como el hombre

por la ambición, ha cultivado sus facultades afectivas sobre las intelectuales.

Pero el genio revélase en ella en todos los tiempos, y casi podríamos decir en todos los medios, desde la que Platón llamó *décima musa*, hasta esta otra nuestra *musa* excelsa, ésta á quien aquí reverenciamos, hermanas, ambas, por la inspiración y acaso por la sangre; revélase, desde Safo á Rosalía Castro, la musa de la Grecia de Occidente, la que exhaló su alma dolorida en sus melodiosos cantos de peregrina inspiración y de infinita tristeza; la que fué grande por su virtud, por sus sufrimientos, por su genio, y fué grande, sobre todo, por que se ha esforzado siempre en parecer pequeña.

# LA PUSTULA

---

El *credo* de aquel que no creyó en nada, que fué, él mismo, una negación organizada, viva, militante, y que empleó su existencia toda en socavar la existencia interior del hombre; el *credo* de ese nihilista, su fórmula política, había de servir, bien pronto, de falsa enseña á este otro nihilismo radical, total, sanguinario, el asesinato erigido en sistema á expensas del derecho, la antropofagia de la raza blanca, que, como un despertar atávico, surge bruscamente en el seno de las modernas sociedades cultas, haciéndolas retrogradar á los más obscuros y aciagos días de la historia.

Más aún que falsa enseña de partido ó de secta, parécese al vendaje que cu-

bre la llaga cancerosa que corroe el organismo social contemporáneo, reveladora de quién sabe qué impurezas y qué desórdenes, y aparecida en los días finales de nuestro siglo, como una afrenta de su vejez y un eclipse de su gloria.

Tal es lo que se llama hoy el *anarquismo*; el instinto carnicero, la tendencia criminal, la maldad nativa, dándose un apostolado, una organización, una ley, un nombre y hasta una razón de ser, á despecho del principio que más enaltece nuestra actual civilización: el principio del respeto á la vida, y de la fuerza puesta á su servicio; á despecho de la cultura moral, al precio de tantos esfuerzos, de tantos sacrificios, de tantas lágrimas y sangre conquistada.

No; no es una escuela, no es un partido, no es una secta, no es siquiera un estado parcial y transitorio del espíritu humano, exaltado ante los obstáculos que retardan su marcha, y al que Víctor Hugo llamó «las iras del progreso», ese que hoy levanta el crimen por bandera: es una *enfermedad*.

Matar, devorar, destruir, es la ley que

preside la existencia de las bestias feroces: en el hombre, y especialmente en el hombre contemporáneo, producto de la dolorosa gestación moral efectuada al través de los siglos, constituye el síntoma que denuncia, desde luego, una naturaleza morbosa.

La ciencia antropológica ha hecho el estudio clínico de esos sombríos *apóstoles* de la destrucción y el homicidio, es decir, de la agresión á los hombres, á las cosas y á las instituciones, y ha descubierto en ellos degenerados, delincuentes, á quienes el castigo, el ejemplo, el trabajo de edificación interna, no han conseguido traer á la senda de la virtud y del bien, senda, por otra parte, que jamás han frecuentado, y de la cual no tienen conocimiento íntimo alguno.

Lombroso ha encontrado, con frecuencia, al criminal nato entre los anarquistas de Chicago y de Turín (1889 y 1891); y el mismo autor afirma que Ravachol y sus cómplices han ofrecido, al examen anatómico, todos los signos que caracterizan el tipo, abonados por una lúgubre historia de ignorancia, de vagamun-

dez, de robos nefandos, de asesinatos horribles y de actos de bestialidad.

Estos *sectarios* explican aquel *credo;* pero credo y sectarios no pueden coexistir, sin peligro y sin mengua para ella, dentro de la sociedad civilizada actual, y de las leyes que informan su existencia.

La escuela positiva del derecho criminal, de acuerdo con la higiene, encarece la necesidad de eliminar esos elementos *deletéreos é incorregibles* del cuerpo social, á nombre de la salud y del sosiego públicos; y reclamar respeto para esos elementos y su libre actividad á nombre del derecho, es atacar el derecho humano por excelencia: el derecho á la vida, cultivando el agente que ha de exterminarla.

Contra las invasiones epidémicas que diezman la familia humana, se emplean, universalmente, las medidas preventivas, esterilizando los gérmenes que las producen y aislando los focos que las propagan.

¡Oh! Y el anarquismo, el anarquismo militante, destructor y homicida, él, más

ciego, más fatal y más bárbaro que el agente colérico, por ejemplo, que diz que poda el árbol de la humanidad, que depura, que selecciona la especie; él ataca los seres mejores, los hombres buenos como Carnot y los hombres grandes como Cánovas; hombres representativos, hombres que condensan el sentimiento ó el pensamiento dominantes de una generación ó de una época, hombres en los cuales se refugia, en las crisis supremas, el alma de un pueblo, y cuya muerte parécese á una muerte colectiva.

Y es lo que está más abajo quien ataca lo que está más arriba; son los seres más inferiores, los organismos más imperfectos, las almas más opacas, los que ocupan el último peldaño, los que se arrastran en la penumbra, los que se agitan en los confines mismos de la especie humana, donde la luz no llega, donde la conciencia no vive, donde el corazón no late, donde concluye el hombre y comienza el bruto; son los seres pequeños secretando la muerte de los grandes, y revelando, por ella, su exis-

tencia embrionaria; y se denominan *Caserio, Angiolillo*..... ¡Hay que nombrarlos, aun venciendo repugnancias, como nombra la medicina todas las deformidades, todos los vicios y todas las excrecencias humanas!

Caserio, Angiolillo, más allá Fieschi, más acá Acciaritto, Aschieri..... (1) ¡Qué nombres! Parecen miembros de una familia nosológica, de una familia de predestinados, que se lanzan, peregrinos del crimen, por diversos caminos, hacia todos los puntos del horizonte, en busca de víctimas donde satisfacer sus instintos carniceros, husmeando la mejor presa, los seres más sanos, los corazones más nobles y los cerebros más fuertes. ¡Y esos caminos están abiertos, libres, despejados para ellos, como lo estaban para los salteadores y los *brigantes* en los tiempos medios, y en los tiempos del Renacimiento!

Esos nombres y esos hechos diríase

(1) Posteriormente se ha agrandado la nómina, con el miembro más caracterizado de la familia: con Lucheni.

que constituyen un fenómeno de atavismo; pues parecen evocar, en las postrimerías del siglo XIX, el espectro ensangrentado de aquella compleja Italia del siglo XV, aquella Italia tenebrosa y radiante, Jano con una cara en la sombra, donde brillan tan sólo los fosforescentes ojos de las fieras, y la otra en la luz, la dorada luz de la nueva aurora del espíritu humano; aquella Italia que «parecía sucumbir, según el dicho de Saint Victor, á la ley atroz de la exterminación de los débiles por los fuertes que rige al reino animal; y que encierra monstruos literatos y bandidos dilettanti», ó, como los llamó Taine, «lobos inteligentes».

El germen perdura; pero las revoluciones del progreso cambian la temperatura moral, modifican el clima, y la germinación no se efectúa, y desaparece el tipo. Pero un día, por accidente, las condiciones climatéricas vuelven, y á merced del medio propicio el antiguo ser renace: tal es el atavismo.

Estos fenómenos mórbidos producen también, á veces, repercusiones simpáticas en las naturalezas trabajadas, natu-

ralezas que creíamos de león, pero del cual no tienen, en realidad, más que la melena; y ostentan, en cambio, el instinto de acometividad á los cadáveres que caracteriza á otros seres de orden inferior.

La organización social, la noción del gobierno, la ciencia política, tienen por primordial objeto velar por la conservación de los bienes, de la seguridad y del reposo de cada hombre, y por la integridad de su existencia, así física como moral. De aquí que los criminales profesen el *anarquismo*, que es la negación de todo gobierno, de todo poder, de toda defensa; que es el hombre entregado á la voracidad del hombre, que es el reinado de la fuerza y la libertad del crimen.

Y por eso, también, de este punto de vista, ha sido lógica la inmolación de Cánovas, uno de los estadistas más nobles de la edad contemporánea, el que consagró sus inmensas energías y sacrificó sus afecciones, su reposo y su vida, á la santa causa de la patria, de cuyo concepto fué la musa más excelsa en los

turbulentos é indecisos días que corren; á la causa de la seguridad social y de cuanto constituye el patrimonio moral de la humanidad, patrimonio que, según él mismo lo ha expresado, poseído, sinceramente, del espíritu vivificador del Cristianismo, es el único capaz de ofrecer á aquella la felicidad que ansía.

Llorarlo no es cobardía; es, por el contrario, un acto de fortaleza, mostrándose bueno en los momentos en que la bondad constituye un peligro para la vida.

Por fortuna, la inmensa mayoría de la sociedad culta lo llora desde todos los confines de la tierra; y este veredicto universal de las lágrimas afirma la obra del progreso; que no será completa, sin embargo, mientras exista, á nombre de un falso concepto del derecho, la libertad de la destrucción y del asesinato.

24 de Agosto 1897.

# EL PERIÓDICO

He escrito ya sobre este mismo tema, en esta misma ciudad, y celebrando un aniversario igual al que celebra hoy *El Orden;* pues sobre que el asunto es vasto, y nunca se dirá de él lo suficiente, su interés crece día á día, y es, hoy más que ayer, de palpitante, casi podríamos decir de sangrienta actualidad.

Más que los poderes públicos, cualesquiera que sean su orígen y su fuerza, más que los códigos, más que la cátedra, más que la tribuna, más que el hogar, con su influencia moral, más que el templo, con su influencia religiosa, más que todas esas instituciones, más que todos esos elementos, quien gobierna y dirije á la sociedad contemporánea, es es-

te á quien impropiamente se ha llamado «el cuarto poder del Estado», siendo así que ha debido llamársele el primero: es el *periódico.*

La fuerza coercitiva de los poderes oficiales no alcanza al resorte íntimo de las acciones humanas, no alcanza á la conciencia. La letra y el espíritu de las leyes, no siempre son conocidos, ni menos entendidos, por quienes tienen el deber de acatarla, y ajustar á ella sus actos, en la vida colectiva. La acción de la cátedra, sobre no ser universal, sobre que no llega, justamente, á la clase más numerosa, más inquieta, y en cuyo seno, no siempre accesible al aire puro y á la clara luz, fermenta la pasión y nace el peligro, ella es más intelectual que sensible, más especulativa que práctica, más atenta á dar nociones que á formar aptitudes; en una palabra, menos educativa que didáctica. Más secundaria y más limitada que la de la cátedra, la acción de la tribuna circunscríbese á transformar el criterio dominante en ley, el derecho doctrinario en derecho constituído, la necesidad común en realidad

legal; pero ella no forma ideas, ni sentimientos, ni juicios, ni esa fuerza anterior y superior á la cual habrán de subordinarse siempre y necesariamente las leyes, esa fuerza á la cual llamamos la conciencia pública. El hogar..... el hogar es el primer surco abierto donde cae la semilla nueva, pura y fecunda: allí nacen las almas, se inician las tendencias, se bosquejan los destinos; pero no siempre reina en él la virtud, el amor y la paz, necesarios á la formación del ambiente en el cual se forjan los caracteres buenos y fuertes; y, por otro lado, su reinado es corto, y los corazones que de él salen cambian con frecuencia de naturaleza, si otras fuerzas óptimas y durables no los sostienen, al atravesar la candente y tempestuosa atmósfera de la vida social, especialmente en los tiempos de transición y de revolución que corren. La voz del templo, combatida sin cesar por las filosofías reinantes y por el excepticismo creciente, y trabajada por la tendencia positiva y terrestre que hoy invade al mundo, se ahoga á menudo en medio al estrépito de la vida

mecánica y vegetativa actual, tan falta de espiritualismo y anhelos suprahumanos.

Sólo un poder reina y gobierna, ejerciendo una acción permanente, universal y decisiva, formando, sin cesar, el ambiente moral que á todos nos envuelve, exaltando los corazones, moviendo las voluntades, y produciendo, á la postre, las grandes crísis que transforman la sociedad y deciden de los destinos humanos: es el poder de la prensa.

El *periódico* constituye, en la actualidad, el alimento moral cotidiano, indispensable, insustituible, de todos los pueblos cultos; pues hoy, como hace dos mil años, puede proclamarse la verdad de la máxima de Jesús: «No sólo de pan vive el hombre». Este, aun negando su naturaleza ética, aun negando sus funciones psíquicas, más que de necesidades y de instintos, vive de ideas, de sentimientos, de juicios, de impresiones, de inquietudes, de ansiedades, de curiosidad, de hambre de saber y de sed de gloria; y lee, lee siempre, cada día, cada hora, lo que se piensa, lo que se dice, lo que se descubre, lo que aconte-

ce en todas partes, recogiendo, en la hoja diaria, y momento á momento, todas las palpitaciones de la vida, y todos los destellos del alma universal.

Esa voz que grita incesantemente, que recorre todas las esferas, que llega á todas partes, que sigue al hombre donde quiera que éste vaya y cualquiera que sea el tiempo que transcurra, esa voz es la que entraña el mayor poder y ejerce la mayor influencia, debido á su persistencia, á su radio de alcance y á su impersonalidad. Es una tribuna que todos ven y todos oyen, una conciencia, un corazón, un verbo, sin que el conocimiento del hombre que habla ó que escribe, con sus imperfecciones, sus pasiones, sus vicios, amengüe la verdad de la doctrina, la pureza del sentimiento, ni la sinceridad de la expresión.

Por eso es la prensa el más grande poder que hoy gobierna y dirige á las sociedades humanas; por eso es el periódico el agente civilizador, educador, y sugestivo por excelencia, y por eso, á cuantos se preocupan, gravemente, de la suerte y el porvenir de la familia huma-

na, no se ocultará la necesidad imperiosa que existe de depurar aquel poder, de dignificarlo, de exaltarlo, de fortalecerlo, de hacer de él, en fin, un verdadero apostolado y un alto ministerio social.

Si ha de ser ella, la prensa, quien lleve, cada día, la luz de las nuevas ideas al alma del pueblo; quien despierte, de contínuo, los nobles y tiernos sentimientos en el corazón de las muchedumbres; quien dé, incesantemente, la noción del deber á cada conciencia; quien se encargue de nutrir, por modo constante, el organismo moral de la sociedad; si ha de ser ella quien revele todos los dolores, quien denuncie todos los abusos, todas las violencias y todos los crímenes; quien muestre, á la piedad universal, los seres que sufren; quien difunda la verdad por el mundo y prepare el advenimiento del amor y el reinado de la justicia; si ha de ser ella, en suma, un elemento civilizador y una fuerza eficiente para el bien, necesario será que, tras de cada periódico, se encuentre un cerebro bien organizado y nutrido de conocimientos y de ideas, un alma sana, un corazón

generoso, una voluntad fuerte, un aliento viril, un caracter austero, un ser selecto, y una vocación hondamente sentida.

Jamás religión alguna ha exigido más virtuosos y abnegados sacerdotes.

Este ideal de la prensa encuéntrase, por desgracia, á sensible distancia de su realización; y, especialmente en el momento actual, diríase que la noble institución retrocede. Las escuelas y los partidos extreman su violencia acrecentando la pasión en la lucha; y la prensa, en general, órgano de partido ante todo y agente de propaganda militante, sufre la influencia de esa pasión y la devuelve, centuplicada, á la masa social. El comercio, que dilata incesantemente sus dominios, ha puesto precio á la impresionabilidad humana, tan excitada hoy, y le ha brindado con la falsa información y la grosera calumnia, apoderándose de la prensa como instrumento de sus bajas invenciones; y la maldad y el odio la han esgrimido, así mismo, como arma vil de difamación pública. Unos y otros más de una vez han soliviantado los ánimos inseguros, y armado el brazo predispuesto

al crímen, como los que, recientemente, han ensangrentado el escenario político en Europa y América.

Esta retrogradación es parcial y transitoria; pudiendo decirse de ella lo que dijo Pí de los retrocesos momentáneos observados en la marcha del progreso humano: que son para tomar mayor impulso y recorrer más espacio en menos tiempo.

Habrá que depurar la prensa; habrá que depurarla en homenaje al progreso social y al bienestar humano: habrá que depurarla para facilitar la realización de su elevado destino. Habrá que proscribir de su seno todos los elementos que la vician, la desorientan y la degradan: la incapacidad, la ignorancia, el interés, la pasión, el vicio y el instinto malévolo.

Habrá que levantarla sobre todas las instituciones sociales, desde que todas tendrán que nutrirse de ella y vivir á sus espensas.

La obra de su regeneración será, así, la obra más grande, más fecunda y más gloriosa de los tiempos modernos.

Mercedes, septiembre 11 de 1897.

# LA PASIÓN

---

He ido al fin, venciendo repugnancias, (que tanto pueden en mí los juicios de gentes cuyo buen sentido he admirado siempre), he ido á ver este llamado «drama sacro»; he ido á ver *La Pasión* en el teatro, cuando había pensado que en él no cabía asunto semejante; he ido, despojado de preocupaciones, con ánimo sereno y libre, propenso más bien al aplauso que á la censura..... y he vuelto con el espíritu dolorido y el ideal hecho pedazos.

¡Cómo había concebido yo, cómo había *visto* el sublime drama que tiene su desenlace en el *Calvario*; y de cuán distinto modo se me ha presentado á los sentidos en el escenario de un teatro de Buenos Aires!

El espectáculo mana sangre, realmente; el sacrificio es cruento; el concepto

histórico del asunto, la tradición, la sagrada leyenda, el sentimiento religioso, el ideal, el arte, sufren *pasión* y *muerte*, renovándose el suplicio, noche á noche, hace varias semanas, largas como las semanas de los antiguos profetas.

Pienso, hoy como ayer, tal vez hoy más que nunca, que estos asuntos, que son grandes del punto de vista histórico y filosófico, y son sagrados del punto de vista religioso, pienso que no es dable á la capacidad humana reconstruirlos, rehacerlos de un modo sensible, sin que su grandeza sufra menoscabo, y el alma humana, que ha comulgado con ellos y se ha nutrido de su sávia, sufra una decepción dolorosa.

No puede el hombre reproducir en sí, dándole, por así decirlo, vida corpórea, á Aquel que fué el punto culminante, la cima inaccesible del linage humano; pues esa posibilidad constituiría una negación de este mismo concepto de grandeza.

No puede, mujer alguna, personificar á la que fué expresión excelsa del dolor sublimado, y es hoy símbolo venerando de amor infinito.

Menos pueden hacer esto hombres y mujeres del teatro, más capaces de expresar vicios que virtudes; ya que consagran su vida á la representación de la vida general humana, en cuyo tegido entra el vicio en parte harto desproporcional con la virtud; pese al drama de la *Pasión* y al sacrificio del *Redentor.*

¡Cómo se retuerce, atormentado, nuestro ideal religioso y artístico, y aun nuestro ideal histórico, al presentarse á nuestra vista, no aquél *Jesús* de proporciones esculturales, de finas facciones, de grandes y claros ojos dotados de mirar dulce, triste y profundo; de amplia, serena y luminosa frente; de palabra breve, que esparce ecos melodiosos y pensamientos sublimes; delgado, hermoso, pensativo, fuerte en su debilidad, grande en su martirio, tolerante con las faltas de los hombres, Él, que siendo hombre no ha pecado; viviendo una vida casi exclusivamente espiritual, vigilante, dolorida, excitada, extática, y ostentando, como síntesis de su ser extraordinario, aquel *quid divinum*, perceptible aun para sus contemporáneos, para los humildes que lo siguieron, y para

los poderosos que lo condenaron; no este *Jesús*, ejemplar no encontrado, fuera de él, en la realidad humana de todos los tiempos, sinó un Jesús contrahecho, producto fisiológico..... ó morboso de una civilización trabajada y descreída, agobiada bajo el peso de sus propios vicios, y de la carencia de espiritualidad que la eleve; un Jesús carnoso y prosáico, de pesada musculatura, de movimientos tardos, de palabra difícil de no sonoros ecos, de abotagado rostro, y de mirada velada, diríase que más por agotamiento de la vida, prodigada sin freno, que por el sacrificio prematuro de ella, impuesto á un abnegado y sublime ministerio!

¡Cómo y cuán vivamente sentimos heridas las fibras más íntimas y más delicadas de nuestro ser, viendo á *María*, el poema viviente del dolor materno no alcanzado jamás en la terrena vida, la que lavó con sus lágrimas las manchas del humano linaje, la que ennobleció á su sexo y redimió á su especie; *Ella*, la grande, la pura, la *Inmaculada*, ante cuyos altares hemos llevado nuestros votos y nuestras plegarias, y las flores simbólicas de nues-

tra inocencia y de nuestra fé, la que Murillo nos ha revelado en sus inspiraciones místicas y geniales; cómo sentimos desgarrarse nuestras fibras más íntimas, marchitarse nuestras más puras y frescas ilusiones, viéndola á *Ella*, en la cual se encarnó el *Verbo*, encarnarse á su vez, y por funesto error, en alguna de esas modernas *Magdalenas*, de esas *Magdalenas* impenitentes de la escena, y manifestarse por los medios convencionales, relajados y falsos de que estas fatigadas criaturas disponen! ¡Y qué impresión cruel nos produce el grito descompuesto de un dolor no sentido, atentos siempre á aquel otro dolor mudo, intenso, grande, que ha conmovido á cuantas almas religiosas y tiernas han alentado en el mundo al través de veinte siglos!

Ideal semejante, encarnado en realidad tan menguada con relación á él, es una profanación, es un sacrificio del ideal mismo, ofrecido al pueblo descreído..... ó crédulo, mediante los «treinta dineros» de Judas; es el moderno *Eccehomo* del teatro.

Así he visto la sonrisa irónica de los viejos, y oído la risa franca y bulliciosa

de los niños, cuando se representaba el poema del sacrificio y del dolor supremos; y este contraste me ha llevado, momentáneamente, á donde el falso arte que lo ha producido no podría conducirme jamás: á presencia de aquella realidad lejana en que el dolor y el martirio tenían por réplica, como una repercusión lúgubre, la burla y el escarnio.

No: dejad al *Hombre-Dios* en los senos del alma creyente y creadora; y si ella ha de objetivar sus propias concepciones, que no se valga de un ser vivo para encarnarlas en él. La encarnación de *Dios* en el *Hombre*, no puede ser sinó obra de Dios mismo.

En cuanto á mí, me quedo con el ideal, libre de contacto alguno con la realidad; si ésta no ha de servir para excitarlo y prestarle más fúlgida y potente vida.

Yo iría á la tierra sagrada de la Palestina, la tierra ungida con la sangre del Cristo, el escenario auténtico, breve y grandioso á la vez, donde se desarrolló el drama inmenso de la *Pasión*, y cuyo desenlace no lo constituye, propiamente, la muerte del *Hombre*, sinó su resurrección simbóli-

ca, es decir, el nacimiento de una humanidad nueva, más elevada, más perfecta, que aquella que salió de manos del Creador mismo; yo iría á la tierra sagrada de la Palestina, al centro de la Judea, á la que Chateaubriand llamó «la triste Jerusalen»; yo iría allí á *presenciar* el sublime drama, á reconstruirlo en mi corazón y en mi espíritu, á favor de aquellas soledades, de aquellas ruinas, de aquel campo árido, de aquellas montañas escuetas, de aquel horizonte estrecho y triste, de toda aquella región muerta, poblada sólo de grandiosos recuerdos, y sólo animada del espíritu inmortal que prestó nuevo aliento á la humanidad postrada y dolorida. Yo iría allí, á ver en mí mismo, con el auxilio de aquellos lugares y de mis propias creencias, lo que en vano pediría á los tramoyistas y actores de un teatro, en el seno inquieto de nuestras bulliciosas ciudades modernas.

Así van, dicen, los artistas, ante las ruínas del Coliseo romano, en las noches de luna, á merced de cuyas sombras, de cuyo silencio y de cuyo misterio, evocan el desmesurado y sangrien-

to espectáculo que sirvió de pasto á los febriles ocios y á los excitados sentidos de un pueblo sensual, dominador y guerrero, en los transportes del poder y de la fortuna; allí van, peregrinos del hecho histórico viviente, á ver el circo en acción, aquel mismo circo sobre cuya arena cálida y humeante han caído las lágrimas y la sangre de Jesús, borrando para siempre el horrible cuadro que constituye aún hoy una de las más dolorosas pesadillas del espíritu humano.

El *Dios-Hombre* pertenece: como Dios, al templo; y como Hombre, á los grandes dominios de la Historia, á los fueros sagrados del pensamiento, y á las luminosas esferas del arte; no del arte que empequeñece y abate á la realidad, sinó del arte que la engrandece y la eleva.

Abril de 1893.

# EL DESPERTAR DE LA RAZA

---

El dado está echado; y va á decir el azar de las armas de quién es la victoria, ya que no diga de quién es la justicia. Bien que, sobre ésta, tiempo hace que la conciencia universal ha pronunciado su veredicto unánime y solemne.

El dado está echado; y el drama que va á tener por principal escenario el mar, se inicia ya con actos simbólicos de rapacidad, que lo colocan, resueltamente, dentro de la moderna escuela.... magnificada.

Dícese que en este drama, cuya duración y desarrollo no cabe predecir, lucharán, ante todo, dos principios: la justicia el uno, el interés el otro; de un lado el ideal, del otro la sensualidad.

Sea.

España acepta, desde luego, el papel que se la confía, y cumplirá con su deber.

España, aquella que creó un mundo y salvó una civilización; aquella, de los providenciales destinos, mediante cuya inspiración, cuyos esfuerzos y cuyos sacrificios, no ha sido desalojado el espíritu de Cristo del corazón de la humanidad; aquella que sembró sus instituciones por toda la tierra y las fecundó con su sangre, esta sangre que aún hoy nutre la vida superior en el mundo; aquella que ha sostenido incólume el ideal al través de todas las vicisitudes de los tiempos; aquella que hizo del honor un culto y lo colocó resueltamente sobre los intereses y sobre la vida misma; aquella que despertó en los pueblos la conciencia de su personalidad y fué la reveladora de este concepto, genuinamente suyo: el concepto de la caballerosidad y de la hidalguía; aquella que dilató los destinos de la humanidad y llevó su ideal, su cultura y su fé, triunfantes, por toda la redondez de la tierra; aque-

lla que completó la obra del Creador, dando un alma á toda una raza, que carecía de ella; aquella que tras de descubrir y conquistar un mundo material, grande, creó un mundo moral, más grande todavía; España, que dió á luz á la América, va á ser acometida por ésta, abierta, fría y alevosamente, después de haberla desangrado y empobrecido en una agresión oscura y larga, sin responsabilidad y sin gloria; y después de haberla ofrecido, *Eccehomo* de las naciones, á la dolorosa espectación del mundo.

No conoce la Historia ejemplo de un tan grande y tan repugnante parricidio.

El concepto que queda consignado, y que ha surgido, fatalmente, de la sucesión de las ideas, debe ser rectificado en el caso especial presente; pues ante la gravedad de las circunstancias, la más absoluta sinceridad se impone.

Esta que se prepara es una gran iniquidad, es un gran crimen, es, si se quiere, una grande ingratitud. Es más: es una violación brutal de todas las leyes naturales y positivas que rigen las relaciones de los pueblos, y de todos los princi-

pios morales que rigen las relaciones de los hombres; es la consagración de la fuerza bruta triunfante, hecha, justamente, por un pueblo que había proclamado el derecho y la razón como árbitros únicos de todas las contiendas humanas; es la transformación súbita de una democracia moderna en un cesarismo plebeyo; es un agravio inferido á todos los pueblos constituídos y á toda la civilización reinante; es un desengaño cruel, una mistificación sangrienta, todo, menos un parricidio.

No es América quien acomete á España. Aquélla será la primera en sufrir el dolor y la vergüenza de esta guerra desigual, cobarde é innoble, provocada por un pueblo joven, grande, es decir, extenso, rico, fuerte, holgado, bien nutrido, contra una nación anciana, llamarémosla así, pequeña, después de haber pertenecido á ella una gran parte del mundo y una gran parte de la humanidad; pequeña por la extensión de su territorio y por el número de miembros que la componen, pero grande, con la grandeza incomparable de siempre, por

su tesón, por su energía, por su valor heróico, por toda su tradición gloriosa, que la impone cruentos sacrificios, pero que la alienta también y la sostiene en los trances más terribles y más extremos; contra una nación, decimos, vieja, breve, trabajada, desangrada y pobre.

Sufrirá América, la primera, el dolor y la indignación de una guerra injusta, desigual é innoble por parte de quien la provoca; sufrirá al ver la fuerza sustituyendo al derecho, y la guerra sustituyendo al trabajo, en este su propio suelo, albergue de las modernas democracias y seguro asilo de la actividad pacífica, vivificadora y fecunda; sufrirá al ver sus mares y sus tierras tintos de sangre humana, cual si circundaran y sostuvieran despotismos africanos ó asiáticos; y asolados sus campos feraces y sus ciudades florecientes, y eclipsado su sol radiante, creador y glorioso, por la acción y el humo de los combates. Sufrirá al ver cómo, desde su seno, se desgarra el seno sagrado de la que le dió el ser y la reveló á la Historia.

Pero no es América quien acomete á

España. Es un seudo pueblo que se asentó en una parte de su territorio; un conjunto de intereses, de apetitos y de fuerzas; una aglomeración de hombres sin abolengo, sin unidad étnica, sin vínculos morales, sin cohesión, sin fisonomía colectiva; un conjunto de pueblos sin tradición, sin historia, sin ideales, hasta sin nombre; pues se conocen con la denominación común de *Estados Unidos*..... unidos para poder ejercer, sin duda, el despojo de los demás estados; y que han proclamado su constitución social y su personalidad política á nombre de los intereses comerciales y de las necesidades del estómago. Es el símbolo de la animalidad triunfante en el seno de una civilización cristiana.

Esa no es América. Esa es una planta exótica, colosal, que pugna por arraigar en su suelo, destruyendo cuanto pueda oponerse á su crecimiento. Es una raza enemiga y voraz, que viene á desalojar del continente el ideal traído á él por sus descubridores; y procede exterminando la raza en la cual ese ideal alienta, como exterminó antes la raza de origen.

Es, pues, una lucha de razas, lucha sangrienta, la que se inicia hoy en grande escala en esta América llamada de la paz, de la fraternidad y del derecho, y en el fin de este siglo consagrado al culto de las ideas nobles y de los sentimientos levantados; es la ley atroz de la destrucción de los débiles por los fuertes que gobierna el mundo animal, y que sube hasta el hombre nuevo; pudiendo determinar una brusca retrogradación del progreso por el triunfo definitivo de la vida muscular sobre la vida del corazón y de la inteligencia; es la guerra del instinto contra el ideal.

Así se nos ataca en América y en Asia, en todos los puntos y en todas las latitudes á la vez; llevando, en ambos continentes, á vanguardia, y como agentes primeros de destrucción y de matanza, acá la raza negra, allá la raza amarilla; confinantes, ambas, con las especies inferiores.

No es América, no, la América de los descubridores, la América latina, la América hispana, es decir, la verdadera América; no es ella quien nos acomete. Ella,

por el contrario, se siente herida y se yergue, dolorida é indignada, protestando contra la agresión y el ultraje.

Su alma, que es el alma misma de la grande España difundida por todos sus espacios, se agita y vibra ante este peligro, esta iniquidad y esta vergüenza; y mueve, incontrastablemente, todas las voluntades hácia la salvación común.

Han cesado las cavilaciones de doctrina, la solidaridad de causa política, las exigencias del precedente histórico, todas las preocupaciones y todas las especiosas teorías que velaban las leyes de la sangre, los impulsos del corazón y los designios misteriosos del común destino; y un himno armónico y colosal de simpatías, de amor, de admiración, de votos de ventura, se levanta de todos los confines de la tierra sobre cuyas vastas soledades ha cruzado, en sus días de mayor grandeza, la grande alma española.

Y es que esa alma vive. Vive y vivirá eternamente; aunque llegara á morir el pueblo en que, por primera vez, se ha encarnado. Vive; manifestándose por

los actos de abnegación, de ternura y de heroísmo que se producen donde quiera que ella alienta, que sirven aún hoy para robustecer la complexión moral del mundo, y que son admirados, respetados y sentidos por cuanto queda en él de noble y de elevado. Vivirá; porque ella es necesaria á la realización de los grandes destinos humanos; porque ella constituye el genio providencial que grite, sin cesar, el *sursum corda* salvador en los desfallecimientos de la humanidad abatida ó desorientada; porque ella es un *alma*, y el alma no está sujeta á la ley de la destrucción que preside al mundo orgánico: el alma es inmortal.

Entretanto, la raza despierta; y este despertar es un reto de vida lanzado á la muerte con que se nos amenaza.

28 de Abril de 1898.

## LA FUNCIÓN DE LA RAZA

Se ha escrito ya, con más autoridad y mejor forma que lo que aquí puede hacerse, sobre la *función de la raza*, celebrada, hace poco, en el *Victoria.*

No debe ser esto un obstáculo para que yo exprese también los sentimientos que en mí ha despertado aquella solemnidad.

Justamente, cuando los grandes sentimientos y las grandes ideas invaden impetuosamente el corazón y el espíritu, rebosan y salen fuera de nosotros, sin que basten convencionalismos ó discreciones posibles á ocultar su existencia ó velar de algún modo su manifestación.

Justamente, en las horas supremas, angustiosas é inciertas que corren; en los

momentos de anhelante y dolorosa espectativa por que atravesamos cuantos en suelo español hemos nacido, y cuantos, dentro ó fuera de España, llevan sangre de su sangre en sus venas; en estos momentos en que esa noble sangre, que fecundó al mundo bajo todas las latitudes, haciendo germinar en él la vida del sentimiento y de los sueños, superior á la vida de las sensaciones y de los apetitos, es ofrecida nuevamente, cual ofrenda inmortal, ante el altar de la patria y en holocausto á los grandes ideales que constituyen aún, digan lo que quieran las novísimas escuelas que han adoptado las leyes del instinto como base de criterio moral, constituyen, decimos, la ejecutoria de nobleza de la familia humana; en momentos en que esa sangre, antes hecha para formar almas que para nutrir organismos, ha enrojecido los mares asiáticos, por ella ungidos tantas veces y por ella redimidos de la esclavitud y de la barbarie; en momentos en que un puñado de hombres esforzados, creaciones predilectas de la misma fecunda y pródiga san-

gre, trasunto hermoso y patético de los legendarios soldados del descubrimiento y de la conquista, perdidos en aquellas regiones apartadas, en la soledad de aquellos mares, confinados en una isla, lejos de los suyos, sin auxilio y sin comunicación con nadie, rodeados de cerca y de lejos por razas enemigas y feroces, y en medio á un ambiente y á una civilización exóticos; agrupados, heróicos custodios, en torno á la sagrada enseña de la patria, *queman sus naves*, cual lo hiciera, siglos antes, otro hermano mayor suyo, lejos también de su hogar, de su mundo y de su raza, y en lucha con seres menos enemigos, menos crueles, menos insensibles que los que actualmente la combaten y la expolian; en momentos, digo, en que tantas vidas han sido ya sacrificadas, y tantas otras marchan resueltamente al sacrificio, y se ofrece á España, el Cristo-Pueblo, como premio á sus virtudes y lenitivo á sus dolores, su desarticulación final y su total martirio, después de haberle hecho apurar sin descanso un cáliz de amargura inacabable, yo, en esta crisis suprema del do-

lor de los dolores, no oculto ni puedo ocultar ya mis inquietudes, mis angustias y mis lágrimas.

¡Qué mucho que exprese la honda emoción, la emoción reparadora que ha producido en mi alma aquella fiesta luminosa de las almas superiores de mi raza; aquel concierto de ideas grandes, de sentimientos levantados, de ecos de simpatía, de dolor, de protesta, de votos de victoria, de anhelos de salvación común, porque común es el peligro; de reivindicaciones elocuentes y enérgicas del derecho, de nobles esfuerzos por el restablecimiento del imperio universal de la justicia, amenazada de cerca por la fuerza avasalladora y la concupiscencia desenfrenada! ¡Qué mucho que, ya que expreso el dolor, exprese también la alegría de saber que otros lo comparten; exprese la grata sorpresa de ese encuentro feliz con seres selectos en la ágria y fatigosa pendiente que recorremos, que recorre mi patria, ante los pueblos medrosos, indiferentes ó atónitos, atacada sin causa, despojada sin título, asaltada de improviso y brutalmente, en esta ló-

brega encrucijada de fin de siglo, que niega, de siniestro modo, todo el progreso realizado en él!

Por otro lado, es obra de patriotismo, es más, es obra de civilización, sostener, propagar, dilatar estos ecos inspirados y elocuentes de una vida superior que parecía aletargada.

La función del *Victoria* es la victoria de las ideas elevadas y de los sentimientos nobles y tiernos, sobre el egoísmo animal y sobre la fuerza bruta que pugnan por recobrar el gobierno del mundo. Es la primera y una de las más hermosas revanchas nuestras, del revés material sufrido á merced de la artería y la traición, propias de los animales carniceros; del asalto brutal hecho en la sombra, por sorpresa y á mansalva, y en el cual nos han desgarrado las carnes.

Casi estamos vengados. Es más: casi bendecimos esta herida que viene á despertar sentimientos que parecían dormidos, energías que parecían postradas, votos y afectos que nos revelan que, no sólo no estamos aislados en la lucha, sinó que nos acompaña el alma univer-

sal, viva aún, y vinculando á nuestra causa su existencia.

No luchamos ya en defensa de intereses materiales nuestros, que son transitorios y valen poco, sino por la causa de la justicia, que es universal, que es eterna, y que es superior á todos los intereses; porque representa el interés supremo é intangible de la humanidad, y, vencedores ó vencidos, la causa universal triunfará siempre.

Organismos como este prodigioso organismo español, rebosante de espíritu, pletórico de alma, se sobreviven; y aún después de destruídos, si posible fuera su destrucción, triunfan, realizando así las proezas póstumas de su héroe legendario.

Y mientras esos seres colectivos, esos llamados estados políticos, se vean forzados á callar los sentimientos de los individúos que los forman; mientras no puedan hacer nada efectivo por la causa de la justicia humana; mientras no se cree ese cuerpo de seguridad internacional, que ha de ser la institución del porvenir, consagrado á impedir el despojo

de uno por otro Estado, amparando al débil contra el fuerte y velando por la efectividad del derecho en las relaciones de pueblo á pueblo, como hoy de hombre á hombre; mientras no exista un poder coercitivo universal que haga prácticos los principios de justicia en el mundo, España, hoy débil, desangrada y pobre, pero siempre noble y siempre heróica, trabajará incesantemente por la realización del ideal, y, entre tanto, irá á la lucha y al sacrificio, doquiera que se la provoque, abandonada del poder material de los pueblos, pero apoyada por el poder moral de todas las almas honradas.

¡Qué importa que ella, en esta contienda inícua que deshonra á una época, pierda pedazos de su territorio, hombres, poder y fortuna, si gana la admiración de los espíritus superiores, el amor y el enternecimiento de los corazones sensibles y buenos, y recupera, sobre todo, el dominio moral de su antiguo hogar emancipado, y extendido hoy, lleno de vida, de honor y de porvenir, por medio continente!

¿Qué importa que sufra, si su dolor puede ser un nuevo dolor de alumbra-bramiento, si él puede generar el renacimiento de esa inspirada, generosa y ardiente alma latina, apercibida toda ella para la defensa de la cultura moral contemporánea, que es la obra secular suya, amenazada otra vez por la irrupción de los modernos bárbaros?

¿Qué importa que sufra, si ese sufrimiento ha de producir un acrecentamiento de vida, que se anuncia ya con estos bellos resplandores de aurora?

5 Mayo 1898.



## EL CONFLICTO

---

*A mi buen amigo López Benedito.*

La llamada impropiamente guerra hispanoamericana, que avergüenza á este siglo y que constituye la bancarrota de la civilización contemporánea, no es otra cosa que un fenómeno de atavismo.

Ella denuncia el proceso secular del odio á una familia y á una raza que informa la existencia de otra raza enemiga; proceso que se efectúa al través del tiempo y del espacio, y que hoy se exterioriza brusca y siniestramente en el mundo y en el siglo llamados del progreso humano y de la civilización universal.

La acción cambió de escenario, los actores son los mismos; agrandados, tan

solo, parte de éstos, y acentuados en sus caracteres dominantes, por un constante trabajo de selección y una mayor herencia fisiológica, digámoslo así, que se acrecienta día á día.

El odio corso, engendro siempre del dolor, él, verdadera herencia morbosa, se transmite, de una á otra generación, como un culto de muerte, como una necesidad de paz por medio de la guerra, como una deuda de lágrimas y de sangre, como una repercusión, como una prolongación del dolor mismo que le dió orígen; y se extingue cuando aquella deuda ha sido satisfecha.

El odio anglosajón á la raza latina, á la familia española especialmente, es, más que un hecho histórico, un fenómeno orgánico; más que una pasión, un instinto; más que una anormalidad transitoria, un estado regular y permanente. Es un odio constitucional, fatal, perdurable; y crece más cuanta mayor es su actividad; porque se nutre con su acción propia; porque toda función orgánica se desenvuelve, armónica, con los órganos encargados de realizarla.

A esta misión de lucha, de dominación y de exterminio, subordina esa raza su marcha evolutiva y su trabajo de selección.

Persigue el hombre apto para la realización de sus destinos, tal como ella los ha concebido; y así, mientras forma músculos, y desarrolla apetitos y fuerzas, combate la sensibilidad, que lo hace tierno; la impresionabilidad, que lo hace inseguro en sus golpes; la sinceridad, que denuncia sus propósitos malográndolos; la inspiración, la idealidad, el ensueño, la facultad de las concepciones sintéticas, que aletargan sus instintos, que enervan sus energías físicas, que lo distraen del dominio de la tierra y del trabajo de análisis, característico de su vida mental, por ser necesario á la extensión y seguridad de aquel dominio.

Ha hecho el hombre de lucha y de presa, como ha hecho el caballo de carrera y el buey destinado á la alimentación. Ha convertido cada ser en una idea exteriorizada; y sus ideas son las de un animal carnicero que pensara.

La antigua Grecia ha cultivado el hom-

bre bello, de armoniosas formas: el *efebo.* En el fondo de su educación física latía un placer moral y un sentimiento estético.

La moderna cultura anglosajona reconstruye el hombre fuerte, aprehensivo y feroz; y á la realización de este *ideal* de perfectibilidad, encamina todos sus medios, con la perseverancia y la horrible tenacidad de los ciegos destinos.

Y mientras esta raza persiste en su labor sombría de restaurar el animal pensante, pero de pensamiento subordinado al principio del crecimiento orgánico, mero agente suyo; mientras ella pugna por reconducir al hombre á su primer estado, enriquecido tan solo con mayores medios, armado con mejores armas, para sostener, con más seguro éxito, la lucha por la existencia, que parece ser el destino primordial, acaso único, de los seres; mientras ella, intérprete de este destino obscuro dentro del ciclo en que la vida humana se desenvuelve, cultiva todas las *virtudes* y todas las fuerzas concurrentes á su realización; mientras ella hace esto, decimos, otra raza,

que ha sido acusada de subvertir todas las leyes naturales, se ha empeñado y se empeña en crear una existencia superior en el hombre, un destino más alto, una fuente de placeres más durable y más honda, forjando para él un nuevo mundo, que llamó *mundo moral;* y una nueva ley, que llamó *justicia;* y un nuevo sentimiento, que llamó *amor;* y una nueva acción que llamó *caridad;* y una aspiración nueva, que llamó *religión*, ánsia de espacio infinito y de eterna existencia. Y creó, dentro de él, el *alma;* y fuera de él, el *cielo;* lo dotó de alas, y lo hizo cernerse sobre el mundo, dominando nuevos mundos y nuevos horizontes, ocultos á los seres que vegetan y luchan en el estrecho aprisco de la tierra baja y sombría.

Dos razas organizadas de tan distinto modo, y llamadas á realizar tan contrapuestos destinos, debían chocar fatalmente entre sí, creciendo, con el choque, la resistencia mútua y el mútuo encono, hasta convertirse en dos principios vivientes que se disputan el gobierno del linaje humano.

Y esa lucha debía acentuarse, de singular manera, entre los dos pueblos que mejor representan, que más profundamente encarnan los caracteres y las tendencias de una y otra raza: entre el pueblo español y el pueblo inglés.

Las vicisitudes políticas, las convenciones diplomáticas, las atracciones, más ó menos verdaderas y durables, de los corazones juveniles, que trasponen toda clase de fronteras; los enlaces de familia, que podrían conjurar un odio secular y orgánico, no han conseguido sinó acentuar su proceso histórico, dando manifestación sensible y forma aguda al conflicto. El acercamiento, el roce, han puesto en actividad, sin duda, fuerzas de repulsión que existían en estado latente. Una princesa española, modelo de esposas y de cristianas, fué llevada á la cámara nupcial de un príncipe anglosajón, modelo, á su vez, de liviandad, de torpeza, de inconstancia y de crueldad; y pronto, aquellos lazos que ni el amor ni la fe pudieran hacer indisolubles, fueron rotos á impulsos de las pasiones y los bajos apetitos de una exis-

tencia rebelde á toda ley moral, abjurando una religión que desautorizaba el adulterio y el perjurio, y fundando otra, en su lugar, que los consagrara.

A la apostasía de Enrique VIII respondió, casi instantáneamente, la apostasía en masa del pueblo inglés; fenómeno desconocido en la vida de las conciencias, y que revela, desde luego, carencia de espiritualidad y de sentido religioso en un pueblo que ha asociado la religión á todas sus crueldades, á todas sus depredaciones, á todas sus conquistas.

Por lo demás, la iglesia nacional anglicana fué así erigida, como el culto de la sensualidad y el credo de los sentidos, sobre el revuelto y cálido lecho de un polígamo.

Se insistió aún en contrariar las leyes del destino, de la naturaleza y de la historia. El monarca á quien tocó en suerte representar la grandeza máxima de España, unió su suerte, por razones de Estado, y mediante afinidades de sangre y conformidades de religión, á una reina inglesa; pero esa unión ni se sa-

tisfizo á sí misma, ni mucho menos pudo realizar la unión de los dos pueblos.

Se insistió aún más. A la hija de Catalina de Aragón sucedió la de Ana Bolena en el trono de Inglaterra; y la nueva reina, cristalización de todas las pasiones que le dieran orígen, rehuyó, resueltamente, la mano que le ofreciera Felipe II, el que fué apellidado *el demonio del mediodía* por los sectarios de la *Reforma*, y que ha sido, sin embargo, menos cruel, menos sanguinario, más austero y más grande que Isabel I y que Enrique VIII; y la guerra estalló, horrible, implacable, permanente, sufriendo tan solo intermitencias ó *treguas*, necesarias para reparar fuerzas y traer elementos nuevos al combate; guerra que el fanatismo religioso ha complicado y avivado más; guerra en la cual hasta los accidentes naturales han intervenido, *venciendo* una flota española que se llamara *invencible*, y cuya contingencia diríase simbolizar la condenación inapelable de nuestro poder naval pronunciada por el destino.

La guerra continúa; y la persecución,

que la revela, y que constituye como la demencia impulsiva de una raza, toma formas y derroteros múltiples, salvando continentes, mares, latitudes, épocas, civilizaciones y medios diversos, con el ánsia tenaz é infatigable del chacal que siguiera el rastro ensangrentado de la cierva herida.

Y así, esa raza, guiada por la estela luminosa de nuestras naves, lanzóse al hasta entonces misterioso mar de occidente, para traer su odio y su codicia á las playas de América, presentidas por el genio latino, y ofrecidas por él al amor fraternal y á la actividad pacífica de la humanidad entera.

Familia desbordada de un hogar estrecho, obscuro y mísero, ahí se desperezó, en un espacio desmesuradamente grande, como extraordinariamente pequeño había sido aquél de donde venía; y trayendo en su hondo estómago la sensación incurable de una continencia secular, se consagró á la obra de la exterminación de los seres que compartían con ella los frutos del suelo, empezando por las razas de orígen y continuan-

do por las que le precedieran en su arribo á éste que convirtió en nuevo y más horrendo campo de lucha.

Así creció, así avanzó, siempre en pos del *enemigo,* atraída por el *olor de la carne,* las palpitaciones de la vida nueva y los destellos del sol, forastero en sus tierras nativas; avanzó hacia el mediodía, *limpiando* el terreno á su paso, del cual quedan, como huellas que denuncian un itinerario devastador, algunos nombres exóticos: *Nueva Orleans, Florida, California, Texas;* á los que se agregan hoy *Puerto Rico* y *Cuba.* ¡Estaciones de la vía dolorosa recorrida por nuestra raza en América!

Asistimos á un episodio de esa lucha, á un pasaje del antiguo drama que se desenvuelve, con perfecta unidad de acción, al través de todas las mutaciones de escena; y él denuncia, hasta en sus menores detalles, hasta en sus más insignificantes incidencias, su genealogía y su naturaleza íntima, y muestra á sus actores, visibles bajo el disfraz político, moral..... y geográfico.

Él ha sido iniciado de un modo sor-

prendente: por acción indirecta, pero eficaz y horrible.

Se suscitó la discordia interna: la disensión doméstica, la guerra maldita del hogar, relajando vínculos morales, sembrando desconfianzas y odios, cultivando ambiciones, provocando apostasías, traiciones, ingratitudes, rebeliones contra la fuente primera de autoridad entre los hombres, contra las leyes de la sangre y los fueros del corazón y del espíritu; abjuraciones del culto de la familia y de la raza, abdicaciones de la propia personalidad, deserciones de las filas mismas que la naturaleza fijó á cada ser y á cada combatiente en la vida. Y cuando el estado interno de guerra estuvo hecho, armó el brazo, imprimió el impulso, y la muerte y el estrago se enseñorearon del campo.

Así fué sucumbiendo la familia, entre los escombros del hogar común, por acción mútua de sus miembros, á la cual se ha mezclado también la de elementos extraños y salvajes; pero sugestionada primero, y armada después, por el enemigo, que vencía de un modo siniestro pero impune.

Después, y como epílogo, la acción directa, segura y fácil, acción de hiena; la invasión, á banderas desplegadas, en el recinto ya dominado por la muerte.

Ha despejado así el campo de antemano, *economizando*, por su parte, intereses y vidas; que es el régimen comercial aplicado á la guerra.

Crece, mediante la eliminación de los seres extraños; avanza sólo sobre el suelo desierto, por el procedimiento tradicional y peculiar suyo, mostrado, por ejemplo, allá en las contiendas religiosas de Irlanda, en que se ha esforzado, inútilmente, en exterminar los sectarios enemigos y erigir su nuevo culto sobre un altar vacío.

Siempre mezclada á nuestras querellas domésticas para ejercer su rapacidad, hoy nos despoja de las Antillas bajo la falsa enseña de la *¡independencia!*, como ayer nos despojara de un pedazo del propio suelo solariego, nos despojara de Gibraltar, bajo la bandera de la casa de Austria durante la guerra de sucesión.

Cuando del fondo de aquella *casa blanca*, que recuerda los *sepulcros blanquea-*

*dos* de la Biblia, y de aquel otro *Capitolio*. ... de Mercurio, se levanta, como aullidos de bestias carniceras, ese horrible concierto de injurias, de calumnias y de amenazas contra la magnánima descubridora del Nuevo Mundo, viene fatalmente á la memoria aquel terrible apóstrofe dirigido por Cromwell á los miembros del *Parlamento largo:*

«¡Sois un montón de borrachos y de perdidos!»

Y las *plegarias* de los llamados sacerdotes de la Unión, masculladas en presencia de los asesinatos alevosos, de los incendios y de los naufragios, diríanse una lúgubre repercursión de las *preces* ofrecidas por aquel iluminado protector de la república británica, á quién sabe qué genio de bestialidad y de furor, ante la cabeza ensangrentada de Carlos I.

¡Religión de caníbales!

Sin embargo, parece que los soldados de Wellington no han atravesado el Atlántico.

Frente á Santiago de Cuba, desprovista de defensas, desnuda de murallas, de fosos, de parapetos, de trincheras, tres

mil soldados españoles, hambrientos, fatigados, enfermos, desarmados, han impedido el *asalto*, en su acepción criminal y bélica, de más de veinte mil mercenarios, fuertes, robustos, provistos de toda clase de armas y elementos, infligiendo á estos un número de bajas igual al número de aquellos combatientes.

Su industria, en cambio, ha vencido á la nuestra. Han quemado nuestros barcos. Si no pudieron acreditarse de soldados, han probado, en cambio, que son grandes incendiarios, especie de *hunos* de la edad contemporánea, algo así como los porta-antorchas que velaran la agonía de este complejo siglo, presa de convulsiones y crísis que perturban profundamente su conciencia y hacen incierto su destino.

.................... ....................................

¡La paz está consumada!

La paz, es decir, el sacrificio.

El sacrificio, esto es, la desarticulación de los miembros más sensibles y más caros de nuestro organismo nacional, los que nos cuestan más sangre, más lágrimas, más abnegaciones, más heroísmos,

más vidas, prodigados en medida tal, que la historia no alcanza á contenerlos todos; la desaparición de nuestra bandera del continente que ella reveló al mundo; la separación dolorosa y brutal, hecha á nombre de la fuerza y por virtud del derecho á crecer, de los seres formados de nuestra propia sangre, del hogar levantado al calor de nuestro propio espíritu, del recinto donde se ha propagado nuestra cultura, del templo que guarda nuestra fe, del espacio donde vibra nuestra lengua, de toda la obra de nuestra civilización, tan sagrada y tan cara; el despojo vil de esa tierra descubierta y dominada por nuestros valerosos antepasados, acrecida por los despojos de cuantos les han sucedido y sucumbido en ella, y transmitida de una á otra generación como un legado de gloria y de grandeza, renovando cada una su posesión y afirmando su dominio á costa de sus esfuerzos, de su sangre y de su vida.

Y bien. Sobre esta *paz*, uno de los más dolorosos accidentes de nuestra historia; sobre esta *paz*, que simboliza como el decaimiento momentáneo de nues-

tra raza, sobre ella habremos de levantar nuestras fuerzas, relajadas y vacilantes, creciéndonos hasta la altura de nuestro infortunio; y recomenzar la obra paciente y viril de la *resistencia*, en la cual deberá ponerse más voluntad y más energías que en la acción cruenta de los campos de batalla.

La *resistencia* contra la invasión enemiga en los dominios huérfanos de nuestra bandera; la *resistencia* contra todo elemento que quebrante ó enerve nuestra acción, ó la desvíe del rumbo que le marca nuestro destino. Habremos de *resistir*, ahora y siempre, con unidad de pensamiento, de sentimiento y de acción; habremos de resistir á que el alma española sea desalojada del hogar encadenado hoy á fuerza extraña y profanado por extraña planta.

Sea cualquiera el aspecto del momento actual, no podrá menos de afirmarse que los triunfos de la fuerza no constituyen sinó un accidente en la vida de la humanidad. No prevalecerá el imperio de los que *llevan baja la mirada*. El espíritu vive; la justicia, la eterna justi-

## DESVANECIMIENTO.....

---

No me pidáis ideas, no esperéis de mí conceptos que no estén impregnados de la patética actualidad nuestra, tan patética que parece una pesadilla de la cual no volvemos; del dolor, de la honda tristeza en que vive, diríase mejor en que agoniza el alma española, esta alma que ha sido, hasta hoy, el aliento mayor que ha presenciado la Historia en la existencia de los seres colectivos.

Tan honda es esa tristeza, tan grande es su pesadumbre, que en medio al sepulcral silencio que rodea la catástrofe, se ha destacado esta voz fatídica: «Donde quiera que se aplique el tacto no se encuentra el pulso».

Un amigo y paisano mío, que tras lar-

ga ausencia ha hecho un *viaje de placer* á España, eligiendo, al efecto, y sin saberlo él, nuestro *año terrible*, me relata, en carta dirigida desde una de las más encantadoras playas de Galicia, hechos y fenómenos totalmente desconocidos en nuestra larga y accidentada vida nacional.

«Es necesario—dice un párrafo de esa carta;—es necesario ver la indiferencia con que aquí se mira todo lo que pasa. Es necesario oirlo una y mil veces para creerlo, que hasta el espíritu de nacionalidad se va perdiendo; pues mientras los catalanes quieren hacerse franceses, ¡admírese usted!, los gallegos claman por que venga á conquistarnos Inglaterra.....»

Y bien.

Cuando el dolor llega á estos paroxismos, cuando el sufrimiento llega hasta aquella insensibilidad, no hay corazón, por duro y fuerte que sea, que pueda permanecer impasible ante ellos..... salvo, naturalmente, si ese corazón ha sido formado en el seno de aquella inmensa factoría que intercepta el paso al progreso moral de la humanidad en el nuevo mundo; de aquella factoría sobre la cual os-

cila, como una afrenta y como un símbolo, la sombra vengadora de Jhon Brown, ahorcado por haber atentado contra los intereses comerciales á nombre de la libertad y la dignidad humanas; por haber repetido, á la distancia de veinte siglos, la protesta de Espartaco á la faz de la democracia americana.

Cuando, tras largos años de lucha, en que el pueblo español manda á su más florida juventud, á sus varones más esforzados, á defender la enseña de la patria, destacada en los dos extremos opuestos del planeta, en el Oriente y en el Occidente; en que las madres dan sus hijos, en que los hijos dan el esfuerzo de su brazo, la sangre de sus venas, todas las energías de su vida y su vida misma; en que unos dan su riqueza, otros sus ahorros, y los demás hasta el propio pan del día; en que el dolor y el peligro crecen con el sacrificio y el esfuerzo; y á las lágrimas suceden las lágrimas, sin que la piedad ó el cansancio les otorguen jamás una tregua; y la sombra se dilata siempre, y la herida se ahonda más cada vez y mana cada vez

más sangre, y la fuerza que ataca se renueva sin cesar, mientras la fuerza que resiste, abandonada á sí misma, se consume y se agota; y la tensión aumenta, y el dolor tiene por perspectiva un dolor mayor, y por término la muerte; cuando, tras una lucha tan grande, tan vasta y tan heróica, superior cien veces á los elementos materiales con que se ha contado para sostenerla, mermados los recursos, cansado el brazo, jadeante el pecho, desangrado el corazón, exhausto el organismo, vacilante la fé, sobreviene de improviso un elemento extraño, una enorme fuerza nueva, y el secular edificio cruje y se derrumba, sepultando entre sus ruinas, tanto valor, tanta abnegación, tanto sacrificio, tanto heroísmo, tanta gloria, tanto amor, tanta esperanza é ideales tantos; cuando esto sucede, no hay alma, por valerosa y viril que sea, que no sienta la gravitación de la caída y el estupor de la catástrofe.

La lucha sin término y sin tregua, el sacrificio de intereses y de vidas, las madres desoladas, los tristes y enlutados hogares, los campos yermos, las ciuda-

des calladas, el aislamiento en el martirio, la conciencia humana sorda á toda idea de justicia, y á todo sentimiento de piedad, la falta de recursos y de auxilio, la ruina, el dolor, la muerte, todo anonada menos que este desplome interno, que este moral derrumbamiento producido por la visión de la bandera plegada y descensa, la finalidad trágica de la larga brega, del tradicional sacrificio impuesto á cada generación en holocausto á la común superior existencia; la paz, la profunda paz de muerte, destacándose, solemne, sobre los despojos de la patria.

Pero el alma española no ha muerto; no ha muerto, porque es un alma, y porque ella es necesaria á la existencia moral de los pueblos. Pero no ha cesado, más aún, no cesará de latir el corazón que animó con su calor vital á un continente, y fecundó al mundo con su savia; no cesará de latir, cualquiera que sea la herida abierta y la sangre vertida.

Justamente, en esa misma tierra de Galicia, donde, según se ha indicado, produjo el dolor mayores extravíos, en

ella acaban de sentirse los estremecimientos de la existencia que se creía extinta.

A sus playas han llegado los primeros sobrevivientes del colosal naufragio. A ellas arribaron los primeros barcos cargados con la carne enferma, envenenada por el clima de los trópicos y los miasmas de la materia-orgánica en descomposición, trabajada por el hambre, el insomnio y la fatiga, y combatida por la guerra. A ellas arribaron esos tristes barcos que, formando como un convoy fúnebre al través de las soledades del Océano, van dejando un rastro lúgubre á su paso, van señalando, con cadáveres, la ruta de Colón, y formando con ella como el flujo y el reflujo de la vida, que enviamos á América, y la muerte, que América nos devuelve. A ellas llegaron, como despojos arrojados por la tempestad, los restos primeros de nuestro roto imperio colonial, las *avanzadas* de nuestro ejército de regreso, nuestra bandera, nuestra vieja y gloriosa bandera, tostada por el sol y batida por los vientos del nuevo mundo durante cua-

tro siglos..... Y al cruzar sus poblaciones nuestros heróicos y sufridos soldados, miembros palpitantes de la patria que se repliega; al cruzar sus poblaciones esos soldados, tristes, enfermos y desnudos, cual procesión de espectros envueltos en sus rotos sudarios; y al hollar su suelo aquel á cuya voz de mando fué arriada nuestra noble enseña, y entregado á familia extraña, á enemiga raza, el primer hogar hispano, y á la vez la primer morada europea labrada en América; en presencia de aquellos soldados, que atestiguan la permanencia de su virtud, y de estos jefes, que simbolizan la mudanza de su fortuna, la ira, la compasión, el dolor patrio, estallaron, con vigor nuevo, en el alma de esa España que parecía muerta.

Sí; porque el alma de España está presente en todos los ámbitos del territorio nacional; y su palpitación, donde quiera que se perciba, revela su existencia. Sí; porque la guerra, en cuyo yunque se ha forjado esa nacionalidad heróica, no podrá, en caso alguno, destruir su propia obra. Sí; porque los peligros, las inquie-

tudes y los dolores comunes, compartidos por igual, determinan vínculos morales superiores á los vínculos de la sangre misma. Sí, en fin, porque ese movimiento vital iniciado en Galicia, se propaga, con igual intensidad, á León, á Castilla, á donde quiera que nuestros mermados batallones arrastran su tristeza, su fatiga, su desnudez, sus sufrimientos, las heridas que los corroen, la fiebre que los consume; cuya desventura, con ser tan grande, no lo es tanto como el amor, la admiración y la piedad que despiertan á su paso.

Bajo el tacto de ese dolor viviente, de esa virtud sensible, de ese patriotismo hecho carne, y carne que sangra, y palpita, y sufre; bajo ese tacto se ha despertado, vigoroso, el pulso.

¡No; España no ha muerto! Su actual quietud, su fatídica postración, no es más que un pasajero desmayo.

La hemorragia de la amputación no agotará la sangre que más ha contribuído al crecimiento de la humanidad; y la amputación misma, cuan importante ella sea, servirá para concentrar las ener-

gías de la vida nacional, ganando en intensidad lo que ha perdido en extensión.

Toda la perfidia yanqui, y todos los embates del adverso destino, son impotentes para desvanecer esa alma que ha sido uno de los primeros manantiales de la vida moral en el mundo.

Si un día, allá en el remoto porvenir, olvidara ella sus dolores presentes y la mano artera, infame y cobarde que se los ha inferido sin causa, sin justicia, sin nobleza y sin piedad, sólo ese olvido implicaría su muerte; pues èl sería el signo inequívoco que la revelara.

¡Oh, madre mía! Una nueva virtud germinará en tu alma doliente y solitaria: el odio al enemigo. Ese odio ennoblece, como ennoblece el odio al crimen.

Y con él, y el amor de tus hijos, dos pasiones que deben estimularse entre sí, recobrarás la plenitud de tu existencia fúlgida, y tu antigua épica grandeza.

uenos Aires, Octubre, 1898.

# ÍNDICE


| | Páginas |
|---|---|
| Prólogo | v |
| Dedicatoria | 1 |
| Advertencia | 3 |
| Homenaje | 5 |
| De España | 15 |
| Brindis | 23 |
| El Carnaval | 37 |
| La Prensa | 51 |
| Jugando á los enfermos | 59 |
| Discurso (en el funeral civil de Carnot) | 81 |
| El día de difuntos | 89 |
| Celajes | 95 |
| Felicidad | 103 |
| Los expósitos de la América | 109 |
| La ofrenda patriótica | 119 |
| Una función de desagravios | 127 |
| El patriotismo moderno | 133 |
| 14 de Julio de 1789 | 137 |
| Otra faz del patriotismo | 147 |

Páginas

Bailando.... .... ...... ........................ 157
Carta abierta.................................... 165
Lanceros «Club Español»......................... 171
Jesús ........ .... .. ........................... 175
María Guerrero.................................... 181
Invernal.................. .................... 191
Eva...................................... ... 199
La pústula........ ... ........................ 213
El periódico... ..... ....... .................... 223
La Pasión ................ ............ ......... 231
El despertar de la raza.... ..................... 239
La función de la raza ....... .................. 249
El conflicto.... ................................. 257
Desvanecimiento........... ..................... 275